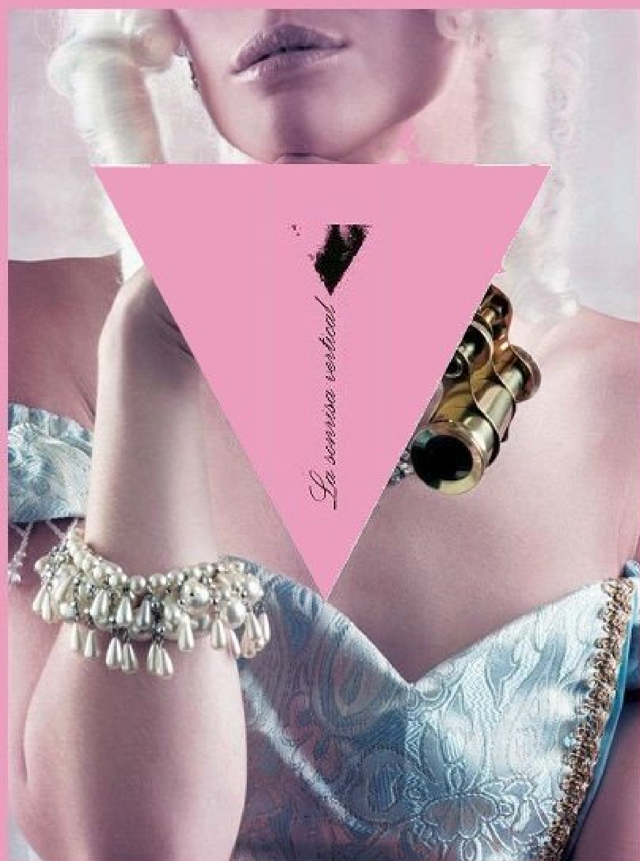
Mariscal de Richelieu

Vida de un perfecto seductor





El mariscal de Richelieu (sobrino nieto del célebre cardenal de Richelieu) fue un astuto seductor que inspiró, entre otros, los personajes de Valmont en *Las amistades peligrosas* y de Cherubino en la obra de Beaumarchais y Mozart. Cortesano durante los reinados de Luis XIV y Luis XV, embajador en Viena y Dresde, arrojado militar y político influyente, encarcelado tres veces en la Bastilla, exportador del all-i-oli (que probó en Mahón) con el nombre de mayonesa, el mariscal cortejó a lo largo de su prolongada vida a innumerables mujeres valiéndose de las estratagemas más variadas y, en ocasiones, rocambolescas. Descarado, inasequible al desaliento, las dificultades acicateaban su búsqueda incansable del placer. Las mujeres, a su vez, se disputaban su corazón y se batían incluso en duelo con pistola por él, por lo que su fama de conquistador traspasó fronteras.



Mariscal de Richelieu

Vida de un perfecto seductor

La sonrisa vertical 145

ePub r1.0
Titivillus 11.06.16

Título original: *Vie privée du maréchal de Richelieu*
Mariscal de Richelieu, 1791
Traducción: Javier Albiñana Serain

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Nota del editor

«Dado que tarde o temprano hasta la mujer más razonable comete una locura, yo fui el escollo con el que el cielo, que se ríe de las vanas decisiones humanas, echó por tierra los novelescos proyectos virtuosos de esa mujer. Me azuzaba la resistencia, y cuantos más obstáculos me encontraba, más me aprestaba a vencerlos». Quien así habla es Louis-François-Armand de Vignerot du Plessis, duque de Fronsac y mariscal de Richelieu, entre otros títulos. Nacido en 1696, murió, nonagenario, en 1788. Era sobrino nieto del cardenal de Richelieu, y su vida se desarrolló a lo largo de los regímenes absolutistas de Luis XIV (de quien fue ahijado), el regente Felipe II de Orleans y Luis XV; son los años de las favoritas reales Maintenon, Montespan, Pompadour y Du Barry, años de disipación y lujo cortesanos.

Su fama de seductor inspiró el personaje de Valmont de *Las amistades peligrosas* de Laclos[1], el de Cherubino de la obra de teatro *Las bodas de Fígaro* (1785) de Beaumarchais (que a su vez dio pie a la ópera de Mozart), y el de Robert Lovelace de la novela *Clarissa* (1748) de Samuel Richardson, entre otros. Al mismo tiempo, se ganó el profundo desagrado del moralista Chamfort: en su opinión, era «el reflejo de todos los abusos, de todas las depravaciones morales y políticas de su época», y también la ironía del duque de Saint-Simon, quien describe a nuestro personaje con dieciséis años como

> «la más preciosa criatura de cuerpo y espíritu que jamás se haya visto. Su padre lo había presentado ya a la corte, donde la señora de Maintenon, antigua amiga del señor de Richelieu, lo trató como a un hijo… Supo contestar con tanta gracia, y desenvolverse con tanta brillantez, tanta sutileza, tanta libertad, tanta educación, que pronto se convirtió en el preferido de la corte…; su figura cautivó a las

damas… Librado al mundo provisto de todo aquello que era menester para complacer sin valer nada, hizo numerosas tonterías que provocaron que, menos de tres meses después de su boda, su padre cometiera a su vez la tontería de hacerlo encerrar en la Bastilla. Fue un lugar que conoció muy bien, pues le veremos en ella más de una vez».

Se casó en tres ocasiones (a los quince años; a los treinta y ocho, y a los ochenta y cuatro), pero ni esas bodas ni sus mujeres lograron domeñar al conquistador impenitente que había en él.

Fue amigo y protector de Voltaire, y los dos se visitaban con frecuencia. Se interesó en la alquimia, por supuesto con mala fortuna, y fue nombrado miembro de la Academia Francesa pese a que no se distinguía precisamente por su cultura.

Fue embajador en Viena y Dresde, y gobernador de la entonces región francesa de Guyenne. Nombrado mariscal de Francia en 1748, participó en numerosas batallas; en 1756, durante la Guerra de los Siete Años, conquistó Mahón, donde probó el *all-i-oli*; le gustó tanto que adaptó la receta, dando así origen a la mahonesa. Además de ser un gran amante de los vinos de Burdeos, cuya fama extendió, a él se debe el «solomillo a la Richelieu»: durante la ocupación de Hannover, quiso ofrecer a varios aristócratas alemanes prisioneros un ágape, y cuando le dijeron que sólo había un buey y verduras, contestó que no hacía falta nada más: dispuso que se sirviera un menú de veintidós platos elaborados con buey.

Coetáneo de Giacomo Casanova (1725-1798), los dos coincidieron en la corte de Luis XV durante uno de los viajes del italiano. En su primer encuentro, que fue más bien una justa verbal, las agudezas y el *esprit* de ambos dieron paso a la cordialidad, aunque Casanova guardó siempre las distancias. Como relata éste, asistía en la corte a una pieza teatral cuando una famosa actriz

«lanza un grito tan fuerte e inesperado que creí que se había vuelto loca. Suelto de buena fe una pequeña carcajada sin imaginar que pudiera parecerle mal a nadie. Un *cordon bleu*[2] que estaba detrás de la marquesa [de Pompadour] me pregunta bruscamente de qué país soy, y bruscamente le respondo que era de Venecia.

»—Cuando estuve en Venecia también yo me reí mucho con el recitativo de vuestras óperas.

»—Le creo, caballero, y estoy seguro de que a nadie se le ocurrió impediros reír.

»Mi respuesta, algo agria, hizo reír a la señora de Pompadour…

»El mismo *cordon bleu*, a quien no conocía y que era el mariscal de Richelieu, me dijo… [sigue una conversación general]. Media hora después el señor de Richelieu me pregunta cuál de las dos actrices me agradaba más por su belleza.

»—Aquélla.

»—Tiene las piernas feas —repuso el mariscal.

»—No se ven, caballero, y además, cuando examino la belleza de una mujer, lo primero que separo son las piernas.

»… Mi agudeza se hizo famosa, y el mariscal de Richelieu me brindó la acogida más amable»[3].

Más adelante, a propósito de una apuesta en torno a si la señora de la Popelinière tiene cáncer en un seno o es una estratagema de Richelieu para alejarla de su esposo, Casanova concluye: «Temía una trampa. Conocía el carácter del mariscal, y la historia del agujero en la pared de la chimenea por donde este famoso señor entraba en la casa de esa mujer era conocida por todo París», aludiendo a un célebre episodio que se narra en el presente volumen.

Richelieu participó en numerosas intrigas cortesanas, como la que convirtió a Jeanne Bécu en la señora de Du Barry (antigua conocida suya), la última favorita de Luis XV, con fines políticos.

Sobre el telón de fondo de las intrigas familiares, los entresijos de tres cortes distintas, la conspiración de Cellamare, el desenfreno del Regente y de su hija y la Guerra de los Seis Años, en un siglo que culminaría con la Revolución de 1789, el mariscal despliega en estas páginas sus ingeniosos, descarados y variopintos recursos para seducir. Implacable a la hora tanto de lanzarse a una conquista como de acabar con ella, la dificultad de su objetivo lo acicatea; la resistencia de la «presa» es un desafío; busca después la amistad de las mujeres seducidas, las más de las veces para convertirlas en cómplices. En su opinión, todas las damas son susceptibles de caer en sus brazos, pues todas *quieren* cometer una locura: simplemente, necesitan un pequeño empujón. Y todas, sin excepción, son capaces

de desplegar gran astucia: «Era honesta, virtuosa; ignoraba les mañas empleadas por tantas mujeres acostumbradas a vivir en la vorágine del mundo y deseosas de conseguir sus objetivos; sin embargo, la naturaleza les enseña esas habilidades. Diríase que todas las mujeres nacen con un poso de destreza y astucia que se desarrolla cuando llega la ocasión; la mujer más simple despliega tanta sutileza como cualquier otra cuando su corazón y su amor propio se interesan».

Destaca la constante presencia de cierta duquesa, cuyo nombre no se ha sabido, que decidió dejar de ser su amante para convertirse en su confidente y amiga, sin por ello dejar de amarlo y, por lo tanto, de sufrir a causa de él. Ella, junto a muchas otras, se encargará de leerle la cartilla, aunque inútilmente.

Seguramente nunca necesitó las célebres *pastilles à la Richelieu*, que su tío abuelo el cardenal suministró a numerosas mujeres como afrodisiaco, y que contenían la cantaridina que también utilizó el marqués de Sade (y, a propósito, no son ciertas las noticias de que Sade participara en el asedio de Mahón a las órdenes de Richelieu, pues el tal *sieur de Sade* documentado era un primo lejano del divino marqués).

Esta edición ofrece los episodios más «galantes» y curiosos extraídos de los tres volúmenes titulados *Vie privée du maréchal de Richelieu [Vida privada del mariscal de Richelieu, que contiene sus amores e intrigas, y todo lo que se refiere a los diversos papeles que desempeñó este hombre célebre durante más de ochenta años]*, traducidos directamente de la edición de 1791. Si los dos primeros volúmenes narran en tercera persona la biografía del mariscal (acompañados al final de cartas que demuestran la veracidad de lo narrado), en el tercero toma la palabra el propio Richelieu, que, a sus cincuenta años y de modo epistolar, relata sus lances amorosos de juventud… a una mujer. No podía ser de otra manera.

Prefacio

El mariscal de Richelieu vivió tantos años, y mereció una fama tan excepcional en distintos órdenes, que el público leerá sin duda con gusto una serie de hechos personales que le atañen.

Se han publicado unas *Memorias*[4] que constituyen más la historia de las postrimerías del reinado de Luis XIV, de la regencia y del reinado de Luis XV, que la de aquel Néstor de la galantería. Han encabezado la obra con su nombre para proporcionarle celebridad. En ella se le describe como hábil negociante y bravo militar; dado que las distintas épocas de su vida se hallan forzosamente ligadas a los acontecimientos de ambos reinados, varios volúmenes versan más sobre lo acaecido durante un siglo que sobre la vida privada del mariscal.

Dichas *Memorias*, en ocasiones interesantes y que resultarían más auténticas si el autor no hubiera puesto en boca de Richelieu lo que piensa de sí mismo, pueden arrojar alguna luz sobre la historia de la época, pero apenas dan a conocer la imagen del hombre. En la obra que ahora publicamos, el héroe aparece ante el público al desnudo. Aquí la verdad osa alzar el velo impenetrable que cubría los actos de las personas: su antorcha penetra por doquier. ¡Y allá aquellos cuyos vicios no pueden sacarse a la luz!

Richelieu cultivó todos los propios de su siglo, pero no podemos negarle ingenio, valor y gallardía. Aun cuando faltaba a su palabra u olvidaba los servicios que se le prestaban, se las ingeniaba para atraer a su lado a personas que tenían sobrados motivos para renegar de él. Raras veces practicaba el bien, pero poseía tal habilidad para captar las flaquezas de los demás que los inducía a hacer cosas imposibles. Contaba con toda suerte de amigos, a menudo sin merecerlos.

Todavía más favorablemente lo trataba el amor: todas las mujeres se disputaban su corazón. Las lágrimas que les hacía

derramar no les impedían volar junto al infiel; seguía haciéndolas felices compartir con otras la porción de amor que él se dignaba otorgarles. Jamás hombre alguno poseyó tal talento para subyugarlas; apenas dos o tres lograron sustraerse a su acoso y no engrosar el número de sus conquistas.

Como las amaba a todas, pretendía deberles la misma devoción. No tenía empacho en descender de la princesa a la mujer que vive de vender sus encantos, en su convicción de que no existen jerarquías en la belleza y de que debe adorarse dondequiera que sea. En una palabra, Richelieu, siempre infiel, solía encontrar corazones constantes que le perdonaban de buen grado la pena que les infligía.

A una edad muy avanzada se le vio galantear con mujeres sin parecer ridículo. El recuerdo de lo que había sido parecía embellecer su vejez; seguía creyéndose joven, y lo era pese a las arrugas que surcaban su rostro. Lo que hubiera desagradado en otro anciano a él le confería cierto encanto, y sorprendía ver a mujeres enamoradas de un galán sexagenario.

Aquel hombre excepcional confió al señor de *** los manuscritos, las anécdotas y las cartas que ofrecemos al público. «Veréis todas mis locuras», le escribía, «numerosas personas hablarán de ellas, pero vos estaréis al cabo de la verdad. Podréis darla a conocer tras mi muerte: he vivido demasiado para temer ofender a las mujeres mencionadas; las que aún son de este mundo en breve acompañarán a su antiguo amante a la tumba; allá irán a parar los señoríos, el amor y la ambición. ¡Tanto da, pues, que nos echen en cara unas flaquezas que nos han permitido gozar de nuestros días! Para quienes los critican o los envidian, asaz venganza será la nada en que nos hallamos».

El señor de *** falleció poco antes que el mariscal. Sus herederos recogieron numerosas cartas desperdigadas y sin respuesta; pero, al no disponer el modo de ponerles un precio, permitieron que pasaran a otras manos. Sin duda nos habríamos visto privados de ellas de no ser por el azar, que las hizo salir a la luz. Yo me hallaba en casa de una mujer mayor, muy solicitada por sus excepcionales conocimientos. Al agotarse el tema de la Revolución, pasó a hablarse de las memorias de Richelieu, que desvelaban la tiranía de los ministros y que, al destruir una parte de la reputación de

Luis XIV, demostraban la necesidad de un cambio general en el orden de cosas. Pero causó sorpresa que un hombre como Richelieu, que debía de amar el despotismo, del que había cometido numerosos actos, pudiese escribir con tanto patriotismo y prolijidad contra sus efectos funestos; resultó mostrarse muy distinto de como fuera.

Tales consideraciones fueron ampliándose, y se convino en que si todo lo que allí se decía era cierto, se trataba ciertamente de un hombre único. Un oficial elogió su talento militar; otro, su magnificencia, su habilidad, su tino, su ingenio; una mujer se hacía lenguas de su galantería, pero una devota interrumpió todos aquellos elogios para acusarle de haber pervertido a nuestro buen rey Luis XV.

—¡Lo corrompió! —dijo encolerizada—. Ese príncipe nacido virtuoso amaba a la reina, la tenía por el súmmum de la belleza, y ese Richelieu a quien tanto bendecís le procuró amantes, le creó ese vicio, y lo alejó de su digna consorte, que padeció el tormento de ver desfilar a su marido por los brazos de una infinidad de mujeres. Así que no me habléis de ese mariscal; era un hombre perverso que no puede haber salido bien librado en el otro mundo, a no ser que se haya beneficiado de un milagroso perdón que nunca mereció.

Tan santa ira suscitó muchas risas, si bien los asistentes concluyeron que el mariscal había obtenido una celebridad poco común. Se mencionó su embajada en Viena, Fontenoy, Génova y Mahón. Nuestra devota se aplacó un poco, exclamando:

—¡Pero es una lástima que haya descarriado a tan gran número de mujeres!

—Vamos, sed más indulgente, señora —respondió la anfitriona —. El paladín del bello sexo no debe ser escarnecido por él. Por mi parte, admiro al señor de Richelieu como general del ejército, como negociador y como hábil cortesano; pero, pese a la severidad de vuestras reflexiones, lo que me resulta más curioso de él es el detalle fiel de todas sus aventuras galantes; no dudo de que fueran numerosas, pero no acabo de creerme que fueran tantísimas como se afirma. A buen seguro se han exagerado; la vida de un hombre no da de sí para realizar tantas proezas galantes. A los quince años supo subyugar a la duquesa de Borgoña; eso supone iniciarse con el trono, y no es posible comenzar de modo más glorioso.

—Señora —la interrumpió un hombre que todavía no había hablado—, puedo demostrar que no existió entre la duquesa de Borgoña y el señor de Richelieu ninguna relación deshonrosa para ella. Aquella princesa era una mujer alegre, deseaba distraerse del tedio de una corte gobernada por la señora de Maintenon, y halló en el señor de Richelieu, a la sazón duque de Fronsac, a un niño gentil, vivo, seguro de todo, cuyas ocurrencias le cayeron en gracia. Él la visitaba a menudo, pues los jóvenes gustan de los lugares donde pasan amenamente el rato, y la mansión de la señora duquesa de Borgoña era un lugar en extremo placentero. No tardó en familiarizarse con él, y a aquella princesa habituada a constantes muestras de respeto le divirtió ver a aquel niño ponerse a sus anchas, y no vio mal alguno en su desenvoltura.

»La calumnia, que respeta tan poco el trono como el sencillo techo del pastor, no tardó en emponzoñar aquellos juegos de niños. Se acusó a la princesa de amar a un muchacho que no había cumplido los quince años. ¡Como si fuese posible que una mujer de veintiséis años se hiciera amante de un niño de quince, débil e indiscreto, que podía exponerla a perder su reputación! Sé que esta calumnia se propagó hasta nuestros días, y que el autor de las memorias del mariscal dio a entender que aquello era cierto, pero dispongo de las cartas originales del señor de Richelieu, que desmienten esos rumores populares.

»Poseo asimismo otras que permiten ver a las claras que aquel hombre, que pasó gran parte de su vida involucrado en intrigas de mujeres, que convivió permanentemente con las amantes de Luis XV, que se mantuvo en la corte pese a los ministros que lo temían, pese a las favoritas que quisieron llevarlo a la perdición en varias ocasiones, que siempre fue considerado el principal organizador de los placeres del rey y a quien la señora —dijo, refiriéndose a la devota— acaba de describir como tal, no le procuró en realidad amante alguna.

Como todo el mundo pareció sorprenderse de lo que afirmaba, ofreció presentar pruebas de ello al día siguiente: mantuvo su palabra, y enseguida quedamos convencidos de la falsedad de la acusación.

Mi primer cuidado fue trabar amistad con aquel hombre; tras su severa fisonomía ocultaba disposiciones cordiales. Apenas

transcurridos unos meses ya había leído los documentos que le habían correspondido en la herencia del señor de ***; suscitaron tanto mi interés que los devoré. Le rogué que me permitiera ordenar todos aquellos papeles. Obtuve su consentimiento y, tras algunas diferencias, me autorizó a publicar esa *Vida privada*. Nos impuso la condición de que no nos diésemos a conocer, pues no quería, dijo, crearse enemigos, ni creárnoslos a nosotros. Dejamos en blanco los nombres de las mujeres que no pudimos descubrir; son muy pocos.

Nos hemos limitado a vincular los distintos hechos y a revisar la excesiva incorrección de los escritores: el propio mariscal cometía numerosos errores ortográficos. Asimismo hemos juzgado necesario establecer la correlación entre su vida privada y un extracto muy condensado de su vida política, para que de este modo el lector pueda ahondar en el conocimiento del personaje. Si bien en ocasiones lo hemos descrito como malévolo, vengativo, capaz de sacrificarlo todo a sus placeres, interesado y generoso por ostentación, sin embargo el extracto de su embajada en Viena, de sus campañas militares o de sus negociaciones permitirá apreciar al hombre de mérito que hizo grandes cosas y que podría haber hecho más de no haber sido tan propenso a satisfacer todas sus inclinaciones. Es nuestro propósito trazar una relación de sus deslices, de sus vicios, pero al mismo tiempo, con igual firmeza, defender su memoria de cuanto se le ha achacado falsamente.

El mariscal de Richelieu es uno de los pocos hombres cuyos defectos y virtudes se han desorbitado. Nos referiremos a los unos sin silenciar las otras: lo bueno que podamos decir no resultará sospechoso, dado que pregonaremos lo malo con idéntica franqueza. Su vida es del todo extraordinaria; y por más que haya pasado una mitad quebrantando su salud y la otra recobrándola, resulta inconcebible que haya podido culminar tan larga carrera. A los noventa años lo veremos sustraerse a los precavidos cuidados de su última esposa, cual colegial que esquiva las miradas del padre supervisor, para acudir a casa de una mujer galante y obtener sus favores.

El apego a las mujeres y la capacidad para saciarlo no se apagaron en él hasta un año antes de su muerte; siguió conservando el placer de encontrarse con una mujer bonita, y lo expresaba con el tono de galantería que lo caracterizaba. Daba la impresión de que la

naturaleza se reavivaba en él ante la presencia de la belleza, por el hábito que había contraído de admirarla de cerca desde su más temprana edad.

De todos es sabido que se casó a lo largo de tres reinados. Su primera mujer era joven, al igual que él; nunca convivió con ella, pues no se le había consultado para entregársela y había tenido tantas amantes que deseaba poder elegir. Enamorado de la señorita de Guise, entabla nuevos vínculos: el amor, la estima que le profesaba lo atarían a ella. No habían transcurrido ni tres meses cuando vuela a los pies de otra beldad. Por último se casa con la señora de Rothe, a quien visitaba desde hacía tiempo en las Tullerías. Había alcanzado una edad lo bastante madura como para creer que no volvería a arrastrarlo el frenesí de las pasiones; a los ochenta y cuatro años, cabía esperar que un último himeneo pondría coto a sus devaneos amorosos, pero su destino se impuso: la mariscala sufrió la suerte de las demás. Estaba escrito que no se mantendría fiel a ninguna de sus consortes.

Nadie ha mostrado jamás tal fidelidad a Luis XIV. Richelieu conservó las impresiones que recibiera al ser asiduo de la corte, y siempre se refería a él con admiración. Reconocía que el final de aquel reinado fue desastroso, pero lo achacaba a la incompetencia de los ministros; al igual que Voltaire, que lo había consultado para escribir su *Siglo de Luis XIV*, en aquella tormentosa época seguía apreciando la energía en un soberano gobernado por una anciana devota, un confesor y unos eclesiásticos. Richelieu, habituado a mandar, afecto al despotismo, al participar de aquel poder odioso se mostró forzosamente adicto al siglo en el que aquel monstruo reinó de modo tan autoritario. Los poderosos, conscientes de que un rey, por dispuesto que esté a permanecer al corriente de los asuntos de Estado, no puede verlo todo por sí solo, desean que su autoridad sea ilimitada, porque tienen la certeza de que se harán con una parcela de ella. Con un rey débil la poseen toda. Quienes conocieron al mariscal saben hasta qué punto quería ser obedecido.

El disentir de la opinión pública nos permitirá disponer de pruebas suficientes para demostrar la falsedad de los hechos que refutaremos. Los señores de Saint-Simon, de Bouillon y de Maurepas dejaron unas memorias que no siempre son exactas. Richelieu no era de su agrado, y raramente se elogia lo que se odia. Por lo tanto,

su testimonio es dudoso. Resulta natural prestar más crédito a unos ancianos imparciales, contemporáneos del mariscal, y a las cartas y manuscritos que obran en nuestro poder, porque en la época en que se escribieron a nadie le interesaba disfrazar la verdad. A través de ellos garantizamos la exactitud de los hechos que sometemos al lector, y que éste pueda juzgar que el mariscal de Richelieu pasó media vida labrándose una reputación, y la otra mitad destruyéndola.

Vida privada del mariscal de Richelieu

que contiene sus amores e intrigas,
y todo lo que se refiere a los diversos papeles
que desempeñó este hombre célebre
durante más de ochenta años

Louis-François-Armand du Plessis, duque de Richelieu, nació el 13 de marzo de 1696. Su madre, aquejada de un fuerte catarro y atacada por una violenta tos, lo alumbró a los siete meses de su concepción. La señorita de Assigné pertenecía a una antigua familia de Bretaña y fue la única mujer de quien su padre tuvo descendencia[5]. Se le recibió como un regalo del cielo, pero al mismo tiempo su débil constitución hizo temer que no pudieran disfrutar largo tiempo de su presencia. Desesperaron de poder educarlo. Lo trataron entre algodones. No son meras palabras, son hechos reales. Cada día parecía ser el de su muerte, y su padre se hacía ya a la idea de perderlo. No le gustaban los médicos; deseaba que le devolviesen su primer vigor, del que había abusado en demasía, y al no recobrar sus antiguas fuerzas, pese al auxilio de la medicina, ésta se le antojaba infructuosa e inútil. Le recomendaron que se alejara de la cuna de su hijo, consejo que se apresuró a seguir. El joven duque de Fronsac quedó abandonado a los cuidados de la naturaleza, y cabe juzgar por la época de su muerte si hubo razones para arrepentirse de ese abandono.

El pequeño duque fue recobrando fuerzas día tras día, lo que ahuyentó las aprensiones que habían despertado la temprana fecha de su nacimiento y la mala salud de su madre. Sin embargo, un día fue presa de unas convulsiones que lo pusieron a un paso de la tumba. Corrió la alarma por toda la casa, donde lo tenían abandonado; lo salvó una evacuación inesperada. Una doncella que

se acercó por curiosidad al niño se percató de ello; el niño comenzó a dar leves señales de vida[6]; la muchacha pidió ayuda: todos volvieron junto al duquecillo, que había sido dado por muerto y que al poco se hallaba más sano que nunca. Desde entonces no volvería a estar enfermo. Aquel arrechucho originó una favorable transformación en su organismo: se puso mucho más robusto, y en cosa de unos meses su salud se fortaleció para no volver a alterarse. Por fuerza un hombre que tanto daría que hablar debía vivir un episodio tan singular desde la cuna.

Fue bautizado en 1699, portado en brazos del rey y de la señora duquesa de Borgoña. La señora de Maintenon, que tenía contraídas deudas de gratitud con el duque de Richelieu y que, al ser señora de Scarron, acudía con frecuencia a su casa, lo que a la sazón incluso dio motivo a habladurías, sirvió muy gustosa al hijo de su antiguo protector. El bautismo fue muy celebrado, y el niño apuntaba ya ingenio y poseía una gentilísima figura.

Su educación fue bastante descuidada: su padre, de escasa instrucción, siempre entregado a sus placeres y ya viejo, no pudo velar por la educación de su hijo. Se le dio carta blanca a un preceptor que no poseía la talla necesaria para instruirlo pertinentemente. Además, el niño era obcecado y prefería el juego al estudio, a lo que contribuyó su preceptor, quien, deseoso de conservar su puesto, no cesaba de elogiar los progresos de su alumno, por más que éste hiciera muy pocos. Se le pusieron toda clase de maestros, sin que extrajera de ello mayor provecho: sólo en la Bastilla sintió la necesidad de instruirse y cobró cierta afición al estudio. El preceptor, para congraciarse con el joven duque de Fronsac, apenas ponía objeciones a sus pequeños caprichos, y lo acostumbró desde niño a obrar a su antojo. A tal punto arraigó en él ese hábito que todo el mundo debía acatar su voluntad. Aquel preceptor tenía inclinación por el juego, y, al no poder satisfacer su pasión en la medida de sus deseos, hacía jugar a su alumno con él, de modo que le transmitió su afición. También le gustaba el vino, y el joven duque se acostumbró a tomarlo. El tercer defecto lo adquirió por su cuenta, no necesitó al preceptor para contraerlo.

Su padre había vuelto a casarse: se había desposado en terceras nupcias con la viuda del marqués de Noailles, Rouillé de soltera, hija de un riquísimo consejero de Estado. Ésta había tenido de su

primer matrimonio una hija única, que planeaba desposar con su hijastro, el duque de Fronsac. Cobró sobre él la autoridad de una madre; y como era extremadamente cicatera y ahorraba escatimando sus placeres, no se ganó su cariño. No obstante, el joven duque, que poseía un talento innato para la política, no le mostró descontento alguno y se las compuso, pese al mal comportamiento que había observado en ella y su hija, para conseguirle una donación tiempo después.

*

La duquesa de Richelieu, ansiosa por casar a su hija con el heredero de este apellido, lo desposó antes de él que alcanzara la edad de convivir con su mujer. Fue presentado en la corte en 1710, cuando contaba catorce años y unos días. Luis XIV, por entonces completamente subyugado por la señora de Maintenon, recibió con especial benevolencia al duque de Fronsac, a quien la favorita llamaba «su alumno». Para el rey, el apellido Richelieu era además muy querido, pues creía tener contraída con él una gran deuda de gratitud. Su madrina, la señora duquesa de Borgoña, también lo recibió; las damas del palacio de aquella princesa eran en su mayoría Noailles por nacimiento o por sus maridos, y se creyeron obligadas a ponderar las virtudes de su nuevo aliado. Poseía un rostro arrebatador; sus ojos chispeaban de ingenio, y tres o cuatro réplicas osadas lo pusieron enseguida de moda. Era vivaz, atrevido y seguro de sí mismo; la osadía que ya dejaba traslucir su carácter pasó en aquellos primeros instantes por infantilismo.

El joven duque, mimado y solicitado por todas las mujeres, no tardó en cobrar fama. Al principio no veían en él más que un niño, pero su conducta desde muy temprano demostró que había dejado de serlo. La naturaleza, que se aprestaba a convertirlo en un hombre excepcional, se complació en tratarlo favorablemente. Fue libertino a la edad en que uno apenas se conoce a sí mismo.

El amor supo aliarse con el juego, mas el primero no menoscabó al segundo; perdió sumas bastante considerables. Pese a los reproches de su padre y su suegra, y las admoniciones de la señora de Maintenon, se entregó de lleno a sus inclinaciones primarias, sin

atender más que a sus sentidos, que lo requerían ya de modo harto imperioso. Pensaron que si lo obligaban a convivir con su esposa se comportaría con más sensatez, y que al permitirle satisfacer en casa unos deseos que se anunciaban con tal vehemencia se mitigaría su impetuosidad; pero el altivo duque, hastiado de la moral de su padre y enojado con su suegra, que lo había casado sin consultarlo, se prometió mostrarse tan reservado con su esposa como dejaba de serlo con otras. Mantuvo su palabra, pese a las amenazas y las seducciones: se condujo honestamente con ella, pero siguió contraviniendo los deseos de toda la familia.

Amaba preferentemente a la duquesa de ***. (Así la designa él; no hemos podido saber más al respecto). Pero ese amor, con ser intenso, no le impidió buscar la posesión de mujeres que le agradaban menos. Descendió a todas las esferas: tener el nombre de mujer bastaba para merecer sus halagos.

Habituado a encontrar bellezas fáciles, presumió que las bondades con que lo honraba la señora duquesa de Borgoña eran una prueba de su amor. Se comportó con la princesa tan volublemente como lo hacía con todas las mujeres, y al observar que dicha actitud daba sus frutos, cometió nuevas extravagancias. El obrar de ese modo podría haber significado su ruina; pero la duquesa de Borgoña, que era de natural bondadoso y lo encontraba amable, lo veía como un niño atolondrado cuya irreflexión había que disculpar. El joven la divertía, y acaso ese error por parte de la princesa provocó que no tardara en verse acosada por la calumnia.

Corrió el rumor en la corte de que la señora duquesa de Borgoña amaba al duquecillo de Fronsac, e incluso llegó a oídos de Luis XIV; ciertas aventuras, en el fondo inocentes, ocasionaron que la reputación de la princesa se viese comprometida. Su padre, el duque de Richelieu, alarmado por las consecuencias que pudiera tener un rumor que exponía a su hijo al resentimiento del rey, corrió con su mujer a ver a su protectora, la señora de Maintenon. Juntos deliberaron acerca de lo que debían hacer ante tan embarazosa situación. La señora de Maintenon, que sabía desde hacía tiempo cómo abordar al rey, propuso que le hablaran de los extravíos de su alumno y le suplicaran en nombre de su familia que tuviese a bien castigar como un padre al joven, que creía poder permitírselo todo. Estaba convencida de que el castigo sería menos

riguroso si ponían al soberano sobre aviso y si se le solicitaba como merced, en vez de que se encargara él mismo de aplicarle un correctivo.

Todos aceptaron agradecidos el proyecto: la duquesa de Richelieu aprovechó encantada la ocasión de castigar a su yerno por el desprecio que mostraba hacia su hija; y el anciano duque, libertino reformado, convertido en devoto a falta de ocasiones de pecar, celoso de los placeres de su hijo, a los que ya no podía entregarse, aplacó el resentimiento que abrigaba desde hacía tiempo contra él. A la par aprovechó el caso para mirar por sí mismo. Sus asuntos iban mal, solicitó favores pecuniarios al rey, a quien escribía a la menor oportunidad, cuando sus ataques de gota le impedían ir a cumplimentarlo. El rey le profesaba suficiente estima como para contestarle.

*

Al duque de Richelieu le daba pánico perder el escaso favor de que gozaba y, sobre todo, que la conducta de su hijo le causase menoscabo a ojos del amo y señor: había obtenido ya algunas concesiones, y en aquel momento las necesitaba más que nunca para solventar sus asuntos. La señora de Maintenon había redactado ya un escrito que entregó al rey, y lo que inquietaba al duque eran las frecuentes advertencias sobre los extravíos de su hijo. Su conducta frívola lo indispuso con sus allegados y provocó que se le tratara con bastante dureza; de ahí que entre padre e hijo reinase una acritud que evidenciaba lo mal que se entendían. En una de sus cartas de aquella época, la señora de Maintenon escribe en los siguientes términos:

> *«Fontainebleau, 27 de julio de 1711»*
>
> Caballero, he entregado vuestra carta al rey, que se ha encargado de dársela en persona al señor Desmarets. Cabe esperar que tal solicitante os permita salir del paso a vuestra satisfacción; nadie os lo desea tanto como yo. Admiro el buen ánimo con que sobrelleváis vuestros distintos quebrantos. Mucho me gustaría que vuestro señor hijo obrara tan bien como habla; debemos esperarlo todo de su inteligencia y armarnos de paciencia ante su juventud. A diario

compruebo que los años actúan más palmariamente que cualquier otra cosa. Por la presente no puedo transmitiros buenas noticias; me inquietan las del Delfinado. Adiós, mi querido duque, consideradme vuestra mejor amiga, al igual que vuestra humilde servidora.

«Maintenon».

Los duques de Richelieu aprovecharon con diligencia la mediación de la señora de Maintenon para hacer encerrar a su hijo. Hemos dejado bien claro que deseaban hacerlo; pensaron también que, al mantenerlo alejado de cuanto le ataba a sus amistades, retornaría más fácilmente con una mujer a la que tenía abandonada, y estimaron que la reconciliación se produciría en la cárcel.

La señora de Maintenon, encargada de trasladar el mensaje al rey, obtuvo sin mayores problemas la orden solicitada, y, comoquiera que la Bastilla era para el soberano el principal lugar de castigo, fue elegida para recibir al joven duque de Fronsac. Éste distaba de imaginar la tormenta que se le venía encima. Encandilaba a las mujeres a las que cortejaba, y por más padecimientos que causara a la duquesa con sus infidelidades, ésta no dejaba de amarle. Sus días eran una sucesión de placeres, y en modo alguno se esperaba que la Bastilla fuese a eclipsarlos. Allí fue conducido en 1711, y aunque unas solas horas de estancia en aquella cárcel tendrían que haberle hecho ver su desdicha, aún parecía dudar de la orden que le arrebataba sus distracciones. Al principio pensó que sólo se proponían asustarlo; se preguntaba cuál podía ser su crimen, y se consideraba inocente. Sin embargo, cuando cayó la noche perdió las esperanzas de recobrar la libertad. Se hundió en el desconsuelo y dedicó los primeros días a intentar sobornar a sus carceleros. Su único afán era que una o dos cartas pudieran informar a sus entrañables amigas de su detención; imaginaba la inquietud que sentían y quería mitigarla, sin por ello dejar de señalarles los medios de solicitar su liberación. Pero cuando vio que todos sus esfuerzos eran vanos, tomó la decisión que le dictaba la necesidad, la de sobrellevar con paciencia su infortunio.

Los primeros días se le trató como a un criminal de Estado, recluido en su celda sin poder comunicarse con nadie ni disfrutar del paseo que se les concede a los presos. Se creyó perdido. A su

edad, mimado y adorado por numerosas mujeres, era natural que le asustase su suerte cuando la comparaba con el pasado. Por fin las órdenes comenzaron a ser menos rigurosas: pudo pasearse; para consolarlo se le designó a un honesto eclesiástico, quien consintió en compartir su prisión, y recibió al abad de Saint-Rémi, cuya compañía habría evitado anteriormente, como a un dios benefactor que acudía a paliar los horrores de la soledad.

El estudio pasó a ser un medio necesario para ahuyentar el tedio; el duque, a quien antes nada interesaba, le tomó gusto: trabajó con el abad en una traducción de Virgilio; por fin adquirió conocimientos que posteriormente le serían de gran utilidad. No obstante, el súbito cambio a un lugar tan terrible le provocó tal conmoción que creyó enfermar. Tras una fiebre de unos días, la viruela se manifestó con tal virulencia que se temió por su vida, pero lo salvaron su robusta constitución y los consejos de un médico, que siguió puntualmente.

Con anterioridad habían intentado reconciliarlo con su mujer, pero el duquecillo, que ya había dado sobradas muestras de su carácter altanero en diversas ocasiones, no se apeó del burro. Recibió con extrema cortesía a su mujer, y por más que lo devorase el deseo, por más que siguiera aguijoneándole tan larga continencia, supo ponerle freno; su mujer se retiró sin obtener otra cosa que vergüenza y despecho del paso que le habían obligado a dar.

Aquella actitud obstinada propia de un niño de dieciséis años permitía formarse una idea de lo que cabía esperar de su comportamiento en el futuro. Su mujer era joven y bastante bella; él se hallaba sediento de un placer del que se veía privado desde hacía tiempo, pero prefirió librar un ingrato combate con sus sentidos antes que faltar al compromiso que había contraído consigo mismo de no consumar su deber matrimonial. Por otra parte, así se vengaba de ella, de su familia; y ese propósito le infundió nuevas fuerzas para resistirse a la seducción.

Su familia acabó viéndose obligada a capitular ante aquel joven a quien nada doblegaba. Habría sido demasiado cruel seguir privándolo de su libertad; optaron por alejarlo de París y enrolarlo en el Ejército. Sirvió como mosquetero y, feliz con cuanto se le presentara (los posteriores acontecimientos así lo demostraron), se inició con la famosa campaña de 1712, la más gloriosa de cuantas

se habían emprendido desde hacía tiempo; una campaña en la que el mariscal de Villars, merced a su victoria en la batalla de Denain, salvó definitivamente a Francia.

Aquel año memorable resultó harto cruel para la familia real. Había llegado la hora de que una victoria tan señalada tranquilizase a los franceses, que todavía lloraban la muerte de un príncipe bien amado, el duque de Borgoña, convertido en delfín por la muerte de su padre. El pueblo, que lo idolatraba, sabía que no compartía la despótica forma de pensar de su abuelo; no ignoraba que había osado decir ante él que «los reyes están hechos para los pueblos, no los pueblos para los reyes»: todo se esperaba de un príncipe que criticaba tan abiertamente al gobierno y que tenía el valor de profesar tan grande y santa verdad en la corte de un amo absoluto. Francia entera estaba de duelo. Aquel añorado príncipe aunaba una mente viva, penetrante, elevada, con una constante consagración a sus deberes; dedicaba todo su tiempo al florecimiento de un reino desgarrado por doquier. Meditaba incesantemente sobre el modo de buscar la felicidad de su pueblo; la felicidad de éste había de procurar al soberano que la depara un goce muy superior a la grandeza: el pueblo tenía ante sí a un rey que plañía en medio del lujo y del fasto. Alejado de las guerras, donde la ambición, la avaricia y el odio imperan sobre la justicia y la razón, había decidido devolver al pueblo la abundancia merced a una paz constante y bien asentada. Devoto sin caer en la blandenguería, sabía conciliar los deberes de la religión con aquellos que le imponía su corona. Los franceses, hartos del férreo cetro de Luis XIV, encarecían vehementemente las excepcionales cualidades de su sucesor. Nunca se habían derramado tan abundantes y sinceras lágrimas ante la tumba de un príncipe.

*

La noticia del éxito de Villars levantó el ánimo del pueblo consternado y disipó su dolor: el momento presente le hace olvidar muy pronto sus penas o sus placeres.

El duque de Fronsac, testigo de tan insigne victoria, tomó especial gusto a la carrera que había abrazado. Recomendado al

mariscal, que lo nombró su ayuda de campo, tuvo oportunidad de verlo actuar de cerca. El general, que lo veía con ánimo y aptitudes, gustaba de charlar con el joven, y éste hubo de aprender de él cosas que nunca olvidaría. Por presuntuoso que pudiera parecer, Villars, que nunca libraba batallas sin asegurarse de la victoria, puso buen cuidado en enseñarle que un general, aunque albergara la certeza de vencer, debía siempre disponer las cosas como si fuera a ser derrotado. El duque de Fronsac, que seguía siendo un joven atolondrado, pero que se mostraba más presto a sacar partido de lo que veía, estudió provechosamente el arte de la guerra, aconsejado por tan gran maestro. Parecía haber olvidado París y la corte; no obstante, mantenía continua correspondencia con la duquesa de ***, quien le profesaba sumo afecto. Acompañó al mariscal de Villars en todas sus campañas, trasladó personalmente sus órdenes durante los sitios de Marchiennes, de Douai y de Le Quesnoy, ciudades cuya toma vino acompañada por la victoria de Denain. Resultó herido en la cabeza por una esquirla de piedra en la de Friburgo, y Villars le encomendó transmitir al rey la noticia de la rendición de los fuertes.

Él mismo reconoce que tembló al acercarse a aquel monarca, a quien veía por primera vez desde que saliera de la Bastilla. Al principio se mostró intimidado, pero serenándose al punto, le relató las operaciones de la campaña con tal precisión y presencia de ánimo que Luis XIV, sorprendido de su inteligencia y de los conocimientos que había adquirido tan prontamente, le auguró que, de seguir así, se hallaba destinado a grandes empresas.

Su regreso a París representó el inicio de nuevos placeres: voló a casa de su amiga, la duquesa de ***; sin embargo, al verla decidida a no otorgarle más que su amistad, se prendó de la esposa de un comerciante de muebles, mujer muy devota a la que hizo morir de pena, del remordimiento de habérsele entregado y, sobre todo, de celos al enterarse de sus continuas amantes[7].

El número de éstas era considerable, y disfrutaba mucho más cuando el público participaba del secreto. Hubo mujeres a quienes trató con consideración y con las que se comportó discretamente, aunque los nombres de casi todas acabaron conociéndose. Ponía buen cuidado en que su coche pasara parte de la noche en la calle de la mujer con la que mantenía relaciones, a fin de que su escudo

de armas y la librea de su criado trasluciesen que disfrutaba de buena fortuna. Desde entonces se sirvió del mismo ardid para engañar a sus amigos; a éstos no les cabía en la cabeza que pudiera dar de sí para tantas intrigas y, queriendo imitarlo, pechaban con una carga que no podían soportar. Varios de ellos fenecieron en la empresa, y sólo él seguía sorprendiendo cada vez más a quienes llevaban la misma vida.

Desplegaba esa especial habilidad, siempre con éxito, tanto en el amor como en otros asuntos. Se despedía de sus amigos aduciendo que debía acudir a una cita con la dama cuyo nombre pronunciaba. Entonces ordenaba a su cochero que saliera por la noche a la hora indicada, con uno de sus criados detrás, como si él se hallara en el interior; el coche permanecía unas horas frente a la puerta de la casa de la dama, para luego regresar a su mansión. La comedia se repetía al día siguiente con otra dama; entretanto, el duque permanecía encerrado en su casa, invisible para todo el mundo, se hacía traer la comida necesaria para reparar las fuerzas perdidas en las visitas precedentes y de ese modo recobraba, merced al descanso, el vigor necesario para nuevas lides. Sólo se dejaba ver en público cuando se había repuesto por completo de sus fatigas; entonces confesaba confidencialmente a sus amigos que nunca había gozado tanto como con la nueva aventura que acababa de sustraerle por algunos días a su amistad, y el asombro de éstos era mayor al verlo, tras tantas y diversas proezas, tan lozano y saludable como parecía.

Ello es buena muestra de lo mucho que anhelaba poseer la reputación de hombre afortunado en amores, y es que no le costaba nada obtenerla. Así y todo, sorprende verlo utilizar esos pequeños ardides. No los necesitaba para ser merecedor de esa etiqueta que tanto ansiaba. Trabajo llevaría calcular el número de mujeres a las que sedujo; y aunque nos quedásemos con la mitad de aquellas de las que hizo alarde, bastarían sobradamente para otorgarle un puesto memorable en los anales del galanteo.

En medio de aquellos placeres, el 10 de mayo de 1715 perdió a su padre. Él mismo reconoce que esa pérdida no le causó excesiva aflicción y que no necesitó grandes esfuerzos para detener el curso de sus lágrimas. En definitiva, perdía a un padre que lo importunaba de continuo. En un principio su padre lo había amado

tiernamente, pero después se convirtió en un anciano taciturno que se oponía a todos sus gustos, lo reprendía con dureza y se mostraba sorprendido al ver que un joven prefiriese el trato con gente de la edad del padre que al suyo. En cierta ocasión, una pérdida de mil luises lo había irritado de tal modo que le negó el dinero que más necesitaba. No podían pasar juntos un rato sin terminar hablándose con desabrimiento: el padre veía con envidia los progresos de su hijo, y el duquecito acusaba a su padre de ser el autor de su reclusión en la Bastilla y de las privaciones que padecía a diario tan hirientemente.

Los trámites de la herencia le parecieron embrolladísimos. Le habían legado un montón de deudas. Se vio obligado a renunciar a parte de la herencia; le correspondieron los ducados de Richelieu, Fronsac, las tierras de la Ferté-Bernard, Coze y Lonac, entre otras, y pudo decirse para honra del joven heredero que pagó por entero las deudas de su padre que no habían podido liquidarse con la herencia. Habría podido, como tantos otros han hecho y siguen haciéndolo, dispensarse de abonar las sumas que adeudaba su padre, pero el nuevo duque de Richelieu consideró que su honor lo obligaba a no hacer uso de un derecho inicuo, que frustraba a los proveedores y comerciantes de recibir lo que se les debía y despojaba a los viejos criados del legado que les había dejado su amo. Consideraba que un gran señor debía respetar la memoria de su padre, y pese a su amor por el dinero, prefirió privarse de parte de él que tener que hacerse tan vergonzosos reproches.

Su padre había heredado una considerable fortuna. El primer duque de Richelieu, de quien era sucesor, había recibido una gran porción de la inmensa herencia de su tío el cardenal. Había abusado de ella hasta el punto de verse obligado a vender muchos bienes libres. Su hijo, padre del mariscal, no observó una conducta más regular; había recibido el cargo de general de las galeras en 1643, en vida de su padre, pero en 1661 se lo había vendido al marqués de Créqui, posteriormente mariscal de Francia. No se limitó a liberar de esa carga a su familia: se desprendió asimismo de tierras que no estaban sustituidas; y sin duda, de no ser por la previsión del cardenal, que sustituyó los dos ducados y otras tierras, la herencia del joven duque habría sido menos que mediocre. Su anciano padre, que había gastado grandes sumas de dinero de manera poco

honorable, que se había obsesionado con las mujeres y que casi siempre vivía con ellas de modo poco conforme a su rango, al ver embargar todos sus bienes hubo de contentarse con una pensión alimenticia que le pasaba la administración, y durante años confinó su tedio y su inutilidad en su magnífico castillo de Richelieu. De regreso en París, contrajo nuevas deudas, y se supo que recurrió al crédito de la señora de Maintenon para obtener ayuda de Luis XIV.

*

El nuevo duque de Richelieu quiso borrar esa lacra y con su comportamiento trató de dar nuevo lustre al apellido al que el cardenal había dado tanta fama. Se le verá valeroso en combates singulares e intrépido en presencia del enemigo, así como despegarse del amor para volar a la gloria y actuar para enfrentarse al mayor peligro con la misma desenvoltura que para seducir a una hermosa mujer. Exponía despreocupadamente una vida a la que todo le sonreía; y el pesar que pudiera suscitarle perder cuanto se jugaba no alcanzaba a turbar su seguridad.

Aburriéndose muy pronto de las diligencias que requería la herencia de su padre, el amor, al que había descuidado durante algún tiempo, recobró más que nunca su ascendencia sobre él.

Se desquitó, pues, del tiempo perdido mediante nuevas conquistas; y la princesa de *** fue una de las mujeres a la que pareció amar por entonces. Ya hemos dicho que su amor no era en absoluto exclusivo, pero no lo veremos descuidar a la duquesa de ***. Mencionaba la época en que sólo tenía dos amantes como un momento de cordura, pues estudiaba constantemente el modo de buscar nuevas víctimas. Cuando una mujer se le resistía durante un largo periodo, no se entretenía perdiendo el tiempo con ella; le otorgaba unas horas por semana y, en el intervalo, se reunía con otras más fáciles que le proporcionaban los medios de aguardar pacientemente el día de su triunfo.

El retrato que traza de la princesa de *** no deja duda alguna respecto a su belleza. La joven adoraba a su marido, quien, raro y caprichoso, la había desposado por indulgencia y, a la amante que tenía por entonces, le había prometido que trataría a su esposa

como si él no fuera su marido. Sin embargo, le pareció tan grata durante los dos primeros meses que no pudo por menos de concederle todos los derechos que el himeneo le concedía. Al poco, la amante recobró su imperio sobre él, y lo alejó sin remisión del lecho nupcial. Su mujer, que lo amaba de verdad, no osó quejarse; creyó que prodigándole su ternura reavivaría los ardores de un esposo que dejaba de darle muestras de su cariño. Pero todo fue inútil: su dulzura, su solicitud no fueron suficientes para devolverle al infiel. Lloró en secreto durante dos años. Su esposo, que mantenía las apariencias, parecía comportarse exquisitamente con ella: acudía todas las mañanas a visitarla y la besaba siempre que la veía, sobre todo en presencia de testigos; se exponía a ser objeto de mofas, incluso pasaba por calzonazos, mientras que su tierna costilla era la viva imagen de la felicidad. Aquella apariencia de felicidad no bastó finalmente a una deliciosa mujer de veinte años que poseía un tierno corazón y que se lo ofrecía infructuosamente a un esposo incapaz de apreciar su valía.

El duque de Richelieu vio por vez primera a esta dama en casa de la duquesa de ***; no habría necesitado dar con una belleza tan equilibrada para prendarse de ella. Era un hombre muy seductor, se encontraba con un corazón novicio y entregado a sus deberes: todo le resultaba excitante en aquella conquista, y, casi siempre victorioso, se lanzó a ella con la certeza del éxito. La princesa de *** se hallaba en ese momento peligroso para la virtud en que el alma, turbada por las cosas que la sorprenden, no ha podido conocer aún a aquel a quien la naturaleza ha dispuesto para su felicidad; experimentamos el deseo de ser dichosos, sin hallar y sin ni siquiera discernir el bien que anhelamos; nos seduce en los demás, y sentimos un vacío en nuestro interior que torna nuestros placeres monótonos y enfadosos: nos falta el ser destinado a darles vida. Richelieu era la persona que buscaba el corazón de la princesa de ***; se ruborizó al verlo; su donaire, el tono con el que hablaba de amor, la sensibilidad de que daba muestras, aun sin experimentarla…, pero eso ella lo ignoraba, todo la movió a comparar la conducta de su marido con la del duque; y, desafortunadamente para el esposo, la comparación no jugó a su favor. El hombre que nos agrada se embellece a nuestros ojos. La princesa de *** reencontró su corazón; desapareció el vacío que

sentía; un hechizo se propagó por cuanto se topaba con su mirada, y aquello fue obra de Richelieu; le bastó un instante. Apareció, y todo cambió para la princesa. El duque advirtió la impresión que producía en ella: experto en sacar partido de sus prendas, redobló sus atenciones, se mostró más tierno. El amante que sabe dominarse posee más medios que ningún otro para alcanzar prontamente su objetivo; de todo obtiene provecho. Richelieu, que nunca estuvo muy enamorado, usó de todos los recursos que un hombre afortunado en amores utiliza con tanta fortuna; supo que era amado antes de que la propia princesa de *** fuera consciente de que lo amaba.

Con todo, la reflexión le devolvió a la dama la cordura; se reprochó haber dado tal muestra de debilidad, y decidió combatir una inclinación de la que aún se creía dueña. Lejos de su amante, todo se le antojó posible; se convenció de que triunfaría sobre un amor que comenzaba a alarmarla. Sabedora de que la huida era la forma más segura de resistir, propuso a su marido ir a pasar una temporada lejos de allí. Éste, retenido en París por una pasión que lo dominaba, se opuso con firmeza a los deseos de su esposa, se burló de tan súbito deseo de retiro y se mostró tan disconforme con la peregrinación (así llamaba a aquel viaje) que, tras insistir algún tiempo, ella se vio obligada a no sacar más a relucir el asunto.

Al ver que aquel proyecto no llegaba a buen puerto, ella dejó de acudir a casa de la duquesa de ***: ésta, que ignoraba los combates que libraba su amiga, fue a visitarla y acabó devolviéndola al feliz mortal del que con tanto celo huía. La felicidad que le produjo verlo le resultó todavía más viva; fue más consciente del peligro a que se exponía, y tras hacer nuevos intentos con su marido que tampoco llegaron a buen puerto, se dijo: «Así las cosas, que sea lo que Dios quiera. He hecho cuanto he podido. Quien libra demasiados combates, acaba por sucumbir».

La predicción no tardó en cumplirse. Richelieu nos da cuenta del gracioso modo que utilizó para triunfar. La princesa de ***, rendida al amor, se entregó con frenesí al sentimiento que la embargaba, y su enamoramiento fue creciendo en la misma medida en que el del duque decaía tras poseerla. Su felicidad resultó tan precaria como la de las demás mujeres; pronto hubo de comprobar que los juramentos recibidos eran fruto del momento.

Por un capricho bastante peregrino pero no por ello menos frecuente, el príncipe de ***, quien durante tanto tiempo había descuidado a su mujer, decidió separarse de su amante, que le había impuesto la tiránica ley de abandonar a su esposa, y retornó junto a ésta mostrándole la devoción del más tierno amante. La había dejado de lado mientras ella no veía más que por sus ojos; y cuando el amor que sentía por el duque de Richelieu se tornó en indiferencia hacia su marido, éste pareció más enamorado. La princesa de *** creyó en un principio que era pura galantería momentánea, pero asustada enseguida por las asiduidades de su marido, quiso evitar una reconciliación que, a sus ojos, la convertía en infiel. Su amante lo era entonces todo para ella; el marido a quien tanto amara había perdido el hechizo que lo embellecía, había pasado el tiempo de la seducción, y es sabido que no puede retornar.

El príncipe de ***, sorprendido de no encontrar a la misma mujer, creyó que estaba justamente irritada por su conducta. Sabía que una mujer afrentada, o encolerizada, sigue amando: esperó que a la suya no tardase en conmoverla su arrepentimiento y que considerara su retorno como un favor que el cielo le otorgaba. Se equivocó, y se desesperó: viendo que nada podía conseguir por sí solo, acudió a los amigos de su mujer, al propio Richelieu, cuyos derechos no sospechaba. El amor le hizo intentarlo todo, pero comoquiera que sus esfuerzos se revelaban inútiles, sospechó que había algo más que animosidad en la conducta de su mujer. Se puso celoso; los celos son vigilantes: acabó enterándose de que tenía un rival. Hubo una escena sangrienta entre él y Richelieu; ambos resultaron heridos, y la princesa de ***, desesperada, se envenenó algún tiempo después.

Estos funestos hechos no mitigaron sus aventuras amorosas; los pensamientos sombríos no le robaban mucho tiempo. La duquesa de ***, siempre bondadosa, siempre dispuesta a recibirlo, lo consoló. Pasó unos meses apacibles a su lado, pero otra bella lo atrajo muy pronto a nuevos placeres.

Por aquel entonces el duque de Richelieu perdió a su mujer, la señorita de Noailles. Le tenía ley por sus cualidades morales: era dulce, buena y vivía tranquila, sin oponerse en nada a las inclinaciones de su esposo. Durante dos años intentó devolverlo al

redil, pero la resistencia que él opuso a la hora de cumplir con sus deberes conyugales la hizo más reservada. Confió en que, mostrándose menos cariñosa, él lo sería más. Pero Richelieu no era un hombre común y corriente; amaba a todas las mujeres. Había jurado exceptuar a la suya, y, decidido a obrar como amo y señor, nada pudo hacerle violar la ley que se había impuesto. La señora de Richelieu, humillada por tantos intentos inútiles, quiso despegarse de él. Su corazón, que había amado, desalentado al no ser correspondido, se hallaba dispuesto a entregarse. La venganza y la necesidad de amar, que la edad y el desprecio por parte del marido acrecentaban a diario, la llevaron a buscar a alguien que la consolase; el azar lo puso a su lado.

Su marido, el duque de Richelieu, tenía un escudero joven, agradable, que no poseía el donaire seductor de su amo pero que parecía proclive al amor. Enterado desde hacía tiempo del abandono que mostraba el duque, procuraba por todos los medios congraciarse con la mujer de éste. Acudía diariamente a pedir instrucciones; aunque su boca era muda, sus ojos le hablaban, y la duquesa de Richelieu se recreó poco a poco leyendo en ellos que era amada. Tan expresivo y silencioso lenguaje duró tiempo; el escudero, temiendo perderse, no se atrevía a romper del todo el silencio. La tímida duquesa temía por su parte mostrarse demasiado cariñosa; con todo, advirtió que debía alentar a un hombre no perteneciente a su clase y, para iniciar la negociación, le confesó las penas que las múltiples intrigas de su marido le ocasionaban. El escudero la compadeció, no comprendía cómo el duque de Richelieu podía tener tan abandonada a su bella esposa. El interés que le mostraba a la duquesa pareció agradar a ésta; se hizo más atrevido: osó aventurar una declaración que podía hacerle perder el puesto pero que, por el contrario, acabó asegurándoselo más que nunca. Por otra parte, la duquesa, ansiosa de amar, optó por dar unos pasos para alentar al escudero a dar los demás: era gentilhombre, eso le bastaba; se convenció de que el joven no necesitaba instrucción alguna para entregarse a los placeres del amor.

El escudero fue feliz, y gozó largo tiempo de su felicidad sin que viniera a turbarla ninguna sospecha. La duquesa se dijo que un hombre de rango común, de grata apariencia y entregado a ella, era

preferible que un par de Francia que la abandonaba. Aquel hombre dependía de ella: era servidor de su marido y también suyo; una simple señal bastaba para acercarlo o alejarlo de ella: nada tan cómodo como una intriga en su propia casa.

El duque de Richelieu estaba demasiado ocupado para reparar en la relación amorosa que acababa de entablar su mujer; simplemente la creyó curada de hacerle requerimientos infructuosos, e incluso comentaba en sociedad que era sorprendente que la señora de Richelieu tuviese valor para permanecerle fiel. Hablaba de esa constancia en broma, pero con la buena fe de quien le otorga crédito. Animaba a sus amigos a acudir a consolar a la esposa abandonada, y en el fondo no le importaba que una mujer que llevaba su apellido no tuviera intrigas: poco tiempo disfrutó de esa ilusión.

Un criado suyo, siempre bien recibido cuando se presentaba para informarle de algo, crecido una noche cuando su amo aseguró que pagaría cien luises por que su mujer le hiciera c…, le contestó: «Mi señor, puede disfrutar de ese placer gratuitamente, no necesita pagar tanto». Obedeciendo las órdenes del duque, que lo obligó a explicarse, entró en los detalles de la intriga de su mujer con el escudero. Le explicó a las claras que su relato era irrefutable y que tenía constancia de los más ínfimos pormenores; añadió que no albergaba la certeza de que los señores de Firmarçon, Rohan y Bissi le hubieran precedido, pero que en lo referente al escudero, se jugaba la cabeza si su relato no era cierto.

El duque de Richelieu rompió a reír, y convino en que nada era tan natural. Lo único que le molestaba era la elección. No le habría importado que su mujer se hubiese echado un amante perteneciente a su clase. Pero que un escudero, un hombre a sueldo, que tan sólo tendría a sus órdenes a palafreneros y caballos, ocupase el puesto de un duque se le antojó humillante. Prefería que su mujer hubiera tenido asunto con toda la corte antes que con aquel hombre. Concedía escasa importancia a todas esas cosas, pero exigía que una mujer de la nobleza no se envileciera con uno de sus criados.

No obstante, el duque optó por bromear con sus amigos sobre el particular: siempre que aludía al escudero, lo llamaba «el marido de mi mujer»; incluso, al poco de morir su mujer, dijo agradecido: «Debería pagarle el doble, y pasarle una pensión, pues era mi

representante».

*

El duque de Richelieu, pronto devuelto a sus placeres, no prestó excesiva atención a los disturbios que podían derivarse de las últimas voluntades del rey. Es sabido que el monarca, por más que hubiera envejecido en el despotismo, al expirar no se hizo ilusiones de que se respetasen sus órdenes: no había olvidado que el testamento de su padre se había roto; previó que el suyo correría la misma suerte, y así se lo comentó a quienes se lo habían arrancado. En efecto, el duque de Orleans, cuyos derechos se habían complacido en restringir, se las ingenió para recobrarlos todos merced a su firmeza y vigilancia. Se ganó a unos, intimidó a otros, y fue proclamado regente del reino pese a las disposiciones de su tío.

Richelieu siguió hasta el Palais-Royal a la multitud de cortesanos que se apresuraban a sumarse a la nueva corte. Las costumbres, que responden siempre al impulso que les imprime el soberano, no tardaron en cambiar bajo la férula de un príncipe que ostentaba una conducta de lo más depravada. Bajo el difunto rey, las intrigas se cubrían con un misterioso velo; las costumbres no eran más puras, pero se ocultaban celosamente las relaciones que iban tejiéndose. La apariencia de honestidad le bastaba a un soberano que conocía más que nadie las debilidades humanas; pero era menester guardar esa apariencia; de no ser así, miraba con malos ojos al súbdito, por ilustre que fuera, que no se ponía a cubierto. El regente, por el contrario, desgarró el velo que su tío había impuesto; creyó que podía permitírselo todo y su ejemplo fue rápidamente seguido por la mayoría.

No nos extenderemos sobre sus desenfrenos, sobradamente conocidos. El Palacio del Luxemburgo, donde moraba la hija del regente, la duquesa de Berry, era uno de los templos donde se entregaba a su lubricidad. La duquesa, al igual que sus hermanas, había sido objeto de los deseos del regente; pero los apetitos desenfrenados de ambos los arrastraban siempre a entablar nuevas relaciones. No obstante, seguían viéndose de buen grado y mostraban suma indulgencia con sus mutuas infidelidades.

Desde su matrimonio, la duquesa de Berry había sido poco comedida; en su viudedad ya no conoció freno. Reunía todos los vicios. Peligrosa, pues no podía obrar con más astucia ni agudeza, era un prodigio en el engaño. En sus amores suplió la habilidad por el descaro. Entre sus numerosos amantes se contó, en vida del marido, a un tal La Haïe, un hombre experto en caballos al que nombró escudero de su marido, el duque de Barry. Quiso hacer que la raptara, y le propuso huir a Holanda. La Haïe, asustado y desesperado ante semejante propuesta, se lo confesó todo al señor duque de Orleans, quien dijo: «¿Qué diablos se le ha perdido a mi hija en Holanda? A fe que se da la gran vida en este país». E impidió que se llevara a cabo dicho plan. La conducta de la princesa constituyó siempre una mezcla de desorden y de devoción que no dejó de causar asombro. Primó el desorden; albergó muchas inclinaciones particulares, por no hablar de los caprichos, y acabó cometiendo mil extravagancias por el conde de Riom.

Este hombre, sin ser guapo ni tener buena presencia, poseía el don de ganarse a las mujeres. Era grueso, bajo, mofletudo, pálido, tenía bonitos dientes y, con su cara llena de granos, lo cierto es que tenía aspecto de cura. La duquesa de Berry lo nombró capitán de la guardia. Riom, más que su amante, fue su tirano; la duquesa tenía la debilidad de someterse a todos sus caprichos.

El duque de Richelieu, que había abandonado a aquella princesa, cortejó asiduamente a su hermana, la señorita de Valois. Halló un corazón dispuesto a amarlo y a rendirse a la atracción del placer. Pese a los peligros que arrostraba y a que debía ser prudente, fue dichoso. Jamás mujer alguna experimentó pasión tan auténtica. Conservó durante largo tiempo aquellas primeras impresiones, y convertida en duquesa de Módena, la imagen de Richelieu, que siempre tuvo presente, la compensó un poco de la pena que le provocó haberse distanciado de él. Lo mencionaba a cuantos franceses pasaban por su principado, e hizo varios viajes a Francia tan sólo para verlo.

Aquella conquista, que halagaba su amor propio, hubiera debido centrarlo; pero, incapaz de ligarse a vínculo alguno, cifraba su placer en el número de sus amantes, y su gloria en que lo amaran las del regente. A la señora Daverne la había conquistado y abandonado; el regente, que había estado enamorado de ella, le

pasaba tres mil libras al mes sólo para su mesa; el resto de sus gastos era proporcionado. Vivía por todo lo alto, pero, no obstante todos los placeres con que ella se esforzó en rodear al duque de Richelieu, apenas pudo retenerlo un instante. Lo vio alejarse de sí para reconciliarse con la señorita de Charolois, con quien había roto; la señora mariscala de Villars, que de amante de Richelieu había pasado a ser amiga, se había prestado al arreglo.

En vano la señora Daverne se valió del pretexto de una fiesta que ofreció a la mariscala D’Estrées, quien le había dado otra en Issy para atraer a su infiel, para invitarlo a acudir a Saint-Cloud, donde lo esperaban la iluminación más rutilante, el baile más selecto y unos fuegos artificiales acuáticos. Puso buen cuidado en señalarle que todos aquellos preparativos eran por él; que, al no poder pregonarlo, había aprovechado la ocasión para corresponder a la señora D’Estrées por la fiesta que le había ofrecido, pero que todo se lo dedicaba al amante al que no podía evitar amar y cuyo retorno esperaba celebrar.

Richelieu prometió mucho, disfrutó de todo como figura principal de la fiesta y, lejos de cumplir su palabra con la señora Daverne, trató por todos los medios de agradar a la señora de Mouchi. Ésta era guapa y muy alegre, y Richelieu esperó que no se mostrase mucho tiempo esquiva. Se sospechaba que el conde de Riom mantenía también una relación con ella; el propio regente, enterado de todos aquellos misterios, advirtió un día a su hija de que Riom la engañaba con la señora de Mouchi; pero aquella princesa, totalmente subyugada por su amante, resultó también malparada por la sospecha que dejó que surgiera.

Richelieu tampoco había sido fiel a la señora de Guesbrian: una larga serie de cartas, casi todas recriminatorias, dan fe de su inconstancia. Solía concertar citas con ella en los patios del Palais-Royal; su coche pasaba a recogerla y la conducía a una casita alquilada expresamente para servir de templo del placer. Un día en que había prometido a la señora de Sabran que mandaría recogerla en el mismo lugar, la señora de Guesbrian divisó su carroza; acostumbrada a utilizarla, creyó que se hallaba allí por ella y que la

esquela que debía avisarla se había extraviado. Sube al vehículo, y el cochero, habituado a llevarla, pensando que había entendido mal la orden que había recibido, la conduce al lugar indicado por el duque. A éste le sorprendió mucho el malentendido; pero disimuló su sorpresa, y la señora de Guesbrian, encantada y sin sospechar nada, ocupó el lugar de su rival.

Pero la señora de Sabran había acudido puntualmente a la cita en los patios del Palais-Royal. Al ver que había pasado la hora, y temiendo que la reconocieran si permanecía en un lugar tan concurrido, movida por el amor y los celos, decidió tomar una carroza. Se dirigió a la casita del Faubourg Saint-Antoine, donde había estado ya en varias ocasiones, y se prometió reconvenir al amante que la exponía a dar ese paso.

Su llegada echó por tierra la ilusión de la señora de Guesbrian; el duque le confesó que no había enviado el coche para ella y le dijo que tenía que ceder el puesto a la recién llegada. Semejante gentileza no fue en absoluto del agrado de la señora de Guesbrian; se puso furiosa y dijo que no estaba dispuesta a ceder el puesto a nadie. El duque, impasible, le contestó que era dueña de hacer lo que le viniera en gana, pero que sabía cómo pagarle con la misma moneda. Poseía un fajo de cartas bastante considerable, y la amenazó con hacerlo público si no se marchaba. Ella se echó a llorar y el miedo logró lo que la razón no había podido conseguir.

El duque de Richelieu, que no tenía empacho en engañar, o en disculparse con una mujer, no tardó en hacer las paces con la señora de Sabran; toda la culpa recayó en el cochero, a quien prometió echar. Después quiso resarcir a la dama de tan larga espera. La señora de Guesbrian, oculta en una estancia contigua, oyó las promesas que se hicieron los dos amantes y contuvo cuanto pudo la rabia que la atenazaba; era casi espectadora del triunfo de su rival y hubiera deseado que sus oídos pudiesen prestarle mejor servicio que sus ojos. La señora de Sabran, quien no ignoraba su antigua relación amorosa con el duque, pero que la creía terminada, se atrevió a hablar de ella en términos poco mesurados. La otra, que se paseaba a zancadas por la estancia contigua y que notaba acrecentarse su rabia por momentos, no pudo contenerse al oír tales palabras: olvidó las amenazas del duque y apareció hecha una furia ante aquellos dos amantes mientras se entregaban a nuevas pruebas

de cariño. La sorpresa fue mutua. Su apuro, el mismo, y el estado en que los sorprendió la señora de Guesbrian contribuyó a su confusión.

Los reproches de esta última fueron sangrantes. Había perdido la cabeza; confió a la señora de Sabran que acababa de vivir en aquel mismo canapé pruebas inequívocas del amor de un ingrato que las engañaba a las dos. El duque, que conservaba el aplomo en los momentos espinosos, la tomó de la mano y tirando de ella la obligó a sentarse al otro lado. En medio de sus dos amantes, les declaró que la torpeza de su cochero había causado aquel desaguisado, y que, de no ser por eso, ignorarían que habían sido engañadas.

—Una vez hecho el mal —añadió—, no debemos desesperarnos ni unos ni otros; ya veis que puedo amaros a las dos; desafío a la que pueda quejarse de haberme visto menos solícito en nuestro trato personal; no sabíais que tenías una rival: tomadlo como una muestra más de felicidad; por más que esto exista, miradlo como si no existiera, ya que enturbia vuestra tranquilidad. Bien sabéis que nuestros placeres provienen de la imaginación, o que al menos ésta interviene en gran medida en ellos.

Acto seguido les dijo que poco iba a ganar él diciéndoles que podía amarlas a las dos a la vez; la indignación de ambas damas truncó su buena voluntad. Las dos se miraban sin hablar. Pero sus miradas se tornaban más expresivas al fijarse en el duque; dejaban traslucir ira y desprecio. Richelieu, consciente de que no conseguía nada, ordenó que le engancharan los caballos y dijo a las señoras que las dejaba a solas para que hicieran las paces. Hacía un día espantoso, y comprendieron que la dificultad de hacerse con coches las obligaría a quedarse más tiempo del que deseaban. La necesidad mitigó su severidad; le propusieron que les dejara su carroza para trasladarse al Palais-Royal, y que después ésta regresara a recogerlo.

El duque les aseguró que su coche se hallaba a su disposición, sin añadir que no estaba dispuesto a quedarse solo. Les dijo que ese coche sólo sería para aquella que lo besara de buena gana. De entrada las señoras se rebelaron, pero se vieron obligadas a ceder. El duque tuvo el talento de asegurar por separado a cada una de ellas que sacrificaría a la otra, y ambas parecieron bastante contentas. Incluso la alegría distendió sus semblantes, a tal punto pesa en una mujer el placer de suplantar a su rival. La señora de

Guesbrian, iniciada en la inconstancia por Richelieu, le fue infiel al poco tiempo; con todo, se creyó con derecho a hacerle reproches; al final de una carta en la que le amonestaba, le pedía que le enviara una carroza al patio de las cocinas del Palais-Royal para reunirse con él, a lo cual el duque contestó con la esquela más impertinente que pudiera escribirse. Por su parte, la señora de Sabran, admitida en una ocasión a las orgías del duque de Orleans, cuyos excesos la indignaron, dijo a ese príncipe que aparentemente Dios, al crear el mundo, había formado una masa aparte de la que extraía a los príncipes y a los lacayos.

La señora de Nesle amó también al duque de Richelieu, y lo hizo con tal pasión que no pudo soportar compartir su corazón con una rival. Se enfrentó en un duelo con pistola en el Bois de Boulogne con la señora de Polignac, que le disputaba a su amante, y resultó herida en el hombro. Pese a todo, ufana de haber recibido aquella herida por tan cara causa, se consoló de su desdicha con la esperanza de ser más amada. Sin embargo, aquel duelo tan sólo le procuró celebridad. La constancia era una virtud imposible para Richelieu. La señora de Nesle, con todas sus novelescas proezas, se vio obligada a acostumbrarse a sus infidelidades como las demás. El número de competidoras aumentaba a diario y su vida habría sido un combate continuo que no la hubiera hecho más feliz. Así pues, hubo de atemperar su humor guerrero y soportar pacíficamente que el infiel volara hacia nuevas conquistas.

El duque de Richelieu, quien inició una intriga amorosa con la señora de Mouchi en la fiesta que la señora Daverne dio en Saint-Cloud, quiso llevar dicha aventura a buen término. Ya hemos relatado que el conde de Riom gozaba de cuando en cuando de los encantos de la duquesa de Berry. Richelieu, en una cena en la que se hallaba el señor de Melun, apostó con él que antes de ocho días suplantaría a Riom o que, al menos, haría infieles a sus dos amantes. La apuesta siguió adelante y él se valió de todos los medios para no perderla.

La duquesa de Berry, para quien desde hacía tiempo el duque de Richelieu tan sólo era un comensal sumamente agradable, un libertino encantador que participaba de vez en cuando en las orgías del Palacio del Luxemburgo, se sorprendió al verle adoptar con ella un tono galante. Confundido entre su multitud de amantes, la

princesa apenas recordaba que él hubiera formado parte de ella. El gracejo con que hablaba siempre a las mujeres la movió a prestarle atención. La señora de Berry, a quien no amilanaba la inconstancia, lo escuchó con agrado; pero Riom, que la tenía sometida, era el único que acaparaba su corazón, y ese amor extraordinario preservaba a la princesa de toda seducción posible.

Richelieu comprendió que era menester utilizar armas más poderosas: conocía el efecto que ejercen los celos en las mujeres y, suscitándolos en la señora de Berry, halló el mejor modo de volver a triunfar. La señora de Mouchi se había ataviado una noche más exquisitamente de lo habitual; Richelieu se lo comentó al conde de Riom, añadiendo que sin duda lo hacía para agradarle. Pareció envidiar su suerte, y no cesó de alabar aquellos encantos que Riom poseía a su antojo. Hacemos nuestras con bastante facilidad las impresiones que los demás nos manifiestan, sobre todo cuando halagan nuestro amor propio. A Riom le encantó el elogio que dispensaban a su amante y, viéndola entonces con los mismos ojos que el duque, se apresuró a redoblar sus muestras de devoción. Ufano de que se viera que era escuchado, quiso estar cerca de ella; máxime porque en aquel momento recibía menos trato de favor. La señora de Mouchi, a quien ya agradaba más Richelieu, trató con mayor frialdad a Riom; y por una reacción habitual, éste se mostró más solícito y más ansioso de recobrar sus derechos.

Entretanto, Richelieu no olvidaba sus planes. Señaló a la duquesa de Berry las asiduas atenciones de Riom con la señora de Mouchi; poco a poco fue despertando los celos en su corazón, le aseguró que Riom la engañaba y añadió que, si podían hablar a solas, se lo demostraría. La duquesa le dijo que iba a pasar a su gabinete y que al cabo de un rato entrase él discretamente. Ya había visto que Riom perdía la compostura con la señora de Mouchi, y se hallaba dispuesta a creer cuanto iban a decirle. Sospechaba desde hacía tiempo que Riom amaba a su dama de honor; el regente se lo había advertido; y lo que veía coincidía con lo que decía Richelieu y confirmaba sus sospechas.

Richelieu halló su corazón abierto a creer todo cuanto iba a decirle. Buscó una carta de la señora de Mouchi a Riom, que decía haber encontrado y que desvelaba todo el misterio. Le habría sido difícil mostrarla, pues nunca había obrado en su poder, de modo

que se quejó de haberla perdido. Pero para suplir dicha pérdida, aseguró a la duquesa que había sido testigo de las citas entre los dos amantes, señaló el lugar y suministró pormenores tan detallados que no podían ser puestos en duda. Los celos, al igual que el amor, nos ponen una venda en los ojos. La princesa, incapaz de distinguir ya lo blanco de lo negro, creyó a pies juntillas aquel relato. Furiosa, ofuscada, juró que odiaba a Riom. El duque de Richelieu la apremió, desplegó su seducción y logró mudar aquel desespero en placer.

Una vez alcanzado el objetivo que se había propuesto, buscó el modo de hacerse con pruebas de todo aquello. Al día siguiente escribió una tiernísima esquela a la princesa, que, todavía sorprendida por lo sucedido, pero conservando un recuerdo agradable, le respondió conforme a sus deseos. Sólo le faltaba doblegar a la señora de Mouchi para conseguir el dinero del señor de Melun. Estaba enamorada, y una mujer que ama enseguida se muestra débil. El duque no tardó en hacerse, también por esta parte, con pruebas suficientes para ganar la apuesta. La señora duquesa de Berry pasó unos días irritada con su amante, pero poco a poco fue apagándose su ira. El amor que la subyugaba hizo que fuera más feliz perdonando, y Richelieu se libró de la engorrosa obligación que le habría impuesto durante un tiempo su nueva intriga con la princesa.

Por aquella época, su duelo con el conde de Nocé lo llevó de nuevo a la Bastilla. Pero como no había indicio alguno que demostrara su culpabilidad, y como halló entre las mujeres a un gran número de protectoras, salió muy pronto por segunda vez de aquel lugar de venganza y pudo retornar a los placeres y al amor.

Se había impuesto a sí mismo agradar a las amantes del regente, y la señora de Parabère sucumbió a la misma suerte que las demás. Se quedó encinta. Tanto el señor duque de Orleans como Richelieu se creyeron el padre de la futura criatura. El regente se vanagloriaba de ello en público; Richelieu, secretamente, máxime porque la señora de Parabère le había asegurado que era suyo. La dama no vivía con su marido, y lo más espinoso era saber qué explicación darle al asunto. El marqués de Parabère solía emborracharse, y el regente y Richelieu planearon que, un día en que estuviese ebrio, lo llevarían al lecho de su esposa; resultaría

fácil hacerle creer que el vino lo había dispuesto a aquella noche de amor, que había acudido a verla y que el embarazo era el fruto del encuentro. Parabère, que murió en el ínterin, los dispensó de tener que hacer aquella comedia.

La corte del regente, cuya corrupción no hacía sino aumentar, brindaba a diario nuevas escenas de orgías y libertinaje; cada cual ostentaba impunemente la inclinación que lo dominaba y tan sólo hallaba censores entre ancianos cortesanos que conservaban la apariencia de honestidad que había impuesto el reinado anterior. El pueblo, en su creencia de que los grandes pertenecían a una especie diferente, apenas daba fe a los rumores que corrían sobre sus costumbres depravadas; quienes no podían ponerlas en duda abrigaban la íntima convicción de pertenecer a una clase privilegiada y de que podían hacer lo que les viniese en gana. El regente era querido, y acostumbró muy pronto a todos los ojos a ver sin mostrar sorpresa a la multitud de amantes que iban sucediéndose.

El duque de Orleans conservó, al acceder a la regencia, la misma familiaridad que antes había tenido con sus compañeros de placeres. El conde de Nocé, el marqués de La Fare, Fargés y el padre Dubois, célebre por el desdén que inspiró a toda Europa, eran los favoritos a los que profesaba mayor estima. También el duque de Richelieu era admitido en su intimidad; pero el regente, que estaba dispuesto a quererlo y que hallaba en él la misma afinidad de gustos y de espíritu, se cansó de Richelieu al llegarle continuas noticias de que gozaba de la misma fortuna que él con las mujeres que elegía. Era su rival más temible y, de hecho, eran pocas las amantes del regente que no habían amado antes al otro. El regente hubo de extremar su bondad e indulgencia para no castigarlo por su continua temeridad.

Aquel príncipe, de trato suave y desenvuelto, vivía con gran familiaridad con sus allegados. Su gran defecto era su amor a la buena mesa, pero por desgracia no aguantaba el vino tan bien como los demás comensales y acababa casi siempre bebido o con la razón alterada. Según dicen, el vino acompaña al temperamento sin cambiarlo, y, en ese estado, el príncipe no era ni más altanero ni más imperioso, pero se entregaba a perversiones más rebuscadas y de las que debía abochornarse, más que ningún otro, un príncipe

que por su cuna empuñaba el cetro del reino.

*

Quienes se hallaban a su lado se esforzaban en procurarle mujeres que satisficieran su ardiente temperamento, que exigía variedad. Las amonestaciones de Luis XIV, la severidad con que éste le trató, no logró templar el desorden de sus pasiones. El padre Dubois, a la sazón factótum de sus placeres, y que merced a tan vergonzoso medio logró granjearse su confianza, poseía el arte de renovarlos hasta el infinito. Tenía otros confidentes que salían a la caza de candidatas y que, gracias a sus relaciones, le otorgaban ante su señor el mérito de ser un factótum activo y lleno de celo. Evitaba por encima de todo que el príncipe cobrase verdadero afecto por alguna mujer, pues temía que su ascendente menoscabara el papel que deseaba desempeñar. Con ese fin, intentaba que las beldades se sucedieran rápidamente, para no dar tiempo a que su alumno se prendase de ellas. Huelga decir que la naturaleza coadyuvó a la perfección: jamás alumno alguno se mostró menos remiso a las enseñanzas de su maestro.

Cuando el duque de Orleans ascendió a la regencia, al no hallar freno alguno se abandonó con mayor fruición a la inclinación que lo dominaba. Las señoras Daverne, de Parabère, de Gesvres, D’Argenton y de Châtillon fueron aquellas por las que mostró mayor y más larga devoción. Las sucedió la duquesa de Phalaris, fallecida hace unos años a edad muy avanzada. Numerosísimas mujeres de toda suerte y clase social se sumaron a aquellas damas y fueron iniciadas como ellas a los misterios voluptuosos que él celebraba. Ni sus propias hijas quedaron eximidas. La duquesa de Berry, antes, durante y después de su casamiento, se prestó a los deseos de un padre más pervertido que ella. Y la señorita de Valois tan sólo pudo arrancar a su amante, el duque de Richelieu, de los horrores de la Bastilla cediendo a los deseos del regente.

La duquesa de Berry, que tan lejos llevó la complacencia por su padre, halló en él una gran indulgencia por todos los deslices que cometía. El regente presenció, sin hacerle ningún reproche, la larga

serie de amantes que gozaron de sus encantos. Vivían juntos sin celos, y aun se utilizaban mutuamente en sus amores.

La duquesa de Berry reunía en el Palacio del Luxemburgo, donde moraba, a las mujeres más hermosas y que no temían comprometer su reputación. Su padre solía cenar a menudo en su casa, y casi siempre Baco lo incitaba a dejarse seducir por la belleza. Un día, la duquesa de La Rochefoucault atrajo las miradas lascivas del regente; su marido era capitán de la guardia de la duquesa de Berry. La duquesa de La Rochefoucault evitaba frecuentar aquella corte corrompida. Su conducta reservada exacerbó los deseos del regente, quien pidió a la duquesa de Berry que le facilitase un encuentro a solas con ella.

La princesa, que secundaba con diligencia todos los caprichos de su padre, halló enseguida un pretexto para atraer a su casa a la señora de La Rochefoucault mientras estaba allí el regente. Éste se le declaró de manera breve y explícita. La joven de La Rochefoucault quiso retirarse, pero la señora de Berry, que no conservaba un ápice de virtud, creyendo que las demás carecían también de ella, achacó la resistencia de la señora de La Rochefoucault a su deseo de poner más precio a su derrota. Entonces la tomó de la mano y, tirando de ella, la echó sobre la tumbona en que estaba sentada y la retuvo allí por la fuerza. Pero la señora de La Rochefoucault, ya porque la presencia de una tercera persona la desagradaba, ya por sentido común, se defendió con tal furia que logró arrancarse de los brazos de la duquesa de Berry. El regente amagó otros intentos, y a punto estaba de reducir a aquella mujer agotada por una larga resistencia cuando, en su forcejeo, ella le propinó un codazo en el ojo que le obligó a soltarla. Ese golpe en un ojo ya enfermo (pues las orgías del regente lo expusieron a perder la vista) le produjo un horrible dolor, y eso dio tiempo a la señora de La Rochefoucault de escapar del peligro que había corrido.

Sirva esto como prueba de la depravación que llegaban a alcanzar padre e hija. Veinte anécdotas de este calibre podrían probar el grado de disolución de sus costumbres. Repugna extenderse sobre este tipo de relatos; no obstante, dan a conocer mejor las interioridades de la corte del regente que cuanto pueda decirse de ella. Permítasenos referir una de esas anécdotas, que nos

dispensará de relatar las demás, y con ello pondremos fin al retrato de los excesos de aquel príncipe.

Se hallaba cenando en casa de la duquesa con varias mujeres. Poniéndose más cariñoso al finalizar la cena, propuso que alguna de ellas lo acompañara a una estancia adyacente. Casi todas se disputaron el honor de ir con él. Una vez hecha su elección, preguntó al conde de Broglie si tendría la bondad de sostenerle el candelabro. Broglie, iniciado en tales misterios, no se hizo de rogar y, tomando la palmatoria, guió a los dos amantes. Muy pronto la escena ganó en viveza. Broglie, espectador inmóvil pero excitado de lo que sucedía ante sus ojos, creyó hallar por sí solo los recursos de que disponía el regente de modo más natural y supo bastarse a sí mismo, como buen filósofo.

La duquesa de Berry se había levantado de la mesa antes de que su padre hubiera hecho su elección; al volver al salón oyó un leve ruido en la estancia contigua. La curiosidad la llevó allí. Se quedó de una pieza ante el espectáculo que vieron sus ojos, pero éstos no se resintieron de lo visto; aquello no era ninguna novedad para ella. Broglie, acostumbrado a no recatarse, le hizo ver que había aprovechado el ejemplo. La princesa estalló en carcajadas, corrió a llenar un vaso de agua y lo arrojó en el lugar que se le había indicado, diciendo: «No hay que dejar al niño de Broglie sin bautismo». La anécdota describe al natural al padre, a la hija y la corte del regente.

En 1717 corrió el rumor de que la duquesa de Berry había alumbrado a un hijo del regente, lo cual dio pie a esta copla:

> Por fin se ha curado vuestra mente
> del temor al populacho;
> bella duquesa de Berry,
> aclarad el misterio:
> un nuevo Lot os sirve, madre de los moabitas;
> dadnos pronto un pueblo de amonitas.

Es sabido que Lot tuvo dos hijos con sus hijas: uno llamado Moab, de quien proviene el pueblo de los moabitas, y el otro Amón, de quien provienen los amonitas. Se exhortó a la princesa a que tuviera otro hijo que concluyera con aquel misterio de las dos razas. Aquella copla se atribuyó al joven Arouet. El regente montó en

cólera y ordenó buscar al autor para castigarlo. Arouet, que temía la venganza del príncipe y era amigo del señor de Brancas, famoso por comulgar con los gustos tan criticados a los jesuitas, pidió a éste que mediara para hacer llegar al regente la siguiente copla:

> No, señor mío, ¡en verdad
> mi musa jamás ha cantado
> a amonitas ni a moabitas!
> Brancas os responderá de mí:
> un hombre instruido en los jesuitas
> sobre los pueblos de la antigua ley
> tan sólo conoce a los sodomitas.

Al regente le hizo mucha gracia esta copla, que habría sido considerada criminal durante el reinado anterior, y la intervención del señor de Brancas mitigó su ira contra Voltaire. No sólo no lo castigó sino que, cuando Voltaire estrenó su *Edipo*, que obtuvo un gran éxito, le obsequió con una medalla de oro, de un marco de peso, donde aparecía grabado su retrato.

Huelga decir el poquísimo caso que el regente prestaba a las costumbres; la disculpa de Voltaire suponía la confesión de una nueva depravación que el regente perdonó con indulgencia.

Aquel mismo año llegó a París un soberano cuya personalidad era apenas conocida y a quien el deseo de instruirse guiaba en sus viajes. Pedro, llamado el Grande, zar de Rusia, recorría Europa con la loable ambición de acabar con los abusos que se cometían en su imperio e introducir las artes y la industria. La ignorancia y la barbarie en que habían vivido hasta entonces el príncipe y sus súbditos remitieron gracias a los esfuerzos de un monarca atormentado por el afán de instruirse. No tuvo empacho en apearse del trono para hacer de obrero en los astilleros de Holanda. Después viajó a París, donde le dieron a conocer las cosas más notables. Tras recorrer las manufacturas, las imprentas y admirar las bellezas que alberga la capital, quiso visitar la tumba del cardenal de Richelieu en la Sorbona. El duque de Richelieu acudió allí ese día para hacerle los honores del mausoleo de su tío abuelo y, en virtud del apellido que ostentaba, fue recibido exquisitamente por el soberano.

Tras rendir homenaje al cincel de Girardon[8], el emperador dirigió al joven duque estas palabras: «Si aquel gran hombre todavía

viviera, le daría la mitad de mi reino por enseñarme a gobernar la otra mitad». Cierto que un gracioso dijo que haría mal, porque el cardenal habría acabado quitándole su parte.

*

El duque de Richelieu, que rompía a menudo con sus amantes, poseía el arte de mantener su amistad cuando se calmaban los primeros chaparrones de los celos. La señora Daverne, tras haberlo odiado, volvió a recibirlo en su casa de buena gana; acostumbrada a verlo mariposear, hizo lo mismo que las demás mujeres que le excusaban su inconstancia por su amabilidad. La marquesa de Villars se había sometido también a la ley común, y ya sólo veía al duque con los ojos indulgentes de la amistad.

Richelieu acudía con mucha frecuencia a su casa; la abundancia de invitados que allí hallaba favorecía sus rastreos amorosos; la casa de la señora Daverne y la de la duquesa de *** eran las que más frecuentaba. En ellas encontraba dulzura, deferencia, y no tenía que aguantar reproches. Para conservarlo, aquellas damas habían optado por desterrar las quejas y se contentaban con los momentos que Richelieu tenía a bien otorgarles. La señora de Villars, todavía más complaciente, se involucró en su reconciliación con la señorita de Charolois. Consciente de su incapacidad para convertirlo en un ser constante, y no pudiendo dejar de amarle, había llegado al punto de consentir compartirlo; y por precaria que fuera su parte, la prefirió a la desdicha de no tener nada si se enfadaba con él. El mariscal de Villars, que solía coincidir con el duque en casa de su mujer, no pudo por menos de decirle un día:

—Escuchadme bien: he consentido en enseñaros vuestro oficio, habéis sido mi edecán en el Ejército, pero no tengo el menor deseo de que lo seáis aquí.

El duque de Richelieu quiso disculparse.

—En cualquier caso —añadió el mariscal de Villars—, si vos no amáis a mi mujer, la que os ama es ella, porque no cesa de hablarme de vos. ¡Pero, hombre, moderación, por favor!

La duquesa de *** era una amiga muy sincera de Richelieu y una mujer bondadosa. Confidente de los planes y de las nuevas intrigas

amorosas de su amigo, intentaba de entrada no llevarle la contraria. Si hallaba motivo para echarle alguna reprimenda, lo hacía con un tacto y una dulzura que no podían herir al amante, a quien seguía adorando. Disfrazaba su amor llamándolo amistad; se le desgarraba el corazón al oír las confidencias que él le hacía, pero exigía que se las hiciera; prefería verse condenada a sufrir sin quejarse el tormento de los celos que privarse de la dicha de ver a Richelieu. En ocasiones el amor le devolvía el duque a ella, y tales instantes, aunque fugacísimos, la compensaban de los sacrificios que hacía. Habían de ser recompensados. Y Richelieu, ya fuera en su calidad de amante, ya como amigo, pasaba pocos días sin acudir a gozar de las delicias de la amistad. Ella tan pronto se entregaba sin reservas al sentimiento que la embargaba, como se limitaba a consolarlo, y al hacerlo gozaba del placer de ser útil a su amante.

Menos indulgencia mostró la princesa de Soubise. Tras ceder a los acosos del duque de Richelieu, exigió que éste sacrificara a todas sus amantes; él, llevado por su pasión y por las ansias de subyugarla, lo prometió todo, multiplicó los juramentos, las protestas de amor, y quemó en su presencia las cartas de las mujeres a las que juraba abandonar. En tales circunstancias se mostraba elocuente, lleno de fuego, y poseía una gran capacidad de persuasión: ella entró en un corazón que hallaba bien dispuesto. La princesa creyó que su juventud y su belleza podrían por fin cautivarlo. A principio, la apariencia respondió a sus deseos; después, la sospecha enturbió su tranquilidad, y al poco la certeza del infortunio que temía no le permitió abrigar la menor duda.

Él se había refrenado en los primeros momentos de aquella nueva conquista. El temperamento difícilmente muda: Richelieu anteponía el placer de ceder a sus inclinaciones al tormento de combatirlas, y la princesa de Soubise se esforzó en vano por retenerlo en sus cadenas. Sus reproches, sus lágrimas contuvieron por un instante la huida del infiel, pero no pudieron evitarla. Necesitaba una indulgencia infinita. Un amor que exigía exclusividad no era del gusto de Richelieu. Ella mostró inútilmente su desconsuelo; cuantos recursos utilizó resultaron inútiles. El duque, habituado a desafiarlos, le hizo lamentar haber intentado lo que no había dado frutos a nadie, como no le dio a ella. Se creyó autorizado para emplear con ella el proceder que la facilidad de las

mujeres le trazaba y volver a cortejarla cuando le viniera en gana, pero sus esperanzas se vieron frustradas. La señora de Soubise poseía tanto orgullo como amor, y eso la proveyó de las armas necesarias para sobreponerse a una inclinación que la incomodaba.

Entonces el duque redobló sus esfuerzos para salir triunfante. Una negativa se le antojaba una ofensa; se topaba con una enemiga digna de él y empleó toda suerte de tretas para doblegarla. Extrajo todo el partido imaginable de su atractivo y su ingenio; adoptó el lenguaje de la pasión, incluso recurrió a la desesperación; pero la princesa, endurecida por el recuerdo de su primera claudicación, halló en su error fuerzas para resistírsele. Su derrota la había avezado al peligro, y desbarató los nuevos ataques del seductor. Su corazón, que no siempre se avenía con su razón, la arrastraba a veces hacia él; pero el despecho de haber sido abandonada avivaba su entereza. Por aquel entonces, aquella dama conoció la gloria de ser la única mujer que no hubo de reprocharse una segunda caída.

Resulta incomprensible cómo pudo resistir el duque de Richelieu la vida que llevaba. El número de amantes que tuvo entre 1715 y 1725, en que fue nombrado embajador extraordinario en Viena, es prodigioso. Las princesas, las mujeres más linajudas de la corte se sucedían; las burguesas e incluso las prostitutas solían rivalizar entre sí, y causaba continuo asombro verlo sobrevivir a tanto quehacer. Ya hemos dicho que poseía el arte de cuidarse, a la par que parecía estudiarse para seducir a nuevas beldades; pero, exceptuando los descansos que observaba, no es menos cierto que seguía haciendo lo suficiente para sucumbir, lo que habría sucedido de no haberle servido tan bien la naturaleza.

El amor a las mujeres no excluía tampoco aquel al que el sexo tantos motivos tiene de censura; y la señorita de Charolois, que tenía un lacayo joven y muy bien parecido, más de una vez echó en cara a Richelieu que prestara a ese lacayo excesiva atención.

Nacido durante un reinado en el que aún se creía en la astrología, cometió la debilidad de prestar fe a las predicciones hechas según la influencia de los astros. Le habían augurado que moriría en el mes de marzo. Si bien en la juventud, en la que tan lejano se nos antoja el momento en que ésta se destruirá, prestó escasa atención al supuesto oráculo, en la edad madura y en la vejez lo tuvo lo bastante presente como para temer ese mes que le

habían vaticinado. Una vez transcurrido, tenía la certeza de vivir el año entero; y si en 1788 hubiera tenido la mente lo suficientemente lúcida para hacer ese mismo cálculo, habría visto llegar sin temor el mes de agosto, que fue el de su muerte.

Él y sus amigos consultaban a todos los charlatanes que se jactaban de hacer predicciones. Eso fue motivo suficiente para que el pueblo los acusara de brujería. Incluso sus enemigos hicieron correr el rumor en París, mientras él se hallaba en Viena, de que había restaurado los antiguos misterios de Hécate y con otros grandes señores alemanes había sacrificado a un hombre a la luna. Esta atroz calumnia se propagó; aparece reseñada en manuscritos de la época, si bien carece de fundamento. Tan sólo demuestra lo fácil que es hacer creer en el mal, o el escaso crédito que debe otorgarse a determinadas crónicas.

El duque de Richelieu mantenía especial amistad con un tal Damis, que decía ser el hombre universal, y que aunaba la astrología con la medicina. El duque, que ya había escupido sangre y al que no parecía quedar mucho tiempo de vida, lo consultó acerca de su salud. Pero lo que más apreció de aquel hombre fue su pretensión de haber descubierto la piedra filosofal. El joven duque se entregó totalmente a él. A Damis le gustaba el dinero, y esperó poder satisfacer todos sus caprichos con el maravilloso secreto. Hizo varios experimentos. Y efectivamente aquel hombre, que al parecer era un habilísimo embaucador, hizo aparecer oro en el fondo del crisol.

El duque no pudo contener la alegría. Aunque rico, acababa de descubrir una mina inagotable de la que podría echar mano siempre que sus constantes apremios lo requiriesen. La perspectiva de hacerse inmensamente rico lo encandiló: sus planes no tenían ya más límite que sus riquezas venideras. Cuando abrigaba la convicción de que cualquier deseo que formulara se vería cumplido, Damis desapareció de repente, echando por tierra sus más halagüeñas esperanzas. No cabe duda de que el duque de Richelieu siempre creyó que aquel hombre poseía el talento de fabricar oro, y basaba su creencia en el desinterés de aquel embaucador. Nunca le había pedido dinero y le había dejado siempre el oro que había fabricado. El lingote que había resultado de la última operación pesaba unas 722 libras.

El duque llevó a cabo inútiles búsquedas para dar con aquel hombre único. Convencido finalmente de que eran infructuosas, se consoló de la pérdida de tan cuantiosa fortuna buscando nuevos favores amorosos. La señora Du Deffand sustituyó a su querido Damis; pero los beneficios que ésta le procuró no eran tan reales como se le habían prometido y no pudo resarcirle durante mucho tiempo. Se había reconciliado con la señorita de Charolois, a quien fue tan poco fiel como antes, aunque puso más cuidado al engañarla.

La señorita de Valois se mostraba mejor dispuesta con él. Amaba por primera vez y juzgaba el corazón del duque a partir del suyo; a tal punto la había modelado a su arbitrio que la joven no prestaba la menor atención a las murmuraciones que corrían sobre él. Eran pura maldad, según ella. Y Richelieu, que adoptaba el aire y el tono que le venía en gana, la convencía de ello cuando se veían a solas.

Aquella princesa vivía en un entorno mucho más restringido que las demás mujeres y, siendo soltera, se hallaba menos expuesta a los relatos de aventuras galantes, tan frecuentes en la corte de su padre. El amor la volvió crédula; feliz de ser engañada, tan sólo pensaba en aprovechar las ocasiones de concertar citas con su amante. Al verse constreñida en sus placeres, los disfrutaba con mayor goce y no se arrancaba de sus brazos sino con la esperanza de volverlo a ver.

El duque, consciente de que aquella aventura podía resultarle funesta y ducho a la hora de disponer los acontecimientos, había iniciado una relación íntima con una doncella de la princesa. La doncella gozaba de la entera confianza de la señora duquesa de Orleans, la madre de la señorita de Valois, que incluso le había encomendado la tarea de velar por la conducta de su hija. Su habitación, contigua a la de la princesa, le permitía desempeñar a la perfección sus deberes; una escalera oculta conducía a ella y era el camino más cómodo para acceder a las habitaciones de la princesa. Los amantes, que se habían visto expuestos en varias ocasiones a ser sorprendidos, decidieron de común acuerdo que Richelieu seduciría a aquel Argos.

La empresa era extraordinariamente ardua. En aquella doncella, fea, devota y entrada en años, no había punto alguno favorable para el amor, pero el héroe intrépido se armó de valor y se aprestó al

ataque.

Adoptó el lenguaje seductor de la galantería; sus miradas dieron paso a la declaración que hizo a la señorita Aimée, pues tal era el nombre de aquella mujer anticuada. Al principio ella lo recibió muy mal, y aun le ofendió su amor, que tomó por una broma. Richelieu no se arredró ante sus primeros tropiezos y, lejos de alarmarse, redobló sus esfuerzos para convencer a la cruel Aimée. Poco a poco ésta fue acostumbrándose a oírlo; jamás se había presentado nada tan gentil ante sus ojos y jamás hombre tan apuesto se había atrevido a admirar su belleza. La señorita Aimée era mujer, y por lo tanto tenía amor propio. Ese amor propio se sentía halagado, y oía por primera vez tan dulces palabras: se le ablandó el corazón; no tardó en dar muestras de debilidad.

Así y todo, la religión, que seguía presentando batalla, retrasó su derrota. El cielo irritado le abrió los ojos: creyó ver los castigos reservados para el pecado que estaba a punto de cometer y que, no obstante, comenzaba a parecerle bastante justificable. La presencia de Richelieu terminó de disipar sus escrúpulos. El terrible panorama desapareció por completo: no vio ya más que la felicidad. El azar había favorecido al duque; se hallaba a solas con ella y, demasiado hábil para no aprovechar la disposición en que la veía, no le dio tiempo a pensar. Fue entonces cuando el cielo se abrió de verdad para la devota, quien ignoraba que aquella grata aventura tal sólo le sucedía de modo ocasional y que su única causa era el amor que su señora profesaba a aquel mortal seductor. Gozó durante unos días de tan delicioso error. El duque de Richelieu confesó algún tiempo después a uno de sus compañeros de disipación, el señor de Firmarçon, que le había costado dar el primer paso, pero que una vez dado, la fealdad de la mujer y su edad habían desaparecido y que había recibido compensaciones por parte de ella.

Para alcanzar su auténtico objetivo, precisaba hacerse con papeles que dieran fe de tan singular conquista. Comoquiera que su mano le resultaba tan útil como su cabeza, escribió a la señorita Aimée una carta repleta de promesas de fidelidad eterna. Ésta, enardecida por esa nueva muestra de amor, se apresuró a contestar; era cuanto pedía el duque. En posesión de aquellas armas, le suplicó que le concediera pasar una noche con ella. La señorita Aimée había sido débil, y eso la había hecho sentirse bien; el recuerdo del

pasado lo facilitó todo.

La señorita de Valois estaba avisada; era exactamente a lo que querían llevarla para precaverse mejor de ella. Tres personas aguardaban impacientemente el momento de la cita para interpretar cada uno el papel en la comedia que se avecinaba. Tan sólo la doncella actuaba de buena fe y, lejos de esperarse la trampa que se le tendía, había entregado al duque la llave de la pequeña escalera que conducía a su alcoba y contaba los instantes que le faltaban para reunirse con el objeto de sus tímidos deseos. Sonó la hora, era el momento señalado. Apareció Richelieu, y la devota se hallaba ya rebosante de felicidad; un relámpago habría sido menos raudo. La señorita se sorprendió al verse en los brazos de su amante. Le pidió, inquieta, las dos expresivas cartas que le había escrito. Ella pareció hacer ese sacrificio con pena. En ese momento apareció la señorita de Valois. Cabe imaginar el efecto que produjo su presencia en la pobre doncella.

Richelieu, fingiendo a su vez la mayor de las sorpresas, dejó caer expresamente las cartas que sostenía en la mano. La señorita de Valois las cogió y, fingiéndose airada, dijo a la señorita Aimée que no daba crédito a sus ojos; que ahora entendía por qué no acudía cuando la llamaba, incluso varias veces seguidas; que tales encuentros explicaban sin duda que olvidara sus deberes; que su bondad la había conducido a su alcoba; que la creía enferma y que la indignaba encontrarla con un hombre. Agregó cuanto creyó necesario para atemorizarla y amenazó con contárselo todo a su madre.

Las cartas que tenía en sus manos eran pruebas convincentes de su culpabilidad. La desdichada Aimée estaba hecha un mar de lágrimas y, esforzándose en recobrar la palabra que había perdido, suplicó a su señora que no arruinara su vida. A Richelieu pareció enfurecerle la decisión de la princesa y, levantándose, la estrechó bruscamente en sus brazos.

—No, no arruinaréis su vida —dijo—, si esta respetable mujer es culpable, vos también lo seréis.

La llevó a una habitación contigua, donde los dos amantes se entregaron a su mutua ternura. Sus placeres resultaron tanto más excitantes cuanto que los causaba un hecho original, pero hubieron de interrumpirlos para que la princesa continuara representando el

papel que tenía encomendado.

Reapareció desconsolada, acusando a la señorita Aimée de cuanto malo acababa de sucederle. La mujer, que no sabía cómo iba a acabar aquella escena, estaba más aterrada que nunca. El duque pidió mil perdones a la señorita de Valois por su atrevimiento, alegando la necesidad de haber obrado así para salvar a la doncella. Declaró a la princesa que su amor era mayor que su pesar y que tan sólo dependía de ella vivir feliz. Le aseguró también que conocía lo bastante a la bondadosa Aimée para no dudar de su discreción y que ésta secundaría fielmente su mutuo amor. La princesa exhaló un suspiro y fingió perdonar.

—¡Bien tendré que amaros ahora! —dijo, y añadió dirigiéndose a su doncella—: ¡Todo ha sido culpa vuestra! Espero que la reparéis con un silencio eterno. Una sola palabra os perderá, pues sabéis que tengo cartas que os pertenecen.

El duque se acercó a la criada, le hizo hincapié en lo que había hecho por ella y le prometió una parte de su amor. La señorita Aimée, demasiado feliz de salir librada con tan poco, prometió cuanto quisieron. Y el primer uso que los dos amantes hicieron de su buena voluntad fue pasar juntos la noche que la devota había esperado pasar ella misma tan gozosamente.

Ese modo de verse resultaba muy cómodo a la señorita de Valois. No podía comprometer su reputación, y su amante no se exponía en lo más mínimo. Si por azar lo descubrían, toda la culpa de la aventura recaería en la señorita Aimée. Los dos amantes aprovecharon durante largo tiempo tan cómoda facilidad. Bien es cierto que en ocasiones la señorita Aimée se cobraba el paso, y Richelieu, como esforzado caballero francés, se preparaba, con un asalto ligero, a un combate más digno de su condición.

El regente, que se lo encontraba a cada paso, aunque era poco celoso, mostraba a veces su descontento. Su ira se disipaba fácilmente, pues el joven duque era un delicioso comensal. Se quejaba de él, pero lo admitía en su entorno. Un día, jugando con el duque a la pelota, el regente se golpeó en el ojo con la raqueta. Como estaba muy mal de la vista, el juego se interrumpió, y al separarse de él exclamó: «Siempre me pasa algo con este demonio de hombre».

También el padre Dubois se quejaba de él. El duque de Richelieu

se interponía en su camino y le arrebataba a sus amantes o se llevaba a las mujeres a las que echaba el ojo. Lo rehuía y por doquier daba rienda suelta a su malhumor contra aquel competidor de tantos éxitos y reputación tan temida. Entretanto, la señorita de Valois era objeto de los asedios amorosos de su padre. Al principio intentó ocultar sus cuitas a su amante, pero al final los asedios del duque de Orleans se habían recrudecido y acabó confesándole sus penas e inquietudes. Decidieron que el duque restringiría sus visitas al Palais-Royal y que los amantes se verían únicamente por las noches, bajo la salvaguardia de la señorita Aimée. Pese a sus precauciones, el regente ya no dudó de que su hija amaba al duque de Richelieu, por lo que le sorprendió menos la resistencia que le ofrecía a él. Richelieu llegó más lejos. En una fiesta celebrada en Auteuil, cometió la osadía de arrebatarle a la Souris, una bella muchacha con la que el príncipe vivía públicamente.

El duque de Orleans no dio muestras de querer vengarse de tal desvergüenza, pero poco tiempo después aprovechó de buen grado una ocasión de vengarse de su rival. La conjura del príncipe de Cellamare, embajador de España, en la que se pretendió que Richelieu se hallaba involucrado, se la brindó.

Alberoni, aquel hombre que amasó tan considerable fortuna en España, que de simple cura llegó a ser cardenal y primer ministro, más poderoso que el rey Felipe V, príncipe indolente, vacuo, sin fuerza para asumir las riendas del gobierno ni ánimo para manejarlas; Alberoni, enemigo declarado de Francia, donde quería alentar una revolución arrebatando la regencia al duque de Orleans, había sabido ganarse a todos los descontentos para que se sumaran al partido de España. Hostigado por los ingleses, que atacaban ese reino y habían derrotado ya a la flota que acudía en auxilio del ejército de Sicilia, y viéndose amenazado por Francia, escribió al embajador diciéndole que había que «prender fuego a las minas».

El príncipe de Cellamare estaba convencido de que el odio que profesaba el pueblo al regente, y el amor a la novedad que alienta siempre a los franceses, lograrían reunir a una multitud de descontentos. Obró en consecuencia, y tal vez habría conseguido raptar al príncipe, que acudía a cenar sin su séquito a Saint-Cloud con sus amantes y sus favoritos, de no haber pecado de indiscreción su secretario.

Aquel secretario cenaba en casa de una mujer famosa por su libertinaje (la Fillon), y para disculparse de haberse retrasado, alegó que había tenido que enviar numerosos despachos a España, debido a la marcha del cura Portocarrero, sobrino del cardenal de ese nombre, que partía a Inglaterra con Monteleón, hijo del embajador de España.

La Fillon, que mantenía relaciones con el regente, creyó que tal información podría serle de utilidad y se apresuró a comunicársela. El duque de Orleans abrigaba ya sospechas sobre la conducta del embajador y envió un correo con la orden de registrar a los viajeros. No obstante, el embajador Cellamare, avisado a tiempo, pudo ocultar los papeles más comprometedores; incluso reclamó los que habían sido requisados; pero, en vez de escucharlo, lo retuvieron vigilado en su casa, y de allí lo trasladaron a Blois, donde permaneció hasta que el duque de Saint-Aignan, embajador en España, regresó a Francia.

El cómplice por el que el embajador más temía era un tal padre Brigaut, encargado de llevar los papeles. En vano le había enviado cien luises y su mejor caballo para que escapara. Fue capturado entre Nemours y Montargis.

La alarma se propagó por París. Quienes habían participado en aquel complot temían que sus nombres apareciesen en las listas de conjurados; la Bastilla se llenaba de presos; a la duquesa de Maine, que aparentaba gran serenidad, la devoraba la inquietud. Sceaux había sido el lugar de cita de los conjurados, y aunque sólo habían permanecido con la duquesa por la noche, y perfectamente disfrazados, podían haber sido reconocidos.

Sus temores no carecían de fundamento. Fue detenida en Sceaux, y su marido, en París, el 29 de diciembre de 1718. Se la condujo a la ciudadela de Dijon, y el príncipe fue trasladado al castillo de Dourlens. Sus hijos, el príncipe de Dombe y el conde de Eu fueron desterrados a la ciudad de Eu; la señorita de Maine, hermana de ambos, al convento de la Visitación de Chaillot; y el cardenal de Polignac, a su abadía de Flandes, lo que demuestra que desterrando a los cabecillas tan lejos, se contaba menos con su confesión que con las de los subalternos.

La duquesa de *** había sido una de las primeras en enterarse de la orden cursada contra el embajador de España. Su amistad con el

duque de Richelieu la impelió a avisarle al instante de lo que sucedía. Lo sabía capaz de acometer las empresas más inusitadas y, conociendo su animosidad contra el regente, temió con razón que hubiera conspirado contra él.

Richelieu, que no había sido uno de los primeros conspiradores, que tan sólo se había dejado arrastrar por Alberoni, quien conocía su temperamento activo, no creyó que existiesen suficientes pruebas en su contra para detenerle. Por otro lado, desaparecer equivalía a confesarse culpable, y prefirió quedarse exponiéndose a perder la libertad, que huir y ser acusado de complicidad. Aguardó por tanto el curso de los acontecimientos, que no tardaron en tornarse contra él. Una orden real lo devolvió por tercera vez a los calabozos de la Bastilla.

Al padre Dubois, encargado de hacer ejecutar dicha orden, le satisfizo en sumo grado poder vengarse de un hombre más afortunado que él en el amor. Dispuso el procedimiento más humillante para el duque. Unos arqueros y un teniente de la policía militar lo condujeron a uno de los calabozos más insalubres de la Bastilla, y se hizo correr el rumor de que no tardarían en cortarle la cabeza. Al principio el regente disfrutó también del placer de deshacerse de tan peligroso rival, pero comoquiera que su corazón no era proclive a albergar por mucho tiempo el odio, recobró poco a poco sentimientos más benevolentes.

La señorita de Valois, quien por unas palabras que se le habían escapado a su madre estaba en antecedentes de lo que se tramaba contra su amante, le había enviado también un mensaje para prevenirlo; sufrió el desconsuelo de ver frustrada su iniciativa y de enterarse de la detención de Richelieu. Su desespero corrió parejo con su amor, sobre todo cuando supo que su padre había interceptado una carta de Alberoni al duque, carta entregada al cardenal Dubois, su enemigo.

Richelieu había entrado en tratos para comprar el regimiento real del señor de Nangis; pero, al frustrarse las negociaciones, siguió al mando del suyo, que ostentaba su nombre y en el que lo adoraban. Aquel regimiento se hallaba en Bayona, que se había convertido en la plaza más importante para Alberoni. El duque tenía un amigo íntimo, y esa intimidad llegaba lejos, pues ya hemos dicho que en él un gusto no excluía al otro; tenía, repito, un amigo

coronel en el otro regimiento que se llamaba Du Saillant. Sólo dependía de ellos abrir a los españoles aquella plaza, fronteriza con el reino, que era objeto de los deseos de Alberoni, quien había escrito al respecto a Richelieu. Aquella carta fatal, que levantaría grandes sospechas, y tal vez fuera una prueba suficiente, obraba en manos del inexorable padre Dubois.

Los comisarios encargados de instruir el proceso eran el ministro de Justicia,
D'Argenson;
Le Blanc, secretario de Estado, y Dubois. La señora de Staal, que compartía la caída en desgracia de la señora duquesa de Maine, encerrada en el mismo castillo que el duque de Richelieu, los comparaba humorísticamente, cuando entraban en la Bastilla, con los tres jueces del Averno, Eaco, Minos y Radamanto.

Por fortuna, los papeles requisados con el cura Portocarrero apenas inculpaban a los conjurados; comprometían más al embajador de España, que se había aprovechado de su ministerio. El propio duque de Maine, a quien deseaban culpabilizar, no pudo ser acusado de maniobra alguna contra el regente, aunque probablemente él y su esposa desearan su caída. Los agentes del regente, príncipe apegado a sus placeres y de natural benévolo, lo incitaban a la severidad, pero su carácter lo movía a la indulgencia; lo demostró en aquel asunto, en el que otro príncipe que hubiera gozado de autoridad soberana habría hecho a buen seguro correr la sangre.

*

El amor, siempre tan propicio al duque de Richelieu, veló por él. Los celos, ese sentimiento tan connatural a las mujeres, habían enemistado a la señorita de Charolois y a su prima, la señorita de Valois. No pudieron ignorar que eran rivales; y los sarcasmos, los epigramas y aun los libelos daban fe de su animosidad. En vano se intentó reconciliarlas; su corazón mortificado no pudo volver a unirlas. El peligro en que se halla su amante obra en un instante ese prodigio. Todo estriba en cuál de las dos dará el primer paso para unir sus fuerzas. Su interés es común; tienen un mismo objetivo, y

están convencidas de que actuando juntas se asegurará el éxito. El terrible peligro que corre Richelieu las lleva a sacrificar por entero su amor propio; es suficiente que viva, y cada una de ellas se muestra dispuesta a cedérselo a la rival. La señorita de Valois no ignoraba que, cuando Montesquieu había sido recluido en la Bastilla por su duelo con el príncipe de Nocé, la señorita de Charolois había hallado el modo de entrar allí para aportarle consuelo; ahora necesitaba a alguien que la guiase para llegar a su vez a aquel horrible lugar. Su prima sabía el poder que ejercía sobre su padre; la necesidad que tenían una de otra las hizo actuar de concierto.

El dinero había corrompido a los guardianes de Richelieu en 1716; seguía conservando su valor en 1718: abrió las puertas de la Bastilla a las dos primas, que acudieron disfrazadas. Un tal Launay, a la sazón alcaide, se mostró sensible a los ruegos de la señorita de Valois, acompañados de abundantes billetes de banco, que debía a la liberalidad del regente. Aquel padre se los prodigaba a su hija, y la princesa no los escatimó para saciar la codicia de Launay y obtener la posibilidad de besar al desdichado objeto de su amor.

La primera entrevista del duque y las dos primas transcurrió entre testimonios de amistad recíproca. Las estrechaba a ambas entre sus brazos: ninguna recibió una preferencia particular; y el amor, que había hecho saltar los cerrojos de la cárcel, se contentó con leves caricias para no despertar suspicacia alguna. Las princesas traían cuanto pudiera endulzar la suerte del preso, cuya morada era extremadamente húmeda. Decidieron que la señorita de Valois seguiría solicitando la liberación del duque y que se valdría de todo su poder sobre el corazón de su padre para obtenerla cuanto antes. Tuvieron que separarse enseguida y aquel instante fue cruel para Richelieu; volvía a hundirse en una profunda soledad y sufría ya con impaciencia el abandono que se abatiría sobre él.

La señorita de Valois, que al principio se había visto obligada a valerse de la señorita de Charolois para visitar a su amante, no tardó en aprovechar la ocasión de consolarlo a solas. La presencia de su prima había refrenado las efusiones de su tierno corazón. ¡Cuántas cosas tenían que decirse! El interesado Launay, que exageraba a la princesa los peligros que le hacía correr su indulgencia, sentía decrecer el riesgo en función de los billetes que le ofrecían, y sus temores se desvanecían en proporción al número

de ellos que recibía.

Gracias a la presencia de la señorita de Valois, aquel calabozo oscuro, húmedo, sucio y malsano donde se hallaba Richelieu se tornó en un delicioso santuario. Desaparecieron todas las incomodidades, y el amor lo trocó en su nido. Jamás se habían oído allí tan tiernos juramentos. No eran ya lágrimas de desesperación; el amor feliz y triunfante derramó otras más dulces. Richelieu fue el primero en quien se operó tan total metamorfosis; la felicidad no se despegaba de él; el odioso reducto de los sufrimientos y del arrepentimiento pasó a ser para él el templo del placer. Los dos amantes, ajenos a cuanto los rodeaba, al mundo entero, hallaron en aquella fortaleza el olvido de todos los males.

La señorita de Charolois había hecho por su parte una visita particular al prisionero y había esparcido un hechizo similar por su mazmorra. Pero el alcaide, si bien alguna vez permitía que usasen de su condescendencia, no admitía por su propia seguridad que abusasen de ella, y las visitas se hicieron menos frecuentes de lo que los amantes habrían deseado. Las dos princesas se habían prometido visitarlo juntas; pero, como vemos, eludían su promesa. Coincidieron un solo día. La señorita de Valois había sido la primera en llegar y deseaba beneficiarse de un momento tan favorable, pero su prima, que se presentó con idéntica esperanza, frustró el encuentro a solas. Ambas, con el corazón despechado, no se hicieron reproche alguno, sino que, al contrario, se disculparon de tan inesperado lance y de no haberse avisado.

Así, reinaba la paz entre las dos princesas, pues el peligro que corría su amante las alarmaba a ambas. Con todo, acababan de trasladarlo a una celda más cómoda y, además, por razones de salud obtuvo el permiso de tomar el aire durante una hora por las torres de la Bastilla. No tardó en circular la noticia entre las amistades del duque, que muy pronto se pasearon por la Rue SaintAntoine para verlo. Sobre todo las mujeres, cuyo corazón más sensible se interesa prontamente por los desdichados de gentil condición, corrieron a contemplar de lejos a un hombre tan célebre. Sus amantes abandonadas, aun humilladas por él, al verlo en peligro olvidaron los reproches que debían hacerle y fueron las primeras en acudir a dar ese singular paseo. Éste consistía en acercarse con el coche desde el pie de las torres hasta la puerta de Saint-Antoine, y en

volver sobre sus pasos para tornar a recorrer el mismo trayecto, hasta que el duque se retiraba. Lo saludaban, él no dejaba de responder a la cortesía de sus admiradoras. Se hacían gestos, y aquel lenguaje mudo consolaba al prisionero de la pena de no poder hacerse entender mejor. Gradualmente lograron que fueran más expresivos. Cada gesto quería decir una cosa: alzar el sombrero, por ejemplo, significaba «os amo», y la respuesta de la dama era levantar la mano fuera del coche. Llevarse la mano al cuello indicaba peligro, etcétera, etcétera. De ese modo los amantes podían entenderse a pesar de la distancia.

La duquesa de ***, la cariñosa y constante amiga del duque, no desaprovechó la ocasión de volver a verlo. Estaba con el alma en un hilo, sobre todo desde que le había llegado el rumor de que corría peligro su vida. Habría dado la suya por arrancarlo de la desgracia que lo amenazaba, y no vivía desde su fatal detención.

Las princesas, que en ocasiones podían estar más cerca del prisionero, acudían raramente a visitarlo si las otras se hallaban en la calle y él en las torres. No se atrevían a comprometerse y se disfrazaban cuando no podían resistir el deseo de verlo. El número de curiosos, amigos del duque y mujeres, era a veces tan grande que los carruajes obstruían el paso de la puerta de Saint-Antoine, y se formaba una multitud. Un anciano nos corroboró esta escena, que jamás ha tenido lugar para un solo hombre.

Transcurrieron unos meses sin que el duque viera cercano el momento de su liberación. La esperanza, ese bien consolador, comenzaba a alejarse de él. En vano las visitas de las princesas disipaban por un momento el tedio que lo consumía; no eran lo bastante frecuentes para mitigar por entero su pena. La señorita de Valois había utilizado con su padre todos los medios para doblegarlo, pero éste se había mantenido impasible. Por su parte, la princesa, con quien multiplicaba su solicitud, se mostró más altiva.

El regente, que quería alcanzar sus fines al precio que fuese, llegó a un acuerdo con su hija y le prometió la libertad de su amante, dejándole entrever la condición que le ponía. Por otra parte, las mujeres lo hostigaban para conseguir el perdón del duque, y éste era demasiado débil para resistírseles. La señorita de Valois sopesó la decisión que debía tomar: prevaleció la seguridad de su amante. Halló el modo de escribirle para anunciarle su inminente

libertad: la habían desconsolado su tristeza y sus negros presentimientos durante su última entrevista. Así rezaba la carta:

> «Tranquilizaos, os lo suplico; estáis demasiado alterado, es menester que os calméis. No creo que tardéis mucho en salir del abominable lugar donde languidece lo que más amo en el mundo. Acabo de hablar con quien ya sabéis respecto a vuestra libertad; me exige un precio altísimo, me convierte en una víctima inmolada en aras de vuestra liberación. Compadecedme, y sobre todo no dejéis de amar a vuestra más tierna amiga».

El regente cumplió con puntualidad su promesa y abrió al duque las puertas del temible castillo; pero comoquiera que su presencia en París seguía disgustándolo, le ordenó que se trasladase a Charenton. A los diez días, una segunda carta sellada lo transfirió a Saint-Germain-enLaye, donde permaneció tres meses. La señorita de Valois, cuyo matrimonio con el duque de Módena acababa de anunciarse, no quiso consentir semejante enlace si no se otorgaba la entera libertad al duque de Richelieu; para mitigar la pena que le causaba su marcha, tuvo el consuelo de haber sido útil una vez más al ser amado.

Los dos amantes no se separaron sin gozar de la dicha de pasar juntos unos instantes. Se prometieron escribirse, y la futura duquesa de Módena exigió que su amante la visitase en su principado. Por desgracia, el duque de Módena fue informado algún tiempo después de su matrimonio del amor que su esposa seguía profesando a Richelieu, y, como ya explicaremos, eso dificultó su entrevista.

*

El duque de Richelieu, rico en propiedades sustituidas, había participado escasamente en la adversidad pública; nada había podido frenar el curso de sus aventuras galantes. Tras la marcha de la señorita de Valois, duquesa de Módena, la señorita de Charolois pensó que al menos durante un tiempo no tendría competidora. Al principio, Richelieu pareció dominar mejor sus pasiones. Su última estancia en la Bastilla atemperó la vehemencia de sus deseos. Al volver a contar con el favor del regente, se había prometido dejar

de cifrar su gloria en arrebatarle las amantes. Richelieu pareció por fin un hombre nuevo. Pero no es cosa fácil dominar a la naturaleza. Poco a poco recobró sus inclinaciones primigenias, la visión de las bellas mujeres produjo el mismo efecto en su corazón, y se convenció de que era una locura poner freno a sus conquistas.

La duquesa de ***, todavía indulgente, todavía prendada de Richelieu pese a sus defectos, continuó siendo su amiga y la depositaria de sus secretos. Había decidido trasladarse con frecuencia al campo, y Richelieu volaba a Mantes a consolarse con ella de las penas que lo afligían y a gozar de los placeres, que, aunque interrumpidos por otras relaciones amorosas, no dejaban de resultarles menos excitantes cada vez que se entregaban a ellos. Por otra parte, la duquesa se rodeaba de buena compañía, sobre todo de mujeres, y su amante hallaba allí la ocasión de elegir nuevas candidatas. Ella prefería tenerlo entretenido en su casa que no verlo en absoluto.

Allí conoció a la marquesa de Duras, dama hermosa, vivaz, jovial y muy enamorada de su marido. Richelieu juzgó que aquél era un triunfo digno de él. Pese a estar a punto de conquistar a la duquesa de Villeroi, se dijo que una victoria no debía excluir otra. Tal era su estrategia desde hacía tiempo, y le funcionaba a la perfección. Acudía con frecuencia a casa de la duquesa de ***, donde la marquesa fue invitada a pasar un mes. Richelieu desplegó todo su talento en el arte de la seducción y la joven Duras, a quien su marido tenía muy abandonada, se acostumbró a recibir las atenciones de un adorador tan gentil como asiduo. Se convenció a sí misma de que lo único que le unía a él era la amistad. La amistad es inocente, y permite entregarse a efusiones que no parecen peligrosas: pero al poco advertimos que tomábamos un sentimiento por otro, y ya nos resulta imposible refrenar aquello que no queríamos sentir. Sólo los celos advirtieron a la marquesa de Duras de que estaba enamorada. Richelieu era demasiado prudente como para que la esperanza de un éxito le hiciera descuidar nada: solía ir a París para culminar su otro romance con la señora de Villeroi; se ignoraba la causa de las pequeñas visitas que hacía a la capital; tan sólo le bromeaban sin sospechar el motivo de su ausencia; pero la señora de Egmont, que pasó algún tiempo en casa de la duquesa de ***, lo averiguó. Aseguró que había visto en varias ocasiones al

duque en la Ópera con la señora de Villeroi. Dio fe de que se lo había encontrado con ella en casa de la señora de Villars, en casa de su suegro el mariscal de Villeroi; pese a los esfuerzos de ambos por ocultar su relación, vio lo bastante como para no ponerla en duda.

Cada palabra hundía un puñal en el corazón demasiado sensible de la marquesa de Duras. Comprendió que su amante no sólo la amaba a ella y que los juramentos que le prodigaba a diario no eran tan sinceros como aseguraba. Conocía a la señora de Villeroi; sus celos le prestaban tan pronto unos encantos que habían de atraer a Richelieu, como la despojaban de la menor posibilidad de atraer; pero sus reflexiones la llevaban siempre a odiarla. Se convenció de que los favores que pudiera conceder a su amante lo atarían a ella. Era bella, y toda mujer con amor propio se embellece más cuando se mira. Su espejo le ratificó que no podía tener rival. Richelieu, al conocerla mejor, no podría por menos de hacer justicia a una belleza perfecta, y decidió no escatimar medios para cautivarlo.

La duquesa de ***, que había reparado en los sentimientos que abrigaba la joven marquesa, intentó sustraerla del peligro que ella misma no había sido capaz de evitar. Le habló de Richelieu como de un ser voluble, inconstante y dedicado a seducir indiferentemente a todas las mujeres. Por desgracia, sus consejos llegaban demasiado tarde. El amor había impreso huellas demasiado profundas en su corazón, y esas prudentes advertencias sólo sirvieron para desgarrarle el alma, no para curarla. La duquesa de *** notó que sus admoniciones no servían de nada. Y juzgó por su propia experiencia que la capitulación de la marquesa no tardaría en producirse. Sintió que cuanto hiciera por impedirla sería insuficiente, y empezó a hacerse a la idea de ver a una nueva rival en su amiga.

La marquesa de Duras, decidida a entregarse a Richelieu para ganárselo por el reconocimiento a tan gran favor, no pudo evitar comunicarle a la duquesa el proyecto que acariciaba. La duquesa se convirtió en su confidente, pues pese a las trabas que se esforzaba en interponer a sus amores, no dejaba de consultarla. Cabe imaginar que se opuso cuanto pudo a aquella resolución, que tachó de locura. Dijo a la marquesa que lo que planeaba sólo serviría para alejar antes a su amante; que, una vez satisfecho, no habría nada que lo atrajera a ella; que tenía que hacerse desear más tiempo, para que la atracción de la novedad avivara su amor y su solicitud. En fin,

tanto dijo que la marquesa prometió combatir su inclinación y retrasar el instante que en un principio proyectaba acelerar.

Pero se las veía con un hombre demasiado hábil en el arte de seducir como para no sacar un gran partido de la menor ventaja que se le brindara. No podía dudar ya de que era amado: esa certeza le confirmaba la de la victoria. Sabía que sólo le faltaba una ocasión para ser afortunado, y la suerte le sonreía tan a menudo que no se le antojaba muy lejana.

Y así fue. Una noche se declaró un pequeño incendio en la chimenea de la cocina y, con ser de escasa envergadura, aterró a todas las mujeres que vivían en el castillo. La marquesa de Duras fue la que se llevó el mayor susto. Richelieu se apresuró a tranquilizarla; su entrega era tan natural, en tal circunstancia, que no llamó la atención de nadie. Había llegado después de cenar. Acostumbrado a aprovecharse de cualquier incidente, comprendió que aquél lo conduciría a su objetivo. La marquesa de Duras, que se hallaba levemente indispuesta por el susto, se retiró temprano a sus habitaciones. Acostumbraba a excluir de ellas al duque, a quien temía, pero en aquella ocasión acababa de ser tan solícito con ella que no pudo negarle la entrada. Habría sido cruel por su parte, y no se veía con fuerzas para serlo con un hombre que tan prestamente la había tranquilizado. Y, así, Richelieu permaneció a su lado, y le dio tantas muestras de amor que la marquesa, arrastrada por el suyo, olvidó los excelentes consejos de la duquesa de ***. Su razón se extravió; su corazón hablaba para su amante, que no era hombre para dejar escapar tan excelente ocasión. La aprovechó con suma habilidad, y aun quería pasar la noche con la marquesa, pero ella no lo consintió, negándose a permitir que su doncella participase en el secreto. Aquella mujer dormía en una alcoba contigua a la antecámara y podía oírlos entrar y salir. El duque, que planeaba no dormir en sus habitaciones, enfadado por el rechazo utilizó su llave maestra para penetrar en las de la duquesa de ***, a quien a su vez requirió de amores, pues ignoraba cuanto acababa de suceder. La duquesa de *** recibió unos homenajes que no estaban destinados a ella.

La marquesa de Duras, que con tanta timidez se había comportado por la noche, se mostró mucho más apasionada al día siguiente. Pensaba que los instantes que había pasado habían de ser

los heraldos de mil otros similares y contaba con verse resarcida de los que la brevedad del tiempo le había vedado. Pero su amante no se hallaba dispuesto a secundar tan propicias disposiciones. Convencido de que por el momento lo que más le convenía era el descanso, se guardó de responder a los arrumacos de la joven marquesa. Ella, por su parte, caviló que estaba enfadado por haberle negado que se quedase más tiempo, y buscó el modo de apaciguarlo, mientras que el duque se alejaba de ella y evitaba entrar en más explicaciones.

De nuevo en su habitación, la joven esperaba que él acudiera a expresarle sus quejas; los momentos se le antojaron mortalmente largos; consultaba el reloj a cada minuto. ¡Y cuán lentamente giraba la manecilla para su gusto! Pero el reloj no marcó el instante de la felicidad. Richelieu reparaba en los brazos de Morfeo las fatigas de la víspera. Distaba de sospechar la inquietud y el tormento que causaba. La marquesa, impaciente, furiosa, cansada de esperar, creyó hallar en su lecho el sueño del que su amante gozaba tan tranquilamente; pero el sueño huyó lejos de ella, y vio el día sin haber podido pegar ojo. Por fin, el cansancio y el abatimiento le depararon unas horas de descanso, turbado por aterradores sueños.

Una vez recobradas nuevas fuerzas, Richelieu volvió a sentir el aguijón del amor; fue a ver a la marquesa, que se había prometido darle a conocer los efectos de su descontento, pero que, feliz de verlo, sintió que el reproche expiraba en sus labios y que se desvanecía toda su ira. Ni siquiera se atrevió a preguntarle por qué no había acudido la víspera; tras numerosos rodeos, le habló de su doncella. El duque no dejó de quejarse y de decir que, cuando se amaba de verdad, había que hallar los medios de demostrarlo. Entonces ella misma le rogó que le señalara tales medios, confesándole que no le faltaba buena voluntad, pero que no se le ocurrían razones plausibles para echar a su doncella. Richelieu, ducho en arbitrios, le aseguró que nada era tan fácil; que no tenía más que decir que desde hacía algún tiempo aquella mujer era sonámbula; que hablaba en voz alta y se levantaba a menudo, y que la noche anterior no la había dejado dormir. La marquesa de Duras no pudo por menos de reírse ante tan peregrina invención, y prometió servirse de ella. Efectivamente, se quejó a su doncella de un defecto que ésta no padecía y que la sorprendió sobremanera. La

pobre mujer pidió disculpas a su señora y le dijo que no sabía que padeciera aquella enfermedad. La marquesa, al ver su disgusto, se sintió obligada a asegurarle que aquella incomodidad no le provocaba molestia alguna, que estaba satisfecha de su servicio, pero que tendría que dormir lejos de su habitación.

La señora de Duras parecía cansada, y, lejos de achacar a Richelieu el insomnio que había alterado sus facciones, declaró causante de todo el mal a la doncella. Le contó un relato ingenioso acerca de todo lo que aquella mujer había hecho aquella noche, y el horrible miedo que había pasado. Todo el mundo le aconsejó despedir a tan peligrosa sonámbula; y la duquesa de *** fue la primera en asignarle una habitación donde podría hacer todo el ruido que le viniera en gana. La pobre doncella estaba desconsolada; se quejaba de que no recordaba nada, temerosa de perder tan excelente empleo. La marquesa, satisfecha de sus servicios, le hizo varios regalos para tranquilizarla.

Nuestros dos amantes, ya librados de su argos, lo dispusieron todo para aprovechar su ausencia. La noche fue inmensamente distinta de la anterior para la marquesa. La víspera le había parecido que el día tardaba un siglo en aparecer; ahora le sorprendió verlo llegar tan aprisa.

El duque de Richelieu, feliz con la señora de Duras, estaba convencido de serlo también con la duquesa de Villeroi. Lo habían concertado todo; la ausencia del señor de Villeroi marcaría el instante en que se reunirían. La Fosse, criado de confianza del duque, se presentó en Mantes con una misiva de la señora de Villeroi que le anunciaba el afortunado momento para dos días después. Había fijado la cita a las once de la noche; Richelieu hallaría abierta la puertecilla del jardín, desde donde se le introduciría por una escalera oculta en las habitaciones de la duquesa. Tendría que conciliar aquella nueva aventura con la que mantenía con la señora de Duras. Richelieu, a quien jamás detenían los obstáculos, pensó en un principio pretextar una enfermedad; pero después decidió no hacerlo, convencido de que las dos mujeres que se interesaban por él se disputarían el placer de prodigarle sus cuidados, como ya le había sucedido en su relación con la desdichada princesa de ***.

El duque había sabido al mismo tiempo que el marqués de

Dangeau había caído gravemente enfermo. Y dado que varios académicos le habían prometido la primera vacante en la Academia Francesa, decidió hacer partícipes de aquella noticia a la duquesa de *** y a la marquesa de Duras, para así poder regresar libremente a París. Su apellido le abría sin duda alguna las puertas de la Academia como sobrino nieto del fundador; pero no imponía a los académicos la obligación de nominarlo; se le mencionaba ya por la agudeza de su inteligencia; era un aristócrata; ambicionaba el sillón: la Academia lo había designado para ser uno de sus miembros. Aunque sólo contaba veinticuatro años, los treinta y nueve repartidores de la gloria literaria tenían sin duda en mente esta máxima de Corneille:

> A las almas bien nacidas
> no son los años los que imponen su valor.

Richelieu aparentó hallarse impaciente por sentarse entre aquellos cuarenta inmortales, y tal afán de gloria constituyó un nuevo mérito de cara a sus amantes, quienes lo alentaron a asegurarse prontamente de la buena voluntad de los académicos en caso de que el marqués de Dangeau muriera. La marquesa de Duras sintió sobremanera el sacrificio que hacía permitiendo ausentarse a Richelieu, pero al propio tiempo no pudo evitar un ligero impulso de amor propio al pensar que lo hacía para convertirlo en académico. Poco se esperaba que, concediéndole la libertad, se creaba una rival más.

Richelieu, libre de las trabas que lo ataban, voló a París para cosechar por partida doble nuevos laureles. La duquesa de Villeroi, liberada por la ausencia de su marido, se abandonó a sus deseos más ardientes. Cuanto más frustrados se habían visto éstos, más ganaron en vehemencia; y el duque, pese al arte que desplegaba si así convenía, apenas pudo dar abasto a las muestras de amor que recibió. Con todo, supo demostrar a la duquesa que sólo abandonaba la palestra si se le rendían las armas.

Siempre gentil tras la victoria, recibió la adoración del vencido. La duquesa creyó amarlo cada día más; se le antojaba verlo en todas partes; le habría gustado hablar de él a todo aquel con quien se tropezase; a sus ojos nada tenía parangón con aquel amante: Richelieu era su héroe, su dios, y cometió mil extravagancias que

habrían de comprometer tarde o temprano su reputación.

La señorita de Charolois, que se mantenía devota y dispuesta, había escrito al duque que esperaba verlo en un baile que se celebraba en el palacio de Condé. Allí se presentó, y aquella princesa, que solía hacerle reproches, los olvidó para admirar su porte y su donaire. Aprovecharon la ausencia de luna para concertar una cita la noche siguiente, noche en que el duque se condujo como procedía, de modo que la señorita de Charolois conservó de él un recuerdo arrebatador.

El marqués de Dangeau falleció y el duque de Richelieu fue votado por unanimidad para ocupar su sillón. Varias mentes brillantes se encargaron al punto de redactar su discurso de recepción. Fontenelle, que no perdía ocasión de halagar a los grandes, tomó la pluma al servicio del duque; lo imitaron Destouches y Campistron, por lo que hubo donde elegir. El duque corrigió personalmente cuanto le pareció defectuoso en dichas obras, y, guiado por el tacto que le había otorgado la naturaleza, fue menos elocuente que estos autores, pero más conciso; ateniéndose exclusivamente a los hechos, se limitó a decir lo preciso. El discurso pasó a ser obra suya, y le hizo honor. Así y todo, en los materiales que dejó, sólo hallamos algunas ideas, escasa lógica y mala ortografía.

En su discurso, aprovechó con fervor la oportunidad de entonar las alabanzas a Luis XIV. Algunas frases muestran a las claras que tenía a Luis XIV como el más grande rey. Conservaremos la ortografía del académico.

«Faltaba», dice, «para colmar de gloria a la academia, y coronar los certeros *disignios* del señor cardenal de Richelieu, que el más grande rey del mundo los honrase con su protección. Era de absoluta justicia que un príncipe bajo cuyo reino las artes y las letras alcanzaron *tamaña* esplendor, estuviera a la cabeza de una institución que debe y *mereze* ser su juez. Luis el Grande quería serlo en todo, y hacer *triumfar* el espíritu y el gusto en el seno de su reino, al igual que hizo *triumfar* sus armas en el exterior. Prendió la antorcha de la guerra, y propagó el terror entre sus enemigos; pero al propio tiempo quería que sus conquistas no *perturvasen* el orden y la tranquilidad».

Y aún añade, refiriéndose al mismo príncipe:

«Sólo diré que lo vi aunar la más temible ferocidad con sus enemigos y la bondad de un padre de familia. Su corte sirvió de refugio a príncipes desdichados. Jamás *suvió* al trono rey con más grande majestad ni se mostró más asequible, presto a cualquier hora del día a escuchar al más humilde de sus *súditos*, y presto a hacerle justicia, *conplacido* de que pudiera serle favorable; dispuesto a prodigar sus favores; sabía acompañarlos con mercedes que acrecentaban su precio. Respetado por sus *súditos*, temido por sus enemigos, adorado por sus criados, murió con *eroico* y cristiano valor, llorado por todo su *reíno* y admirado por Europa *entiera*».

¿Qué más cabe decir de un soberano que al parecer colmó de felicidad a su pueblo? Richelieu pensaba lo que decía: Luis XIV era para él el mejor de los reyes, y atribuirle una crítica de ese reinado sería contradecir sus principios y su conducta.

Todas las mujeres que se interesaban por él, y eran numerosas, quisieron asistir a su recepción en la Academia. Su discurso, que según aseguraron había escrito él mismo, constituyó para ellas una nueva muestra de su ingenio. Todo es hermoso cuando se ama. Ya excesivamente proclives a la admiración, aquellas damas se deleitaron con los elogios prodigados al recipiendario y vieron en él una amistad todavía más digna de cultivar.

A veces el excesivo mérito se convierte en una carga; el duque de Richelieu vivió esa experiencia aquella misma noche. Cubierto de laureles literarios, el amor le destinaba por añadidura una triple corona. Recibió tres esquelas con sendas citas de la señorita de Charolois y de las señoras de Duras y de Villeroi. Otras cartas, sin indicarlo explícitamente, anunciaban el deseo de verlo. Richelieu decidió al punto no hacer desdichada a ninguna de ellas. Poseía sobrados medios para ello y sabía manejarlos hábilmente. Con tan brillantes cualidades, decidió que podía aceptar sin peligro las tres citas que se le solicitaban.

A la duquesa de Villeroi le correspondió el último lugar, pues era la amante más reciente. Pero Richelieu pensó que lo más prudente era modificar la hora de las citas y fijarla a su antojo. La señorita de Charolois fue la primera en acudir a felicitarle. Estaba exultante, y el académico hubo de atemperar la efervescencia de sus sentimientos. Richelieu, siempre dispuesto a complacer a las mujeres, apaciguó a aquella alma turbulenta. El mismo día corrió a

recibir las felicitaciones de la marquesa de Duras, y acabó respondiendo con suma elocuencia a las congratulaciones de la señora de Villeroi.

Una vez cumplidos todos estos quehaceres académicos, pasó unos días descansando en su palacete. No obstante, mandaba a pasear su coche por París, tras ordenar al cochero detenerse en los portales que le había designado, para simular que estaba ocupado y no descansaba nunca.

*

Había recibido varias cartas de la señora duquesa de Módena, todas ellas cargadas de ternura y de juramentos de amor eterno. Al mismo tiempo le comunicaba que su marido estaba al corriente de su antiguo amor, y que debían actuar con la mayor circunspección. Así y todo, lo alentaba a visitarla, si bien utilizando algún disfraz. Richelieu, que gustaba de vencer las dificultades, y para quien toda suerte de obstáculos constituía siempre un acicate, planeó de inmediato viajar a Módena.

Parte sin perder más tiempo, toma un nombre falso y llega a Italia. El hombre que lo acompañaba se había provisto de folletos y libros sobre los acontecimientos de la época. Se aloja en una posada de Módena, con el nombre de Gasparini, y finge ser vendedor ambulante, al igual que La Fosse, su confidente, que había mudado su nombre por el de Romano. El primer día se limitan a recorrer la ciudad y en la posada fingen ser vendedores que se ganan la vida chamarileando.

No tardan en acudir al palacio de la duquesa, que ya estaba al tanto de la llegada del duque. Éste debía hallarse a su paso cuando ella saliera de casa para ir a misa. Romano y Gasparini instalan sus libros; unos viandantes se acercan a curiosear y Romano aprovecha su disfraz para hacer negocio. Gasparini espiaba el instante en que saliera la princesa. Ésta aparece; él despliega su mercancía y procura alejar a los importunos, que pueden impedir que la princesa lo vea. Ésta se detiene un instante junto a los supuestos vendedores, examina los libros y se dirige hacia la capilla.

Richelieu pensó que la princesa no lo había reconocido; sin embargo, él le había mostrado unos libros y había hablado con ella. Le desesperaba que le hubiera prestado tan poca atención. Lo único que le complacía de aquella comedia era que podía facilitarle un

encuentro a solas con la princesa. Según él, había hecho aquel viaje para darle un heredero al duque de Módena, cuya esposa aún no esperaba ninguno. Confió en tener más éxito al regreso de la princesa y siguió despachando su mercancía, que Romano veía vender con gran contento.

La duquesa de Módena regresó, examinó los libros con mayor atención, clavó la mirada en Richelieu, habló con Romano y le preguntó de qué país venía y si poseía muchos libros. Dirigiéndose a continuación a Richelieu, le pidió que le procurase un libro cuyo título citó. Richelieu le aseguró que lo tenía en su posada y que enseguida se hallaría a su disposición. La princesa pareció satisfecha, y ordenó que al cabo de una hora dejasen pasar al vendedor a sus aposentos.

El duque, encantado de haber concertado la cita, abandona de inmediato su puesto y se encamina de inmediato a la posada para aguardar el instante de dicha. Hacía ocho meses que no veía a la duquesa de Módena, y poseerla constituía casi una novedad para él. Además, el placer de engañar a un príncipe celoso era ya de por sí sumamente grato.

Acude al palacio de la princesa, se le invita a pasar y se encuentra a solas con la mujer a la que adora. Resulta imposible describir la felicidad que sintió ésta al verlo y el modo en que se lo demostró. Le agradeció infinitamente el papel que representaba para ella y lo compensó con holgura de los pequeños sinsabores que le había causado. El duque le pareció todavía más encantador con el nombre de Gasparini. El disfraz no lo favorecía, pero anunciaba amor, lo cual le confería múltiples encantos.

Aunque muy intenso, aquel primer encuentro quedó enturbiado por el temor de ser sorprendidos. La prudencia, virtud que tan poco practican los amantes, advirtió a éstos de que un encuentro largo podía resultar sospechoso. La princesa no se había atrevido a prohibir que se entrase en su aposento por miedo a despertar sospechas. Hubieron de separarse con la promesa de volver a verse muy pronto. El príncipe salía de caza dos días después: eligieron esa fecha para entregarse con mayor seguridad a nuevos arrebatos amorosos.

Llegó ese día, aunque muy lentamente para impaciencia de ambos: el duque de Módena partió a guerrear contra tímidos

animales, y Richelieu acudió a ocupar su puesto junto a la duquesa. Se suponía que iba a llevarle nuevos libros, y la duquesa de Módena, a quien la lejanía de su marido tornaba más atrevida, había ordenado que la dejaran sola.

La víspera, la duquesa había mandado preparar un delicioso aposento, destinado, según dijo, a la lectura. Unos emblemas alegóricos, que sólo Richelieu y ella podían entender, les recordaban aquellos primeros placeres, cuya evocación siempre resulta embelesadora, de que habían gozado en París. Un mechón de cabellos, que ella había sustraído a su amante, descansaba sobre un altarcillo rematado por una corona donde se veían dos corazones enlazados. Le mostró aquel tesoro, le dijo que había sido su único consuelo desde su matrimonio, que no dejaba pasar un día sin visitarlo, sin cubrirlo de besos y a menudo sin regarlo de lágrimas. Acto seguido se arrojó a los brazos del duque, que se apresuró a hacerle olvidar su pena y sus cuitas.

Se sucedieron varios encuentros, que ningún importuno vino a turbar. Nuestros amantes, libres y confiados, trataron de recobrar el tiempo perdido. La princesa anhelaba tener una imagen viviente de su amante; deseaba con impaciencia poseer una prenda de su amor, y no quería que el marqués se separase de ella sin albergar esa ofrenda en su seno. ¡Con qué placer se prometía cuidar y educar ella misma a un retoño del hombre al que amaba por encima de todo!

El duque de Módena volvió a salir de caza. Ese día, el fervor de los amantes se redobló y el tiempo transcurrió más rápido. Richelieu debía marcharse enseguida. La duquesa no se decidía a separarse de él; siempre tenía algo que decirle, y el tiempo pasó volando sin que se dieran cuenta. Se oyó un ruido, pero sólo repararon en él cuando se intensificó. Era el duque de Módena, que volvía de su jornada de caza antes que de costumbre; le había acompañado la suerte y quería hacer partícipe de ello a su esposa. Los amantes salieron precipitadamente de su distracción, y se dispusieron a arrostrar la tormenta. Richelieu, con su presencia de ánimo habitual, tranquilizó a la princesa, suplicándole que no se asustara y confiase en él.

El príncipe entra en el gabinete y Richelieu, que lo había oído acercarse, sostiene bajo el brazo los libros que había traído. Saluda

a la princesa y le asegura que le llevará al día siguiente los que le ha hecho el honor de encargarle. El duque de Módena observa con atención a ese vendedor que se dispone a salir; le ordena que se quede y lo interroga sobre su negocio. Richelieu responde osadamente; habla una mezcla de mal francés e italiano; al interesarse el príncipe sobre su lugar de nacimiento, dice ser piamontés.

El príncipe, que sigue interrogándole, le pregunta si ha estado en París. El vendedor contesta que sí, y que en esa ciudad es donde ha hecho sus mejores negocios; que las sátiras sobre el sistema de Law, y los folletos que trataban sobre los amores del padre Dubois y el modo en que fue consagrado arzobispo de Cambrai, habiendo recibido, el mismo día, las órdenes, el diaconado, el subdiaconado, las cuatro órdenes menores y la tonsura, habían movido a decir al celebrante irritado: «¿No habrá que administrarme también el bautismo?», a lo que unos bromistas replicaron que por lo menos sería el día de su primera comunión; que todos aquellos folletos lo habrían hecho rico de no haber dado el nuevo arzobispo órdenes muy estrictas de encarcelar en Bicêtre a todos aquellos que los propagasen; que a él lo habían amenazado con detenerlo y había viajado a Italia para seguir sacando adelante su pequeño comercio. Y acto seguido suplicó a su alteza que le otorgara su protección.

La duquesa de Módena no las tenía todas consigo. Con todo, el aplomo con que hablaba su amante y el tono de veracidad que adoptaba para soltar sus embustes aplacaron al punto sus inquietudes. El duque, su esposo, a quien complacía oír al supuesto vendedor, siguió consultándole sobre distintos asuntos y le preguntó si había vendido sus folletos a muchos grandes señores enemigos de la regencia y del arzobispo, que era su promotor. El duque de Richelieu, versadísimo sobre las intrigas de aquella corte, entretuvo al príncipe relatándoselas e ilustrándolas con numerosas anécdotas. Al hilo de la conversación, que iba animándose, el príncipe le preguntó si había tenido ocasión de venderle libros al duque de Richelieu. Éste le aseguró que era uno de sus mejores clientes, que le llevaba todo nuevo libro que aparecía y que había conversado más de una vez con él, como tenía el honor de hacer con su alteza.

El duque de Módena parecía encantado de que aquel vendedor conociera a un hombre que le resultaba sospechoso y del que tanto

había oído hablar.

—Mucho me disgusta —dijo— no haberle conocido durante mi estancia en París. No obstante, cené con él, pero se hallaba lejos de mí y no le presté atención. ¿Habéis oído hablar de sus aventuras? ¿Son ciertas y tan numerosas como cuentan?

—Mi señor —replicó Richelieu—, he oído decir por doquier que había hecho suyas a las más principales damas de la corte, que lo habían adorado diferentes princesas, y que poseía un talento especialísimo para seducir a las mujeres. Durante todo el tiempo que pasé en París, sólo se hablaba de sus éxitos amorosos y de las jugarretas que hacía a maridos y mujeres.

—¡Muy seductor y hábil ha de ser! —replicó el príncipe.

—Hasta tal punto, mi señor, que si ese hombre hubiera apostado a que se presentaría en vuestra corte para intentar alguna sorprendente aventura, yo me sumaría a la apuesta.

—¡Demontres!, eso sería ya el colmo, y a fe que lo desafío, con toda su habilidad, a que me juegue esa mala pasada.

El vendedor se retiró después de que el príncipe le encargara un puñado de libros, que debía traer con los de la princesa. Richelieu disfrutó para sus adentros de aquella escena y no pudo por menos de bendecir su buena estrella, que le permitía poseer a una deliciosa princesa y engañar tan chungonamente al marido.

Volvió a ponerse en otra ocasión a las órdenes del príncipe, y sostuvo con él una conversación más o menos similar. Cabe imaginar lo mucho que los amantes se divirtieron con todo lo sucedido, pues se reunieron unos días después. Se hicieron nuevas promesas de amor y decidieron que había llegado el momento de separarse. La princesa no se despegó de los brazos de su amante sin prorrumpir en llanto. Le dijo que buscaría todos los medios para hacer un viaje a Francia, y que esa esperanza la ayudaría a sobrellevar su pena.

Richelieu, a quien aguardaban nuevas conquistas en París, abandonó Módena a gusto. Comenzaba a cansarle el papel que interpretaba; se había demorado más por pura amabilidad. Había escrito a las mujeres que se interesaban por él diciéndoles que se veía obligado a realizar un viaje a Richelieu, y envió todas sus cartas a un hombre que las reexpedía a dicha ciudad, desde donde volvían a París. Adoptando esa precaución disipaba las sospechas

que pudiera despertar su viaje, y hacía partícipe a todas sus amantes del tedio en el que decía hallarse sumido.

Lo recibieron como a un amante adorado; la alegría que suscitaba su regreso centelleó en todos los ojos, y tuvo que desplegar toda su habilidad para afrontar la vehemencia con que se celebró su llegada.

Había escrito a la duquesa de Villeroi, y la carta cayó en manos de su padrastro, de quien se decía que estaba enamorado de su hijastra. Ya había reparado en el amor que ésta profesaba al duque e intentó por todos los medios asegurarse de ello. No le resultó difícil. Una mujer perdidamente enamorada y que ha pasado tiempo sin ver a su amante es imprudente por naturaleza. La joven duquesa lo fue; y el mariscal de Villeroi, quien sorprendió una noche a Richelieu huyendo de sus aposentos, juzgó cuestión de honor, por más que se rumoreara que lo hizo por celos, poner coto a ese desorden. Reunió a toda la familia y, con la aquiescencia de todos los parientes, se decidió que la débil duquesa fuese a descansar a un convento.

Ella apenas tuvo tiempo de avisar a su amante, y partió sin verlo, abrumada por tan enfadoso contratiempo. Richelieu, afectado en un principio por su infortunio, se consoló enseguida con la señora de Duras y la señorita de Charolois. Andaba también cortejando a la señorita Le Gendre; y tan grato pasatiempo mitigó la leve pena que pudiera producirle el retiro de la señora de Villeroi.

Transcurrieron dos meses sin que ésta pudiera procurarse el placer de volver a ver a su amante. Aguardaba con impaciencia una ocasión favorable, pero sólo tenía a su alcance la de escribirle; y Richelieu, a quien la ausencia siempre enamoraba, sintió nacer el deseo de superar los obstáculos que lo alejaban de ella. Para un amante es juego de niños penetrar en los aposentos de una mujer si cuenta con su beneplácito. Poco tardó Richelieu en dar buena prueba de ello. La duquesa de Villeroi tenía en el convento una prima que mantenía relaciones con el príncipe de *** y que se hallaba también encerrada por tener los sentidos demasiado dispuestos y el corazón demasiado sensible. Compartía las disposiciones de su pariente; ambas ardían en deseos de volver a ver a sus seres amados. Aprovecharon una fiesta que se celebraba en el convento. Las monjas andarían más atareadas y las internadas

dispondrían de mayor libertad. Les pidieron a sus amantes que se disfrazaran de sacerdotes y que se presentaran ese día que se les antojaba tan favorable. Convencieron, con la consiguiente remuneración, a un párroco en cuya casa se alojaron, y que los presentó a la madre abadesa como sobrinos del cura de Joire, que era superior del convento.

Como tales, se hicieron merecedores de una distinguida acogida. La propia abadesa los trató amistosamente, máxime porque su prestancia prevenía en su favor. Al no haber hallado un predicador para ese día, les rogó que pronunciaran un pequeño sermón. Al verse en tan gran apuro, alegaron que carecían de competencia para ello. Pero la abadesa insistió, diciendo que el acto constituiría un ejercicio de piedad que podría celebrarse en el locutorio principal, y que no existía obstáculo alguno para que uno de ellos tomara la palabra. Les aseguró también que el auditorio sería poco numeroso. En vano objetó Richelieu que no llevaba preparado ningún discurso, pero tanto le insistieron que hubo de ceder. Pidió indulgencia y advirtió que, puesto que se lo exigían, se vería obligado a improvisar el sermón.

Hablaba con fluidez y donaire. Su porte embelleció el discurso. Las monjitas quedaron prendadas de él; incluso les extrañó que predicara tan bien *in promptu*; y al propio Richelieu le sorprendió no haber disparatado más. Una vez concluido el sermón, entraron en una sala baja, donde se hallaban la duquesa de Villeroi y su prima. El respeto que inspiraban aquellas damas indujo a las demás personas a retirarse y la abadesa se disculpó diciendo que iba a dar unas órdenes. El celebrante alegó un pretexto cualquiera para ausentarse y dejó a los cuatro amantes en libertad. Pasado el primer momento, convinieron, por temor a una sorpresa, en que una pareja vigilaría la puerta mientras la otra conversaba en privado; y se turnaron para prestarse el mismo servicio. El placer de burlar tanta vigilancia no fue el aliciente menos picante de aquella aventura.

La abadesa había ordenado preparar una colación para los jóvenes sacerdotes. Sus amantes la compartieron, y el contento fue general. Una palabra, un gesto, una mirada, todo les recordaba lo que acababa de suceder. Los curas rivalizaron en ingenio y sedujeron a la abadesa, quien, sin poseer la lozanía de la juventud, conservaba un corazón tierno. El duque de Richelieu le pareció

especialmente apto para dirigir un convento con sensatez. Con gusto le habría visto ocupar el lugar de su supuesto tío. La noche anunció a los amantes que había llegado el momento de la separación, y los dos curas abandonaron el convento dejando afligidas a las damas y a la buena abadesa, que había pasado, según dijo, una deliciosa velada. Los animó a volver, y aprovecharon una vez más su permiso. Pero no se atrevieron a seguir interpretando aquel papel, no fuera que el párroco de Joire acabase descubriendo que no eran sus sobrinos.

*

El duque de Richelieu, que había conocido en casa de la señora de La Martelière al señor de La Popelinière, riquísimo financiero, dispensó a éste una calurosa acogida, sabedor de que se había casado con una mujer deliciosa. El señor de La Popelinière la había conquistado cuando se encontraba ella en una situación personal sumamente delicada, y pensó que la fortuna supliría las virtudes de las que carecía para agradar, creyendo que el agradecimiento contribuiría al amor que se preciaba de seguir inspirando; olvidaba que el corazón se entrega sin consideraciones ni cálculos.

Su casa era el lugar de encuentro de los grandes y de las gentes de talento de París. En ella se desplegaba el lujo más rebuscado, y las constantes fiestas daban fe de la magnificencia del potentado. El señor de La Popelinière no era ya un hombre joven, se comportaba con bastante brusquedad y en ocasiones creía que podía ahorrarse los miramientos con su mujer, habida cuenta de los lujos que le prodigaba. La señora de La Popelinière se hallaba rodeada de grandes señores, todos los cuales ambicionaban su conquista. El mariscal de Saxe, el marqués de Meuse y, en especial, Richelieu aspiraban a alcanzar la fortuna de agradarle. Si bien este último no disfrutaba ya de esa primera juventud que conlleva la seducción, poseía el hábito de vencer y conocía todos los refinamientos del arte de seducir; era tan peligroso a los cuarenta y nueve años como cuando tenía treinta, y la señora de La Popelinière no tardó en advertir que, pese a no ser el más joven de los aspirantes, era el más gentil.

Su marido, embriagado por la pequeña vanidad de recibir en su casa a cortesanos, no caía en la cuenta de que su mujer constituía lo único que los atraía a su casa. Creía que sus visitantes llegaban deslumbrados por su propia persona y la excelencia de su mesa. Abrigaba ese convencimiento, ignorando que el duque de Richelieu le había cerrado para siempre el corazón de su esposa. Ésta, que había recibido ya las primeras muestras de amor de su amante, tan sólo miraba y respiraba por él. El duque, por su parte, adorado por una preciosa mujer, sintió que el dolor tenía un límite, y apenas pensaba ya en su cautivadora duquesa; su pasión lo acaparaba plenamente y trataba de satisfacerla sirviéndose de todos los medios posibles. No contento con los momentos que le dedicaba durante el día, quiso poder celebrar sus misterios durante noches enteras. Sobornaron al portero del financiero. Cuando todo el mundo dormía, el duque llamaba suavemente a la ventana y era introducido furtivamente en las habitaciones. Una camarera servicial, la señorita Dufour, participó en la intriga; tras disponer el trono del placer, se escabullía diligentemente para dejar que los dos amantes pudieran gozar en él.

El duque se hacía acompañar en sus correrías nocturnas por un ayuda de cámara llamado Stéphano, un joven muy bien parecido. Le asignó la tarea de seducir a la doncella; Stéphano, con el fin de agradar a su señor, conquistó muy pronto el corazón y la persona de la Dufour, pero otorgaba sus preferencias a la señorita Aimée, amante del señor de Panche, tesorero de los fondos especiales para la guerra. Esta doble intriga había de producir funestas consecuencias a los amantes.

El duque gozó apaciblemente durante unos meses de los favores de una mujer deliciosa que no había cumplido los veinticuatro años; su ayuda de cámara lo esperaba en su coche, que se situaba bajo la Arcade Colbert; como La Popelinière vivía en la Rue de Richelieu, el amante salía a pie y se dirigía a su carroza. Un día en que le habían dicho que, probablemente, el marido abrigaba alguna sospecha de su intriga y que había ordenado que lo siguieran, vio a un hombre dormido en un banco en la Arcade Colbert. En vez de subir a la carroza, sospechando que era un espía, corrió hacia él pistola en mano, con ánimo de matarlo. El ayuda de cámara quiere contenerlo; pero, temiendo la ira de su señor, le hace ver,

tembloroso, que el ruido que producirá el disparo puede despertar a los vecinos. El duque, sin prestarle atención, asesta al hombre un culatazo, tan bruscamente que el desdichado se despierta y comienza a gritar. Entonces el ayuda de cámara ase la mano del duque, tira de él en dirección al coche y da tiempo al hombre, sin duda inocente y a punto de perder la vida, de escapar a la carrera.

Richelieu se valió nuevamente de los servicios de su ayuda de cámara. Comenzaba a sentir celos de su amante y quiso cerciorarse de que no tenía un rival igualmente afortunado. Las noches que no pasaba con ella, enviaba a aquel hombre con la orden de espiar a cuantos entraban en casa de los La Popelinière. El criado se introducía en uno de esos toneles que contienen el agua de los caballos de los coches de punto, tras pagar a un hombre para que lo vaciase y pudiese meterse dentro. Tenía dos pistolas, para defenderse llegado el caso, y al día siguiente daba cuenta al duque de sus observaciones. Éstas no resultaron en absoluto desfavorables a la señora de La Popelinière, por lo que su amante no tardó en recobrar la tranquilidad. Con todo, los amantes decidieron que mostrarían mayor circunspección con respecto a los medios que utilizaban para verse.

Las fiestas que amenizaron la boda del delfín con la infanta de España les brindaron varias ocasiones de verse, y, durante las celebraciones, Richelieu confió a su amante la pena que le había producido que le hubieran privado del honor de ir a buscar a la princesa. Había ocupado un puesto en aquella embajada y le encorajinaba que hubieran encomendado a otro esa misión. No acertaba a explicarse la conducta del rey, que siempre lo había tratado muy bien y que ahora le infligía ese agravio.

El disgusto que le causaba esa suerte de repudio no menoscababa su amor; parecía totalmente entregado a la señora de La Popelinière. Aun así, hallaba tiempo para mantener una relación particular con las señoras Portail y Mauconseil. Esta última lo ponía al corriente de las actividades del señor de Argenson, a quien gobernaba, y buscaba el momento favorable para formular nuevas solicitudes. Al parecer, ciertas sospechas enajenaron la amistad que existía entre ellos; lo cierto es que el señor de Argenson, sin declararle abiertamente su enemistad, le causó perjuicio en repetidas ocasiones.

Estas intrigas no le impidieron inmiscuirse en la intimidad de cuatro amantes, que habían alzado públicamente el velo que ocultaba su relación amorosa. La señora de Boufflers amaba al señor de Luxembourg, y la señora de Luxembourg prefería al señor de Boufflers que a su marido. Este acuerdo fue un misterio en un principio; pero una vez en antecedentes los maridos, hallándose ligados por los mismos errores, consideraron que debían desterrar los reproches y derivar ese hecho en beneficio de la amistad. Aquello no hizo sino estrechar los lazos que mantenían. Las trabas opresivas quedaron desterradas. La llegada del señor de Luxembourg o del señor de Boufflers hacía esfumarse al marido, que partía a consolarse con la mujer del ausente. Cuando se hallaban en la Ópera, o en otra casa, el señor de Boufflers ofrecía su coche a la señora de Luxembourg, cuyo marido acompañaba a la señora de Boufflers. Cada cual había elegido una casita, en la Rue Cadet, en Les Porcherons; se hallaban una enfrente de otra, y cada marido sabía dónde estaba su mujer, según la presencia o la ausencia del coche de su amante.

Por aquella época, Richelieu compró una casa en la Rue de Clichy, a la que desde entonces llamó su chalet, y que había pertenecido al señor de La Boissière, tesorero del Languedoc. Aquella casa lindaba con otra que el señor de La Popelinière poseía también en el mismo barrio, y esa vecindad había determinado su adquisición. Allí fue donde, para rememorar los tiempos de la regencia, perpetuó aquellas orgías, tan caras al duque de Orleans. Voltaire participó con frecuencia en aquellas francachelas y las celebraba cantando aquellos placeres en los que participaba.



Richelieu regresó a París para disfrutar de su gloria. Todo el mundo sabía que el éxito de la batalla en Alemania se debía en parte a su providencial asistencia, y compartió los elogios que se prodigaron merecidamente al mariscal de Sajonia. También se vería coronado por el amor, pero los múltiples impedimentos que le originaban los celos del señor de La Popelinière obstaculizaban sus éxitos. Por fortuna, una de las casas contiguas a la del financiero

quedó vacante. La hizo alquilar bajo nombre supuesto y puso de conserje a una mujer cuyo hijo era espía de la policía. Examinando la distribución de aquella casa, descubrió que la pared de una de las habitaciones daba a la del gabinete de la señora de La Popelinière. Decidió perforar la chimenea para poder entrar en sus aposentos sin que lo vieran en la casa del marido. Encargó la operación a un tal Desnoyer, criminal de profesión y hábil en toda suerte de intrigas.

Contrató a dos albañiles a quienes prometió una excelente recompensa y les exigió que realizaran el trabajo a lo largo de una noche, haciendo el menor ruido posible. Desnoyer les vendó los ojos y los introdujo en un coche que les alargó extremadamente el trayecto y que concluyó en la Rue de Richelieu. Una vez en la habitación donde debían operar, se los despojó de la venda y se pusieron manos a la obra. El señuelo de la remuneración, cincuenta luises que los esperaban, incrementaron la actividad de los obreros. Abrieron el boquete sin ruido y colocaron la placa de la chimenea sobre unos goznes a fin de que, al girarla hacia uno u otro lado, se abriera un espacio suficiente para pasar. Lo recompusieron todo de tal modo que no quedó señal alguna de aquella operación en el gabinete de la señora de La Popelinière; una vez concluido todo, los albañiles, a quienes se acompañó tomando las mismas precauciones que se habían adoptado a la ida, no tuvieron la menor noción de dónde habían trabajado.

La noche siguiente, el duque, sin despertar recelo alguno, se encontró en los brazos de su amante, que no pudo sino aplaudir tan admirable invención.

*

Mientras Richelieu andaba ocupado con la pacificación del Languedoc y el modo de conseguirla, en París los celos auguraban muchas penas a la señora de La Popelinière. Había cometido la imprudencia de despedir a la señorita Dufour, su confidente, que planeó vengarse. Stéphano, que habría podido evitar su indiscreción, la había abandonado, y, dejándose llevar por la ira, fue a hablar con el financiero. El mecanismo de la chimenea quedó explicado de inmediato: consistía en un pequeño resorte que hacía

girar la placa sobre un gozne, como una puerta, y que, de ese modo, permitía acceder a la estancia contigua. El señor de La Popelinière creyó ávidamente el relato de la mujer y, queriendo alejar a su esposa, la condujo a la Comédie Française. Allí, pretextando la necesidad de hacer una visita, regresa a su casa, donde lo espera la Dufour. Ésta se dirige al tocador de su señora, y como está al cabo de la calle del secreto mejor que nadie, demuestra al marido la verdad de lo que le había anticipado. El financiero, convencido de la intriga que apenas había llegado a sospechar, da libre curso a todos los reproches que la rabia le inspira contra una mujer por quien lo había hecho todo. Una llave que ve en un secreter le permite emprender nuevas búsquedas, y unas cartas del duque de Richelieu acrecientan la convicción de que su mujer lo ha traicionado. Entrega un luis a la Dufour: ella esperaba un pago más generoso, pero ése es todo el estipendio que recibe por su delación. La Popelinière no va a buscar a su esposa, como había prometido, sino que hace custodiar su puerta y ordena despedir a todas las personas invitadas a la cena. Desea quedarse a solas con su mujer para echarle en cara a sus anchas su comportamiento infame y su ingratitud.

La señora de La Popelinière, aún conmovida por la representación de *El Cid*, regresa tranquilamente sin imaginar lo que la amenaza. Su enfurecido marido le recuerda la oscura condición de la que la ha sacado y le muestra las cartas de Richelieu.

—¡Ésta es la recompensa que recibo por todos mis desvelos! —le espeta.

La esposa, desconcertada, no puede negar la evidencia. Quiere disculparse, pero no puede. Y acaba totalmente confundida cuando se entera de que su marido sabe lo de la chimenea giratoria. Éste la somete entonces a todo tipo de maltratos y sólo lo distrae de tan grata ocupación una violenta discusión que oye ante su puerta. Es el mariscal de Saxe, que había acudido a cenar y al que la negativa del portero a dejarlo entrar no puede detener. El señor de La Popelinière reconoce su voz y, por deferencia, baja de inmediato. Se disculpa alegando que importantes asuntos de última hora le impiden recibir a las personas que le hacían el honor de acudir habitualmente a su casa, sobre todo el mariscal de Saxe. Se muestra muy nervioso al hablar. El mariscal quiere saber la causa de tal

agitación, y el potentado no puede evitar confiarle los motivos de queja que tiene contra su mujer. El mariscal de Saxe lo interrumpe diciéndole:

—Amigo mío, llamas importantes asuntos a haberte enterado de que tu mujer te pone cuernos. Créeme, no armes escándalo; de nada ha de servirte; gente tan honorable como tú se halla en la misma situación y no abre la boca. ¡Que el duque de Richelieu se acuesta con tu mujer! Ojalá hubiera sido yo… Me hablas de una chimenea abierta: mándala cerrar. Te lo repito, no airees un asunto que no tiene por qué ir a más, siempre que no lo desmesures con tus lamentos. Ésa es mi opinión. Pon fin cuanto antes a tu tonta decisión y sigue dando cenas como hasta ahora. Si no lo haces, la gente de bien te esquivará y se pitorreará de ti.

El respeto que el mariscal inspiraba a La Popelinière le impidió replicar, pero no por ello actuó más juiciosamente: armó tal escándalo que hubo de separarse de su mujer, a quien echó de casa con una módica pensión. El duque de Richelieu, que se enteró de todo aquel barullo en Montpellier, se vio obligado a añadir doscientas libras mensuales para que pudiera llevar una existencia decente, y la señora de La Popelinière se fue a vivir a la Rue de Ventadour.

*

Richelieu, que vio crecer el poder de la marquesa de Pompadour sobre el rey Luis XV, de quien era la favorita, se afanó más que nunca en ponerse a sus órdenes. Atenciones, deferencias, insulsa adulación, de todo se sirvió para complacerla. Era ducho desde hacía tiempo en el arte de cautivar a las mujeres, y la señora de Étiolles, convertida en marquesa de Pompadour, lo incluyó entre sus más diligentes partidarios. Incluso posteriormente echó los ojos a su hijo, el duque de Fronsac, para desposarlo con su hija, su querida y bien amada Alexandrine, que se hallaba en el convento de la Asunción de París. De todos es sabido que, cuando la marquesa le habló de aquel enlace, el duque, que aunque se rebajaba ante ella era por naturaleza en extremo altivo, le contestó que le hacía un gran honor, pero que su hijo tenía el de pertenecer al emperador, y

se veía en la obligación de informarle de aquella alianza. La marquesa se dio perfecta cuenta de que aquella respuesta era una negativa, y nunca se la perdonó al mariscal.

*

El marqués de Brignolet, quien, durante la estancia de Richelieu en Génova, había prometido hacer visitar París a su mujer, Annetta, mantuvo su palabra, y se alojó en el palacete del mariscal, que vivía aún en la Place Royale. Éste les prodigó todas las atenciones que merecía la hermana de su querida Pelinetta, y puso todo su empeño en procurarle todas las cosas atrayentes de la capital. Annetta no era tan seductora como su hermana, pero era también bella. Con un corazón igual de tierno, tenía menos principios y temores acerca del futuro. Ya había visto a Richelieu con buenos ojos y las nuevas atenciones que le dedicó fueron recibidas con la misma complacencia. El duque advirtió que sería menos cruel que Pelinetta, y que le compensaría del maltrato que había recibido. Annetta pasó seis meses en su palacete con su hija, que había de convertirse en princesa de Mónaco: aquella estancia fue más que suficiente para hacer que el marqués no deseara otra cosa.

Nada le resultaba tan agradable como tener a su amante en su casa, pero, pesar de esa comodidad, el mariscal, enemigo de las molestias que podía causarle tan próxima vecindad, halló medios muy honorables de convencer a Annetta de que se mudara de casa antes de que lo decidiera ella. Y así se fue a vivir a la Rue d’Anjou, en el Faubourg Saint-Honoré. Permaneció seis años en París, y entretanto Richelieu, siempre infiel pero constante, no dejó de cortejarla. Bien es cierto que la italiana le mostró una constancia de la misma naturaleza.

El mariscal, llamado a Versalles con el cargo de director general de espectáculos, quiso dirigir los que la señora de Pompadour organizaba para ocupar los ocios del rey. Aquel indolente monarca pasaba el tiempo cazando y en brazos de su amante. Su inconstancia natural no habría tardado en alejarlo de la marquesa si ésta, que era mujer hábil y que no reparaba en medios, no lo

hubiera encadenado de nuevo, sustituyéndose a sí misma por jóvenes beldades que no hacían más que aparecer para satisfacer las inclinaciones de su augusto amante. Si por casualidad lo veía conceder especial prioridad a alguna, ésta era alejada, y la hábil favorita la sustituía por otras. Jamás hubo en Asia más auténtico sultán que Luis XV. La señora de Pompadour se había reservado el cuidado de solazarlo con su ingenio. Toda una serie de espectáculos novedosos reunían en su mansión a una corte escogida cuyo único objetivo era despertar el alma indolente del monarca. El duque de la Vallière era el maestro de ceremonias de aquellas fiestas, y Richelieu quiso imponerse a él como primer gentilhombre de cámara. El conflicto fue duro: el derecho a representar tal o cual obra ante el rey y su amante fue reivindicado con vehemencia por un mariscal de Francia que no habría disputado con mayor ardor el honor de tener a su mando un ejército. Por fin, tras numerosas discusiones, por fortuna se hallaron medios de reconciliación para no desposeer a uno y hacer alguna concesión al otro.



Poco tiempo después del matrimonio de la hija de Richelieu con el conde Egmont, el mariscal sufrió una enfermedad espantosa. Un herpes agudo que le cubrió el rostro se extendió por todo su cuerpo. Jamás hubo hombre tan afectado por su estado. Si se hubiera hallado sobre un estercolero, el mariscal habría representado a la perfección a Job. En ese estado tan humillante para un hombre de su talante, la señora de Lauraguais le dio pruebas de sincero cariño. Apenas se separaba de él, y la señora de Brignolet acudía también a compartir los cuidados. La persona del mariscal tan sólo podía inspirar asco. Se le aplicaba constantemente ternera en las zonas con herpes, y el apósito exhalaba un olor infecto. No salió de su casa durante más de seis meses. Para ocultar su enfermedad, pretextó otra causa que justificara su retiro. Le habían prohibido los baños, pero quiso obrar a su antojo y se bañó cuanto quiso, lo cual lo curó junto con unas infusiones de vinaza.



El duque de Richelieu, que apenas se hallaba en estado de mostrarse en público, reaparece en la corte, donde circulaban rumores de guerra que anunciaban una inminente campaña. Los ingleses, no contentos con atacar nuestras posesiones en la India, se apoderaban de nuestros barcos; acababan de arrebatar a Francia el *Alcid* y el *Lys*, y pese al temperamento pacífico del rey, que gustaba de disfrutar de sus placeres apaciblemente, se decidió responder a la fuerza con la fuerza, pero aún no existía ningún plan para la campaña.

Richelieu se había visto obligado a partir a Montpellier para pedir un aumento de los impuestos. Tras ser nombrado gobernador de Guayana, el día de su marcha cenó en Choisy con el rey y la marquesa. Su majestad, enterada de su modo de viajar, quiso verlo subir a su carruaje. Éste era lo bastante largo como para poder acostarse enteramente: contenía una cómoda cama bien caldeada cuando hacía frío; el mariscal bajaba vestido con ropa de dormir, se quitaba el batín y se metía entre las sábanas hasta que determinadas necesidades lo obligaban a levantarse.



No hablaremos de todos los combates que libró la señora de ***; lo cierto es que no frustraron los deseos del mariscal. La señora *** acude a casa de su amiga, quien, tras los discursos de rigor, la informa de que el señor de Richelieu tiene algo que decirle respecto a un pariente que tiene a su servicio. La viuda se ruboriza al oír ese nombre y balbucea que ignora qué quiere de ella el señor gobernador. El mariscal, que había pasado a otra estancia al llegar la señora ***, aparece entonces. La encantadora dama, que se arrepiente del paso que ha dado, no sabe qué cara poner; su turbación se acentúa cuando su amiga le dice que tiene que salir a hacer un recado y que la deja con el mariscal, que necesita hablar con ella.

La dama quiere acompañar a su amiga; el mariscal le suplica que le escuche. La pérfida amiga se hallaba ya lejos; había cerrado la

puerta diciéndoles que podían conversar tranquilamente, que se llevaba la llave para que no los interrumpiera nadie.

La viuda se da cuenta de que está perdida. Quiere abrir la fatal cerradura, pero su impotencia la desespera y sus esfuerzos son inútiles. El mariscal se ha puesto a sus pies; la insta a que no se alarme, le dice que es una broma de su amiga, y que quiere asegurarle que no amará nunca a otra que no sea ella. Quiere pasar a actuar mientras habla: la señora le suplica con lágrimas en los ojos que no abuse de la situación en que se halla, que se apiade de su desesperación, y al punto ocupa el lugar que él ha abandonado: está a sus rodillas tendiendo los brazos.

El mariscal la incorpora, la hace sentarse, le reitera que sus intenciones son puras y pone en juego toda la destreza que posee para perturbar sus sentidos. La bella viuda se enternece; el duque se las ingenia para hacerle olvidar el peligro que pueda correr, y en un momento de descuido sus hermosos ojos la traicionan, revelando el ardor que la embarga. Richelieu lo advierte de inmediato y realiza un nuevo intento. El ataque es rápido, y la victoria, total. Fue una de las más difíciles que alcanzó.

Una vez dado el primer paso, los otros se sucedieron con rapidez. La señora *** regresó con frecuencia a casa de su amiga, a la que cobró especial cariño, pues favorecía su inclinación. Las obras del chalet de Fronsac acababan de terminar, y el mariscal quiso que el primer incienso que ardiera en aquel templo fuese en honor de la viuda. Su amiga la animó a pasar unos días en el campo con ella; el gran vicario dio su consentimiento, y bajo ese pretexto ambas mujeres acudieron a Fronsac, donde el mariscal las esperaba.

*

Una muchacha muy guapa acudió a presentarle una solicitud. El mariscal, que la encuentra muy de su gusto, la hace pasar a su gabinete particular. La sienta en sus rodillas y le dice que parece demasiado buena para pedir algo injusto, que cuente con que su petición será favorable, siempre, eso sí, que no se muestre severa.

—Pero mi señor, cómo se le ocurre, si ni siquiera ha examinado mi solicitud…

—Tanto da. Se te hará justicia… Te lo prometo…

Y al tiempo que le garantiza su protección, vence su resistencia, sin darle tiempo a explicarse. La muchacha sale y deja la instancia, a la que el mariscal echa una ojeada. Al principio no da crédito a lo que lee. La examina con más atención, y su sorpresa no hace sino aumentar cuando comprueba que esa instancia no es sino una queja contra un cirujano a quien se acusa de no haber curado a la suplicante, tal como se había comprometido. El mariscal, furioso, se prometió moderar en otra ocasión los excesos de su vivacidad.

*

Desde hacía algún tiempo Richelieu tenía una amante americana muy bella de la que había estado muy enamorado. Mientras estaba en París, ella olvidó el juramento de fidelidad que le había hecho y se consoló con el arzobispo de Burdeos. El prelado disponía de una generosa porción de los bienes de la iglesia, y nuestra americana, con ser rica, advertía que el capítulo de los caprichos se había convertido en una necesidad continua, por lo que se creyó con derecho a participar impunemente de la herencia de los predestinados. El interés la hizo ser complaciente, y el amor trocó al arzobispo en un ser pródigo. Ambos no tardaron en avenirse. Pero el regreso de Richelieu vino a turbar su dicha y su tranquilidad.

Uno de sus espías lo informa de que la encantadora americana muestra la misma debilidad hacia el arzobispo que la que mostraba hacia él. Celoso sin amor, le enrabia que el prelado goce de los mismos derechos que él, y quiere vengarse. Sabedor de que monseñor ha decidido pasar la velada y la noche en casa de su infiel amante, le manda a ésta un mensaje pidiéndole que lo invite a cenar esa misma noche. Como esa velada estaba reservada para otras ocupaciones, y al mismo tiempo no debía herir al mariscal, la amante pretexta que una indisposición la obliga a guardar cama. Nuevo mensaje del duque; nueva negativa acompañada de mil disculpas. Aun constándole que su presencia no producirá mayor efecto, el duque se presenta ante la puerta de la invisible, que se le cierra. Se le ruega que pase al día siguiente. El duque contesta que se congratula de que la señora se haya curado tan prestamente, y

que acudirá a cumplimentarla el día designado.

Acude a la Comédie. Una actriz lo compensa de la cita que no ha podido obtener. Su carruaje acompaña a la ninfa de los bastidores; al mismo tiempo, ordena a su cochero que se apueste junto al portal de la americana, no se mueva de allí en toda la noche y aguarde a que salga el prelado, a quien ofrecerá el carruaje.

Todo sucedió como había previsto. La gente creyó que el gobernador se hallaba en casa de la dama, y sus criados, que armaron mucho bullicio en la calle, ofrecieron una nueva prueba de que su amo seguía gozando de buena fortuna. Aquello bastó para salvar su amor propio, aunque no para saciar su venganza.

*

Desde la muerte de la señora de Pompadour, Luis XV, entregado a sus excesos particulares, no tenía ninguna amante declarada. El mariscal, que en un principio había desaprobado su inclinación por la señora de Étioles porque ésta carecía de título de nobleza, deseaba que el rey se pronunciase por una de las mujeres presentadas en la corte. No juzgaba digno del monarca descender a una clase inferior, pues consideraba que el título de favorita del rey era demasiado importante como para otorgarse a una mujer que no perteneciera a la más alta nobleza. La duquesa de Grammont, hermana del duque de Choiseul, poseía todos los requisitos necesarios para cautivar al monarca, pero su tono duro y sus formas poco gratas no tardaron en descartarla de un puesto que no debía ocupar; por otra parte su calidad de hermana del ministro era motivo suficiente para conspirar contra su ascenso.

Richelieu, que trataba a veces con malas compañías, había comentado en ocasiones su deseo de ver decidirse al rey ante el conde Du Barry, hombre demasiado conocido para que perdamos el tiempo hablando de su reputación. Enseguida la mente de aquel intrigante, fértil en proyectos, planea el de deshacerse, a favor del soberano, de una amante de la que se había cansado y que solía ceder a sus amigos cuando no podía pagar sus deudas.

Indudablemente aquella mujer, cuyo nombre real era señorita Lange, era muy bella, y Du Barry tenía puestas sus esperanzas en su

delicioso porte y en unas facciones todavía más seductoras. Du Barry conduce al objeto de su valiosa especulación a casa del señor de Richelieu, quien ya la conocía, y que la invita varias veces a cenar a su chalet del bulevar.

*

En otra ocasión, Richelieu visita a una marquesa en cuya casa no había estado nunca. Su recadero se equivoca y lo anuncia en casa de otra mujer que vivía frente a la marquesa. El mariscal advierte al entrar que ha habido un error, pero saluda a la mujer con gracejo y le dice:

—¡Le ruego, señora, que excuse el atolondramiento de mis criados! Venía a ver a una mujer hermosa, y veo que tan sólo he errado en el nombre. Reciba mis disculpas por tan brusca visita y crea que jamás olvidaré que el azar me ha brindado tan grata visión.

Tras pronunciar estas palabras se retira y deja a aquella mujer sorprendida de haberse topado con un anciano tan galante. Detestaba al señor de Richelieu a causa de su proceso, y damos fe de que, desde aquel momento, mudó de parecer.

*

Sin embargo, en medio de sus placeres, a ratos se sentía solo; hablaba con frecuencia de casarse, y había salido a relucir el nombre de la presidenta Portail. Tiempo después se inclinó por una joven princesa alemana, pero todos sus planes se esfumaban al momento. Lo que se le antojaba más sugestivo de ese último himeneo era contraer tres matrimonios bajo tres reinados distintos, pues le fascinaban las cosas singulares.

*

Solía visitar a la señora de Rhote, viuda de un coronel irlandés,

que vivía en las Tullerías. El que la casa fuese muy alta no echaba atrás al señor de Richelieu, quien gustaba de disfrutar de la amistad bajo un techo tan elevado. El accidente que acababa de sufrir le había hecho experimentar más que nunca la necesidad de una mujer complaciente, que cuidase de él en su vejez. Aquella dama le pareció la persona que necesitaba, y no tardó en pedirle su mano.

La señora de Rhote pensó que no podía negarse a hacer feliz al señor de Richelieu, y no podía permitirse que la tranquilidad que le procuraba una existencia oscura prevaleciera sobre la vida brillante que se le ofrecía ni sobre el placer de ser la esposa de un par de Francia y decano de los mariscales franceses. Se concertó el matrimonio, y el mariscal corrió a casa de su hijo para comunicárselo.

La noticia pareció sorprender al hijo, quien creyó que su padre quería gastarle una broma. Pero el mariscal le aseguró que había hecho una elección que haría las delicias de su vejez; añadió que se casaba por gusto, y que él podría hacer lo mismo; que además no debía temer ser padre: que si tenía un varón, lo haría cardenal, y que supiera que eso no haría ningún daño a la familia.

La boda se celebró con gran contento del mariscal y de la señora de Rhote. Y el novio, de ochenta y cuatro años, se comportó mucho mejor ese día de como lo hiciera con su primera esposa, aunque entonces sólo contaba dieciséis.

*

En casa del señor de Richelieu gobernaba su esposa, cuyos cuidados le costaba agradecer. Ni la más minuciosa ama de llaves habría podido esmerarse más en sus atenciones. Incluso espantaba a las moscas que se acercaban a su esposo. Tomaba precauciones para que no tuviera ocasión de entregarse a sus antiguos gustos, a esa afición a las mujeres tantas veces satisfecha; temía, con razón, que apurando sus fuerzas acelerase el fin de su carrera; y adivinaba que, llegado ese momento, todo el brillo que despedía dejaría de rebrotar en ella.

Sin embargo, su anciano esposo encontraba el modo de burlar su medrosa vigilancia. Aunque la mariscala se hallaba casi siempre

presente en las audiencias que el duque concedía a las actrices, éste sabía aprovechar los pequeños momentos favorables, y la mariscala no pudo evitar la suerte que corrieron sus dos primeras esposas. Pretextaba asuntos para salir solo y para concertar citas. Había recibido varias cartas de una mujer que vivía junto a la Comédie Française, y que, tras escribirle para solicitarle el ascenso de un pariente que trabajaba en la condestablía, le pedía concertar una cita en su casa. La última carta estaba amenamente redactada, y despertó en el mariscal los deseos de ir a ver a la persona que solicitaba su bondad. Encarga a su lacayo de confianza, llamado Quosimo, que lleve una respuesta a la dama, que al mismo tiempo compruebe si es bella y, de ser así, que le anuncie que acudirá a su casa al mediodía.

El informe resulta favorable. Richelieu sale a la hora convenida, anunciando una visita al mariscal de Biron, con quien se hallaba enemistado a la sazón, pues este último, en su calidad de coronel de la guardia francesa, había designado un lugar exclusivo para su carruaje a la puerta de todos los espectáculos, y no quería fijar uno para el del primer gentilhombre; aunque ese asunto le preocupa mínimamente por el momento: se hace conducir a casa de la dama que lo espera.

Comprueba que su criado no lo ha engañado: se encuentra con una joven rubia de veinte años, bien plantada, con un rostro ornado con unos bellos ojos y una boca delicadamente dibujada. Todo en ella invitaba al amor, y el mariscal, que contaba entonces con más de ochenta y seis años, se siente rejuvenecer a su lado. Le promete ascender a su pariente y le declara que no puede negar nada a tan encantadora persona. Pero, al propio tiempo, le suplica que se apiade de un buen anciano, incapaz de admirarla sin rememorar su primavera, un anciano que se muere por rendir homenaje a los encantos que divisa. La dama cree que el señor de Richelieu está habituado a servirse de esas expresiones hiperbólicas. Juega con él, pero el mariscal insiste; exige favor por favor. Puesta en el disparadero, la joven rubia se resigna pensando que no corre mayor peligro. Y mitad por curiosidad, mitad por que se cumpla su petición, cede a los deseos del buen anciano; se convence de que la infidelidad que comete tampoco sería grande… ¿Cuál no sería su asombro? La metamorfosis es total. Quien la adora es un joven que

le da reiteradas pruebas de ello y que la deja sorprendida y encantada de tan inesperado encuentro. Nos dio fe de ello una amiga suya, a quien la joven dijo que «nadie, a los veinte años, se habría portado tan bien como el mariscal».

*

La naturaleza, que tanto había hecho por él, acabó marcando el momento de su destrucción; una bronquitis que no le dejaba expectorar lo llevó a la tumba; pero feliz hasta sus últimos instantes, no hubo de padecer los horrores de la muerte. No conoció su estado, y dejó de vivir apaciblemente sin tener que lamentarse de abandonar la vida. Se hubiera dicho que la naturaleza, que quería auxiliarlo hasta su última hora, lo había destinado a morir de la muerte de los justos, y pareció complacerse en allanarle ese paso que tanto nos atemoriza sin que se percatase de ello, al igual que había llegado a este mundo. El horóscopo, que durante toda su vida le hizo temer el mes de marzo, no se cumplió, pues el mes de agosto de 1788 marcó el fin de su carrera.

Richelieu por sí mismo

*Detalles de las primeras aventuras del mariscal de Richelieu, escritos por él mismo, durante su estancia en el Languedoc, para la marquesa de ***, quien le había prometido tratarlo favorablemente a su regreso, con la condición de que le relatara lo que le había acaecido hasta entonces.*

Hace tiempo que me pedís, querida amiga, que os narre fielmente mis aventuras desde mi presentación en la corte de Luis XIV hasta el momento en que os conocí; pero vos no sabéis que me exigís que escriba varios volúmenes. Sin embargo, después de lo que convinimos, mi amistad no flaquea, y aunque soy perezoso, prometo que os enviaré todas las semanas una veintena de páginas relatando mi historia. Conservo escrupulosamente todo el material necesario para escribirla, y creo que habrá incidentes tan enrevesados que no os aburriré. Espero vivir muchos años; al menos eso me han augurado, y yo creo en esa predicción que tan propicia me es; pienso ofreceros hechos cada vez más interesantes de mi vida. Tengo ya casi cincuenta años, y calculo que estoy a la mitad de mi carrera: varios astrólogos me han asegurado que moriré centenario, pero también que debo temer al mes de marzo; así pues, tengo margen, y no he notado cambio alguno en mis facultades morales o físicas. Así, convinimos con el príncipe de Tingri escribir cada uno todas las anécdotas históricas y escandalosas ocurridas ante nuestros ojos.

*

Animados por esta idea, Tingri y yo tomamos la pluma; él me ha

dicho que ya ha recopilado numerosos episodios. También yo he comenzado, pero soy demasiado disipado como para sujetarme al trabajo de escribano. Prefiero el placer, siempre nuevo para mí, de cortejar a una mujer bonita, al aburrimiento de encerrarme en mi gabinete para ocuparme del pasado. Éste me interesa mucho menos que el presente. Pese a todo, prometo ser fiel a la promesa que os he hecho y daros los detalles de mi vida durante todo el tiempo que me sea posible. Pensad que éstos no deben perjudicarme ante vos, y que si vos seguís considerándome tan culpable en el amor como lo soy pocas veces en la amistad, vos juzgaréis si, a pesar de mis infidelidades, he dejado de ser vuestro amigo. Alejaré de mí la idea del gran esfuerzo que emprendo para complaceros, y como iré paso a paso, espero conducirlo hasta el final.

*

Después de una broma, para protegerme, corrí mi cama y coloqué las cortinas entre la pared y yo; al mismo tiempo, me burlaba de ellos, y les gritaba que yo tenía mejores invenciones que ésas. Pero de pronto todo cesa; luego un ruido sucede a otro: unos martillazos anuncian una demolición, y yo espero el final de ese golpeteo cuando de súbito el tabique de separación cae en numerosos trozos como el decorado de una ópera. Figuraos mi sorpresa al ver a ocho o diez mujeres vestidas para acostarse y armadas cada una de una taza de agua que rodean mi cama y, diciendo que hace demasiado calor y que hay que refrescarla, ¡me arrojan el agua que contenían sus tazas! Me agazapo entre las sábanas, y oigo que dicen:

—¡Tiene miedo! Estupendo, hay que castigarlo por todo lo que nos ha hecho. ¡Más agua!

—¡No, no! —gritó otra voz—. Hay que atarlo a la cama y que mañana por la mañana, si quiere salir de ella, nos pida perdón.

Yo no estaba muy tranquilo, y se me pasó por la cabeza tomarme mi venganza: me quité lentamente la camisa de dormir y saliendo precipitadamente de la cama aparecí ante los ojos de aquellas damas con el mismo traje que el bueno de Adán llevaba en el Jardín del Edén antes de desobedecer las órdenes que se le

habían dado.

Esta aparición suscitó un grito unánime; la visión del diablo no habría provocado más rápido la huida de una manada de religiosas que salieran de confesarse: aquello era el sálvese quien pueda. Las mayoría de las luces se apagaron durante esa huida, que yo aceleré aún más gritando que agarraría a una de ellas para retenerla. Mi cama estaba empapada, y me parecía muy justo apoderarme de una de ellas. Se habían refugiado en el salón; yo entonces enfilé una escalera disimulada que me condujo, dando un rodeo que yo desconocía, a los aposentos de la duquesa; estaban solitarios.

Todo el mundo había estado ocupado preparando la diablura que me habían hecho. Yo no dudo: tras entrar por un pasadizo sin que nadie me vea, me meto en la cama. Me coloco junto a la pared, con la cabeza tapada bajo la colcha, de modo que sea imposible que se sospeche nada: yo no era demasiado corpulento, y habría desafiado a cualquiera a que notara que ahí había un hombre. El corazón me latía de impaciencia y deseo. Instantes después llegó la duquesa diciéndole a su camarera: «Hay algo más que ligereza en lo que acaba de hacer el señor de Fronsac». Sin embargo, reconoció que me habían maltratado un poco; mientras, se arreglaba para pasar la noche; levanté con cuidado la colcha y atisbé de vez en cuando a la duquesa, que se comportaba sin cortapisas dado que se creía a solas con su camarera.

Mi exaltada imaginación embellecía cuanto contemplaba; los menores detalles de su *toilette* me sedujeron más que todo lo que había experimentado hasta el momento; mi ebriedad alcanzaba cotas inconcebibles, y bajé de nuevo las sábanas; era lo mejor que podía hacer. La duquesa creyó notar que algo corría por su cuerpo. La camarera rebuscó y la dejó casi en el mismo estado en que yo me hallaba cuando aparecí ante aquellas damas. Devoré con los ojos lo que yo ya quería tocar y acariciar. Venus, a la que los pintores pintan tan bella al salir de las aguas, me habría importado un ardite. La duquesa se me antojó celestial, y el corazón me palpitaba con tanta fuerza que creí que enfermaría.

Por fin se metió en la cama. Yo no osaba respirar. Me quedé quieto, agazapado en una esquina; tenía un espacio exiguo y quería estrecharlo aún más. Ella pidió un libro; para mí aquello era un suplicio. La camarera sale, cierra las puertas y me deja con lo que

me es más querido.

Me debatía entre el deseo de acercarme y el miedo a asustarla. Pero me ahogaba bajo la colcha, que habían vuelto a colocar debidamente. Supuse que mi duquesa leía. La oí suspirar y después pronunciar mi nombre. Me atreví a sacar poco a poco la cabeza de debajo de las sábanas, donde yo no podía seguir. Mi duquesa, abstraída, no se daba cuenta de nada. Continuó leyendo. Minutos después dejó el libro sobre la mesilla de noche y dijo:

—No, no se puede amar así —y suspiró. Tenía la cabeza vuelta hacia el lugar opuesto al que yo me encontraba—. Ah —prosiguió—, los hombres han nacido sólo para nuestra desgracia… —Un silencio—. ¡Si lo amara, amaría a un niño! —Nuevo silencio—. Al menos, para mi tranquilidad, él nunca lo sabrá.

Esperé a que apagara la vela; no pude resistir mucho más. Me estiré cerca de ella. Un grito, que sofoqué poniéndole una mano sobre la boca, fue el primer signo de su pavor.

—Soy yo —le dije—, ¡no gritéis! Soy Fronsac, al que vos amáis, el mismo que os adora y que se encuentra muy cerca de vos.

Ella quiso pedir auxilio, yo la tomé de las manos. Se echó a llorar y me rogó que me retirara. A modo de respuesta, la tomé entre mis brazos. Se sumió en la desesperación, hasta tal punto que vi llegado el momento en que me vería obligado a dejarla. En esta ocasión se me prodigaron todos los apelativos. Pero pese a su resistencia, mi comportamiento fue tan rápidamente censurable que ella temió comprometerse haciendo demasiado ruido. Noche deliciosa, ¡y que todavía recuerdo, más de treinta años después, con gran placer! Una mujer honesta que se extravía es mucho más tierna que otras.

*

Escribí a la duquesa diciéndole que querían casarme de manera irrevocable y contándole todas mis cuitas al respecto. Ella me mostró hasta qué punto era su alma honesta al alentarme a acatar la voluntad de mi padre y al rogarme que viviera con mi mujer como debía hacerlo un marido. Le contesté que mi decisión ya estaba tomada y que nada podía cambiarla; que obedecería, pero que sería

un marido *ad honores*, que mi corazón le pertenecía a ella y que mi mujer sólo conseguiría de mí la mano que me habían obligado a concederle.

Esa misma noche me acosté con la señora de Fronsac. Toda la casa estaba en fiestas, pero ella no tuvo ocasión de darse cuenta de que tenía marido. Satisfice en apariencia lo que se esperaba de mí, y en el encuentro me atuve a la palabra que había dado. La señora de Fronsac, por más que fuera joven e inocente, no ignoraba que el matrimonio tenía que llegar un poco más allá, y pareció muy sorprendida, sobre todo después de varios encuentros, al verme siempre tan tranquilo y con tan poca curiosidad como la primera vez.

*

Un día abrieron mi celda en la Bastilla a una hora que no era la del paseo ni la de las comidas; como yo no había perdido la esperanza, creí que venían a anunciarme buenas noticias.

Entreví un vestido de mujer, lo que me hizo estremecer de goce; hacía varios meses que no veía a ninguna. Me levanté para mostrarme ante esa mujer, que se arrojó a mis brazos… Era la mía, la señora de Fronsac. La ilusión se desvaneció al instante. La tomé de la mano y, con aire respetuoso, hice que se sentara. Yo me mostré contento, y le pregunté, entre risas, qué divinidad había podido hacer que penetrara en la morada de los muertos. Ella me contestó que el rey le había encargado que averiguara si yo quería vivir más tranquilo, y que mi libertad estaba ligada a mi conversión. Le repliqué que yo no creía que tuviera nada que conferenciar con la embajadora de un gran rey; y después redoblé mis miramientos y muestras de veneración. Eso no era, no obstante, lo que mi mujer esperaba de mí. Creían que, al enviarla a mi celda, mi juventud y un régimen austero me forzarían a tratar a mi esposa como un buen marido; de esa reconciliación dependía mi libertad. Me enteré de eso después, y admito que si lo hubiera sabido, mis deseos de libertad me habrían llevado a romper mi promesa. En ese momento sólo creí que era un rodeo para que yo cumpliera con mis deberes, esos deberes que yo había prometido no cumplir. Me

pareció placentero resistir a los combates de los sentidos que en mí arreciaban tras una larga privación, y decidí comportarme con la señora de Fronsac como con una mujer a la que debía respetar.

*

Más adelante, como tenía que cambiar de caballos a dos leguas de París, un campesino que me esperaba en la puerta de la casa del maestro de postas me entregó un mensaje; era de la duquesa de *** y tan sólo decía: «Estoy en el albergue del cazador». No corrí hacia allí: volé; no me esperaba esta felicidad. Vernos y caer el uno en brazos del otro fue todo uno. Así permanecimos largo rato, sin poder proferir una sola palabra. La encontré descompuesta. Cuando nos recuperamos de este primer delirio, me contó que no había podido resistir a sus ganas de verme. Añadió que, aunque no se había recuperado del todo de su enfermedad, había encontrado en su amor las fuerzas suficientes para salir de su casa por la puertecita de su jardín y para ir a alquilar un coche; que no se lo había contado a nadie más; que preveía que su ausencia provocaría inquietud, pero que su marido se había ido a Versalles por unos días y que ella encontraría la manera de alejar las sospechas. Se había enterado de mi partida y había salido una hora antes que yo.

Aunque la duquesa sentía un gran amor por mí, también temía perder su reputación, y por eso, para no comprometer dicha reputación, se había atrevido a exponerse a salir sola.

Comprendí el precio de todo lo que ella hacía por mí, y no le agradecí lo suficiente este primer arrebato suyo de agradecimiento. No nos habíamos visto en mucho tiempo, la Bastilla había alzado entre nosotros muros inaccesibles. Yo necesitaba ser feliz, y encontré que me adoraban; nada debía oponerse a mis deseos, y sin embargo encontré en la duquesa una resistencia inesperada.

—Una mujer que os ha demostrado tanto amor como yo —me dijo—, que ha sacrificado sus principios sobre la virtud, que creía inquebrantables pese a la inclinación que siente por vos, haría mal (tras haberse expuesto a todo para besaros antes de que partáis) en rechazar los favores que ya no tiene derecho a rechazar. Soy vuestra, tenéis entre vuestros brazos a vuestra conquista; y es una

mujer que sólo respira por vos, pero que, debido al amor que vos le inspiráis, teme sobre todo perderos. Os conozco bien, no estoy ciega; sé que la presencia de una mujer os lleva a olvidar lo que debéis a otra; así es vuestra naturaleza, y vuestros sentidos están siempre dispuestos a traicionar vuestra determinación a ser fiel. Si soy vuestra amante os perderé, eso es incontestable. No sé amar a medias, y el amor suele volvernos exigentes. Lo que os parece encantador por unas horas, si se posee durante largo tiempo se vuelve aburrido; vuestra ternura se acabará, y la mía, lo sé bien, me seguirá hasta la tumba; me sentiré desgraciada: ése será el final de la novela que tanto os atrae ahora. Sed razonable, y por la estima que decís que vos me tenéis, ceñíos a la amistad, es mucho más indulgente. Yo seré la depositaria de vuestros secretos, no temeréis confiármelos; no os reprocharé nada, compartiré sin cesar vuestros placeres y vuestras penas. Vos necesitaréis una amiga y huiréis de la amante. Mi querido duque, seguir viéndoos me dará tranquilidad, y será la única manera de que no os alejéis de mí. Sé que el papel protagonista es más valioso que el de confidente. Estoy en edad de desempeñar el primer papel, pero prefiero el último con tal de no perderos. Es mi excesivo apego hacia vos el que me lleva a tomar esta decisión que os parece extraña, pero que la reflexión me ha mostrado como la que asegura mi tranquilidad.

Me hablaba con tanto candor que casi me convencí de la duquesa que tenía razón. El tono veraz que dominaba su alocado discurso se imponía, y comprendí que no se debía a ese arte de la coquetería al que con tanta maña recurren las mujeres para hacerse desear.

*

No olvidé a la duquesa de ***, pero en esa ocasión había encontrado a la amiga y no era posible restituir a la amante. No se comportaba así por rencor, sino por sus deseos, profundamente meditados, de tenerme cerca. Y sus rechazos fueron tan moderados, tan cariñosos, que no insistí por temor a afligirla. Por otro lado, yo había ya medio planeado otra intriga que parecía prometer un placer muy estimulante. Había visto en la Rue Saint-Antoine a la

mujer de un espejero que se me antojó celestial: una rubia de unos dieciocho años que estaba casada con un comerciante al que las cosas le iban bien, mucho mayor que ella, y que no había sabido inspirarle amor alguno a su esposa. El tierno corazón de ella la había conducido hacia Dios, dado que no había encontrado a otra criatura que lo poseyera, y yo quería disputarle ese corazón a la divinidad. Me enteré de todos estos detalles por uno de mis hombres más astutos, que había ido a explorar el barrio. Creyendo que su resistencia no duraría mucho, me dejé ver regularmente en San Pablo, adonde la mujer iba a misa todos los días. Intentaba acercarme a ella, y tuve ocasión de hablarle a propósito del bautizo de un niño cuya madre había muerto asesinada a manos del marido.

Esta trágica historia había dado mucho que hablar, y gracias a ella pude trabar conversación con mi rubia: deploré la suerte de las mujeres, que las exponía a la tiranía de ciertos hombres, y acabé diciéndole que las mujeres, débiles, sólo deberían inspirar en los hombres el deseo de rendirles homenaje; que este sexo tímido y encantador se había creado para mayor felicidad de los hombres y que nosotros, como muestra de agradecimiento, debíamos hacer felices a las mujeres. Me percaté de que mi comercianta me escuchaba de buen grado, y me sentí satisfecho de esta primera entrevista. También observé que ella se había sonrojado varias veces mientras me hablaba, y auguré que la devota me había encontrado de su gusto. Todos los días, durante la misa, yo inventaba una nueva estrategia para verla y conversar con ella, y ya nos citábamos, sin que ella se diera cuenta. Le pedí permiso para ir a verla en su casa; ella objetó que mis visitas podrían no agradar a su marido, y yo me prometí conocer enseguida a ese temible marido, quien a su vez se creía el mejor hombre del mundo. Así, acudí a comprarle vidrios, aduciendo que los necesitaba; tomé las medidas y pasé largo rato hablando de esos vidrios. Salí esa primera vez de la tienda sin conseguir nada, pero volví otro día en que el marido se hallaba ausente.

Primero le hablé a la mujer de lo que había comprado; pasé luego a hacerle cumplidos; era guapa, y a toda mujer le gusta oír que lo es. Le conté varias historias que la divirtieron mucho, y mientras bromeábamos le confesé que la amaba hasta la locura. Mi devota no se ofendió en demasía; yo utilizaba un lenguaje que para

ella era nuevo, y probablemente consideró que yo dominaba el arte de pintar el amor mejor que su penoso marido. La llegada de una de sus amigas interrumpió esta conversación que tan bien había empezado. Me marché y al día siguiente no acudí a misa. Quería ver el efecto que causaría mi ausencia. Al otro día me hizo reproches, y yo me excusé aduciendo una indisposición; y como hacía muy buen tiempo le propuse que saliéramos a pasear por las avenidas. Rechazó mi propuesta diciéndome que, pese al placer que le daría, la reputación le era más cara. Vi en ello una ocasión que me permitiría poseer lo que ansiaba. Sin embargo, estaba harto de tantas misas y, para conseguir pronto a esa mujer, decidí que amueblaría un pequeño apartamento en ese barrio. Consideré que lo más honesto sería que su marido se ganara el dinero al amueblarlo, y me proveyó de muebles y espejos, y estaba muy contento con mis compras; las pagué con el dinero que había pedido prestado a la duquesa de ***.

*

Emprendí entonces el asalto de una plaza que se negaba a capitular; buscaba la ocasión, y la duquesa de *** me la procuró sin saberlo; acababa de construir un ala nueva en la casa que tenía en el campo y quería amueblarla con rapidez; le propuse que se lo encargara a mi comerciante, y ella aceptó. Enseguida fui a darle la buena noticia al hombre, que se mostró muy agradecido y que no adivinó que con ello yo sólo pretendía alejarlo. También la mujer me pareció que apreciaba mi esfuerzo por haberles procurado tan buen negocio. Su marido partió hacia Mantes y yo frecuenté su casa creyendo que lo sustituiría del todo. Pero mi rubia, intratable, me obligó a marcharme antes de la cena. Yo la hubiera entregado de buen grado a ese diablo que ella tanto temía, y me juré que abreviaría todas estas formalidades: no podía entender qué tenía mejor que hacer una mujer que me amaba que rendirse. Ordené a una muchacha, para que la escritura pareciera de mujer, que redactara un billete en nombre de la duquesa de ***. En la misiva le decía a la señora Michelin, pues así se llamaba la mujer, que la duquesa quería encargarle un mueble y que le pedía que, en

ausencia de su marido, fuera a la casa de la persona que la conduciría, para tomar una pieza de tela que estaban bordando, y acudiera a casa de la duquesa para hablar juntas de qué podían hacer con esa tela.

*

Mi hombre de confianza tenía órdenes de conducirla al apartamento que yo había hecho amueblar, donde yo la esperaba con mucha impaciencia; llegó y, en vez de encontrar la tela bordada, me vio en una pequeña estancia, sentado en un sofá, con un libro en la mano. Lanzó un grito, quiso marcharse, pero mi hombre había cerrado la puerta tras ella. La tomé entre mis brazos; ella se desasió y, arrojándose de rodillas en medio de la estancia, alzó los brazos al cielo mientras suplicaba a éste que acudiera en socorro de su inocencia. El cielo hizo oídos sordos. También yo me arrodillé y le dije:

—Vos rogáis al cielo, pero yo no oso elevar mis ruegos tan alto; yo los dirijo a la encantadora criatura que tengo ante mis ojos. Esa criatura no puede dejar de ver hasta qué punto la adoro, y espero de su buena voluntad que me recompense con la más tierna querencia. —Y añadí—: He creído percibir que mi querida amiga temía al mundo; además, quizá quiera obligarme a cubrir nuestra relación con un velo impenetrable. Sólo nosotros dos estaremos en el secreto, y el cielo perdona sin problemas un pecado oculto.

Yo quise disponerme a cometerlo, pero al principio me asustaron sus accesos de ira y dejé que se calmara; ella empezó a calmarse, de lo que concluí que su resistencia menguaría. Ora me amenazaba para que la dejara salir; ora me aseguraba que, si yo abusaba del estado en que se hallaba, los remordimientos que ella sentiría la matarían. Me confesó que me amaba, pero de manera inocente, sin desear ningún mal. Reconoció que sería feliz conmigo, pero que no podía traicionar a su marido sin ofender a Dios. Por desgracia, el dolor la volvió a mis ojos más atractiva y me juré a mí mismo salir vencedor de tanto combate. Además, quería castigarla por haberme herido en mi amor propio. Ella seguía resistiéndose, pero mientras nos debatíamos fui ganando poco a poco terreno, y yo veía que

faltaba poco para acabar con su virtud. Confieso que tuve que librar un asalto terrible y largo, y quizá sólo habría sido un esfuerzo infructuoso si sus sentidos no hubieran traicionado su consciencia. La señora Michelin los tenía muy vivos, muy inflamables, y su resistencia era en verdad un esfuerzo de la virtud.

Pronto las puertas del infierno se cerraron a sus ojos; ella sólo vio las delicias del paraíso, y entonces me convencí de que una devota podía amar a un hombre con la misma efervescencia con que amaba a Dios. Cada vez que desaparecía su exaltación, daba la impresión de que la atormentaban los remordimientos. Intenté alejarlos, pero finalmente comprendí que me faltaban argumentos que devolvieran con éxito la calma a la señora Michelin y me vi obligado a abandonarla a su arrepentimiento. Pedí que me prometiera que vendría a mi apartamento cuando ella pudiera. Le dije que aquí todo le era conocido; los muebles venían de su tienda y nada le era extraño, ni siquiera su dueño. Entre suspiros, se dio cuenta de lo perturbada que se hallaba; le repetí que conseguiría más adelante, y de buena voluntad, lo que esta vez no le había arrancado a la fuerza, y la dejé subir al coche que le esperaba.

Por curiosidad, fui una hora después a sus casa, para saber qué ocurría. Me encontré con su vecina, que, enterada de la visita que supuestamente la señora Michelin había hecho a la duquesa de ***, estaba desolada por no haber podido ir en el carruaje con su amiga. Para tomarle el pelo a esta vecina, felicité a la señora Michelin por esta gran suerte, diciéndole que ciertamente aquello la llevaría mucho más lejos de lo que ella imaginaba. La señora Michelin, parca en palabras, atribuyó su silencio a un dolor de cabeza. Sus ojos reflejaban la agitación que dominaba su alma; ora se enfurecían al mirarme, ora se enternecían, y en ellos se veía todo su amor. Hice mil locuras con la vecina, y le dije que parecía que las mansiones de los aristócratas no le sentaban bien a la señora Michelin; su amiga estuvo de acuerdo, y aseguró que si a ella le hubiera ocurrido tamaña aventura, sin duda estaría llena de alegría. La señora Michelin trató de ocultar un poco su tristeza, pero las lágrimas, prestas a asomar, la traicionaban, y se retiró con el pretexto de descansar. Pasé varios días sin verla.



Dado que quizá el marido quería darle las gracias a la duquesa de ***, decidí prevenir a ésta para proteger a la señora Michelin de toda sospecha. La duquesa me escuchó con bastante sangre fría, mientras alzaba de vez en cuando los ojos al cielo.

—¡He aquí, pues —exclamó—, una nueva víctima de vuestros descarríos! ¡Pobre mujer! Me da lástima, si os ama tanto como vuestro relato me confirma. Pagará muy caro esos pocos instantes de éxtasis; y si juzgo por mi experiencia, tiene aún muchas lágrimas que derramar.

Este pequeño sermón me impacientó. Ella se dio cuenta y dejó todo comentario moral para comportarse con la más tierna amistad. Me prometió favorecer a esa pobre pequeña burguesa, así la llamó, y me pidió que la tranquilizara. También me pidió que la tratara como a una amiga, que jamás tuviera secretos para con ella, pero yo notaba que mis confidencias la entristecían.



La buena duquesa de *** me aseguró que se comportaría como una amiga con la señora Michelin y, además, me prometió que la haría ir a su casa para que el marido no sospechara nada. En esa caritativa oferta yo entreví un poco de curiosidad; pero como a mí no me importaba que se empleara un medio u otro para tranquilizar a la señora Michelin, consentí gustosamente a que tuviera lugar esa visita. Asimismo, no me importaba darme ciertos aires de importancia ante esa mujer y demostrarle que intentaba que la trataran con distinción.

Se concertó una cita para comer el jueves siguiente, y fui a darle la noticia a mi comercianta. La vecina, que estaba con ella, se quedó maravillada al ver el honor que le hacían a su amiga, y no cesaba de exclamar:

—¡Qué gran suerte la tuya, Dios mío! Jamás me ha ocurrido algo semejante. ¡Comer con una duquesa!… Amiga mía, tienes que estar bien guapa, yo te ayudaré a arreglarte.

La vecina no cesaba de comentar todo eso con volubilidad, y

parecía lamentar no hallarse en el lugar de su amiga. Ocupado en la señora Michelin, apenas me había fijado en la señora Renaud, que era como se llamaba su amiga. Era viuda, debía de tener unos veintidós años y llamaban la atención sus ojos castaños, muy traviesos, que esparcían por toda su fisonomía una vivacidad que daba gusto contemplar. Yo siempre la había visto vestida de andar por casa, pero en esta ocasión su aderezo, más recargado, la hacía parecer otra a mis ojos. Posé éstos sobre un talle bien ceñido, sobre un cuello que me pareció perfectamente en su sitio; me fijé en su mano, preciosa, en la que no me había fijado, y me puso de mal humor haber observado tan tardíamente las bellezas que ahora descubría. Me prometí reparar la injuria que acababa de hacerles al mirarlas e intentar juzgar con mayor detalle lo que se ocultaba a mi vista. Dediqué ciertos miramientos a la señora Renaud y le dije cuánto lamentaba que no pudiera acompañar a su amiga; sin embargo, para mis adentros me hice el propósito de que comiera y se acostara con un duque para resarcirla de no poder incluirla en la invitación de la duquesa de ***. La señora Michelin me agradeció lo que había hecho por ella, y por primera vez vi brillar en sus ojos claramente la satisfacción. Pronto ésta aumentó, gracias al azar: yo me hallaba presente cuando uno de los lacayos de la duquesa de *** acudió a entregarle un billete de parte de su ama. En ese billete, muy honesto, se le pedía que fuera a dar su opinión sobre unas telas y también le invitaba a comer el jueves, tal como habíamos convenido. Creí que la lectura de ese billete marearía a las dos mujeres; ambas hicieron grandes reverencias al lacayo y la señora Michelin le rogó que le dijera a su ama que acudiría ese día para lo que ella quisiera. Fue la primera vez que observé hasta qué punto las personas de esa clase social se enorgullecen de tener cierta intimidad con nosotros, y después he visto cómo burgueses y financieros se han arruinado por alcanzar el honor de ser admitidos entre nosotros o ser recibidos por nosotros.

La señora Michelin quiso hacerse un vestido, y aunque sólo faltaban dos días, debía conseguir uno que estuviera a la moda. Consiguió que la vecina la acompañara a ir de compras, y estoy seguro de que ese mismo día todo el barrio se enteró de la buena suerte de la comercianta. Al despedirme, tuve la oportunidad de estrechar la mano de la señora Renaud, que también lo hizo

gustosamente: pronostiqué que no se resistiría mucho y la consideré un bien que no se me escaparía.

Sin que la devota lo supiera, le envié una carta en la que le declaraba mi amor y le confesaba que todas las visitas que había hecho a la señora Michelin sólo tenían por objeto verla a ella, y que le rogaba que me indicara de qué modo podía convencerla de la sinceridad de la ternura que abrigaba hacia ella. La señora Renaud cogió y escondió la carta con grandes cuidados, y por lo arrebatada que estaba cuando la recibió deduje que su respuesta no sería desfavorable.

La señora Michelin se hallaba ya el jueves en casa de la duquesa de *** cuando yo llegué. Habíamos quedado en que yo no iría a recogerla para evitar que nuestra salida se convirtiera en la comidilla del barrio, donde yo empezaba a ser conocido. La duquesa me comentó que estaba muy contenta de haber conocido a la señora Michelin, que tenía muy buen gusto y que le había dado sobre la tela muy buenos consejos que la satisfacían infinitamente.

La comida fue bastante animada, y si hubiera estado también la señora Renaud, habría podido compararme con Amor entre las Tres Gracias. La duquesa no cesaba de mirar a la señora Michelin; su aspecto decente le placía, y lo cierto era que habría sido difícil encontrar uno tan honesto. Las dos damas tenían mucho en común. Ambas eran de carácter débil sin caer en el libertinaje, y habían cedido a las irresistibles atracciones del amor. A las dos las atormentaban los remordimientos, que sólo se acallaban ante la presencia del objeto de sus amores y el embeleso del placer; y eso era un sacrificio renovado casi a diario que la sabiduría hacía al amor. La señora Michelin a veces se olvidaba de eso y me lanzaba miradas lánguidas. La duquesa de ***, que la espiaba, se dio cuenta, y las impresiones de su alma se transparentaron en su figura. Daba la impresión de que la devota le inspiraba lástima; su rostro reflejaba interés y piedad. ¡Pobre mujer!, parecía decir, y las lágrimas rodaban por sus ojos, sin duda debido a que recordaba los males que mi ligereza le había hecho sufrir. Si hubiera estado a solas con ella, no habría podido resistir al deseo de hacerle olvidar su resolución, tan atractiva me pareció.

Entonces le llevaron una carta a la que tenía que contestar, y nos pidió permiso para pasar a un gabinete, donde se retiró para

escribir; no pareció disgustada de tener la oportunidad de hallarse sola para ocultar su turbación.

Al quedarme a solas con la señora Michelin, empecé por abrazarla. La duquesa de *** había encendido en mis sentidos un fuego que debía apagar. Cuando mis deseos eran violentos, no veía obstáculos para satisfacerlos; calculé que la duquesa nos daría tiempo, y me comporté con la señora Michelin como con un bien que uno posee. Además, me pareció delicioso gozar casi ante los ojos de la duquesa de ***, en la misma *chaise longue* en la que le había jurado mi amor; pero una devota no ayudaba a ejecutar un plan tan bien concebido y que se hizo realidad después, y muy a menudo; mi devota tembló, me rogó que me comportara, e hizo tanto ruido que me vi obligado a apartarme para no causar demasiado escándalo. Estas mujeres con tantos prejuicios son siempre tímidas; necesitan que su cabeza domine el resto de su cuerpo; no saben coger la ocasión al vuelo; pero todo eso sólo es bueno para el sentimiento, y en consecuencia acaba hartando. Yo estaba enfadado con ella y me fui a buscar a la duquesa, a la que le dije que un asunto inexcusable me obligaba a marcharme y a dejarlas. Fríamente me despedí de la señora Michelin, que pareció anonadada y confusa ante mi retirada.

Mis sentidos mandan siempre sobre mí; recordé que la señora Renaud no sería tan cruel y creí quizá me sería fácil encontrar en la morena lo que me negaba la rubia. Vivía en el mismo edificio que la señora Michelin. Sin que me vieran quienes estaban en la tienda, subí al segundo piso, donde moraba mi nueva divinidad. Con gran talento, me las ingenié para alejar a una anciana cocinera, la única criada de mi mansa viuda: una compra en otro barrio sirvió a las mil maravillas a mis urgentes deseos de ser amado. La señora Renaud profirió un grito de sorpresa al verme; tuve buen cuidado de que hacerle ver el valor del sacrificio que acababa de hacer por ella contándole que había dejado a la señora Michelin en casa de la duquesa. Añadí que había pretextado unos asuntos que podía dejar de atender, y que esos asuntos eran ir a poner «a vuestros pies mi amor y mi libertad». Casi todas las mujeres caen subyugadas por la vanidad. La señora Renaud me agradeció cientos de veces que la hubiera preferido a aquellas damas; sólo estaba desolada porque la hubiera sorprendido ataviada con descuido. Le aseguré que así

estaba más bella, y el placer asomó enseguida a sus miradas. Me percaté de que estaba escribiendo una carta que ella quería ocultarme; insistí en que me dejara ver esa carta.

—¿Se tomaría a mal —preguntó con voz llena de ternura— si supiera que la carta está dirigida a vos?

Y me la tendió para que la leyera. En ella se quejaba de que yo no la amaba: no era una confesión del todo positiva. No obstante, me aseguraba que se había fijado en mí, y que yo no necesitaba ser un duque para que me encontrara amable. Me metí la carta en el bolsillo y abracé con fuerza a la señora Renaud: ella intentó decir alguna cosa, pero mi boca le quitó la palabra. La cama estaba cerca, y la señora Renaud, que no se esperaba un asalto tan brusco, gritó al notar que caía sobre el lecho. Se defendió con poca destreza; su asombro la dejó exánime, y lo único que pudo decirme al ver mis avances cada vez más atrevidos fue: «Pero ¡señor duque!… Pero ¡señor duque!». Al señor duque sus sentidos le hablaban tan alto que no oía estas exclamaciones, y la morena sacó buen partido de los deseos que la duquesa y la rubia habían visiblemente azuzado. La señora Renaud se halló pronto en el mismo estado en que yo me encontraba cuando la abracé con fuerza y se abandonó sin ambages al placer. No sufrí ninguna recriminación por su parte: me aseguró que sentía hacia mí el más dulce apego y me dijo que se consideraba muy dichosa por haber satisfecho las aspiraciones de un hombre como yo. La señora Renaud había tenido algunos amantes de poca monta, respetuosos, a los que nada había concedido, o al menos eso me contó. Reconoció que, de todas maneras, yo era un hombre adecuado para seducir a las mujeres porque les evitaba todos los preliminares de la derrota: «La falta ya se ha cometido», dijo ruborizándose, «si falta es, antes de que una se dé cuenta de ello». Pronto me convertí en el héroe de la señora Renaud, y me creí obligado a darle nuevas muestras de mis sentimientos, que la dama recibió con gran complacencia.

Acordamos que seguiríamos viéndonos como de costumbre en casa de la señora Michelin y que buscaríamos los momentos en que me reuniera con ella en su casa para renovar nuestros votos amorosos. Cuando nos separamos, yo me sentí muy contento de ella, y ella mucho más satisfecha de mí.

Salí a la avenida sin que me vieran desde la tienda de la señora

Michelin, que ya había regresado. Di un rodeo y volví tras mis pasos para entrar en su casa. Lo hice con expresión fría, y le dije que no podía comportarse peor con un hombre que la amaba; que la mayor prueba de estima que una mujer podía dar era someterse a todos los deseos de su amante. La señora Michelin me miró con tristeza, sin contestar nada; yo seguí reconviniéndole por su conducta mientras le insistía en que lo que yo había hecho se debía a que yo había necesitado calmar las sensaciones voluptuosas que ella me había provocado. La buena mujer estaba lejos de sospechar lo que acababa de ocurrir, y creyó que mi paseo me había calmado; se excusó invocando el respeto que le debía a la dueña del apartamento en que vivía y aduciendo que tenía miedo de que la sorprendiera: no practicaba, dijo, ese abandono de sí misma que obliga a saltarse el decoro, y me dijo que era injusto que la culpara de haberse comportado bien. Mi mal humor se redobló, le dije que no me amaba, hasta tal punto que mi devota, fuera de sí, lo intentó todo para apaciguarme. Incluso me propuso, por primera vez, y poniéndose colorada, acudir a mi pequeño apartamento. Era evidente cuánto le había costado hacerme esa proposición, y yo me cuidé mucho de aceptarla. Tras mi sesión con la señora Renaud, me apetecía más descansar que aceptar una cita. La señora Michelin, desesperada ante mi rechazo, redobló su insistencia, pero fue en vano. Me mantuve en mis trece y ella creyó que mi severidad se debía a mi ira. Comprendí que pronto olvidaría que las personas que había en la tienda la verían. Me marché dejándola desolada por mi marcha, pero contento de no participar en una escena que empezaba a ser bastante embarazosa para mí.

En cuanto me encontré solo, me divertí pensando en la extravagante conducta de las mujeres. Si les mostráis demasiada complacencia se vuelven menos tiernas; si todavía les quedan algunos principios virtuosos, os fastidian con sus recriminaciones y mala conciencia. Mostradles indiferencia: la ternura renace o sus remordimientos se desvanecen; parece que su única pasión es ocuparse de su amor propio cuando está herido. Esa pasión les lleva a hacer más locuras y a dar más pasos que el amor que uno pueda inspirarles. Guiada por su amor propio, una mujer es capaz de todo; alguna incluso, después de haberse resistido al amante más seductor, se entrega al hombre que ha ofendido su orgullo, y todo

porque el primero no ha percibido sus bellezas. El deseo de saberse bella ha hecho caer a más de una, y el astuto que sabe captar la debilidad de una mujer, sea cual sea, puede estar seguro de que triunfará.

El bueno del señor Michelin vino a pasar dos días a París, y no cesó de agradecerme el honor que le había procurado a su mujer.

—Una dama —me comentaba él— del rango de la duquesa de ***, ¡rebajarse hasta nosotros!

Mientras él se perdía en muestras de respeto y agradecimiento, su mujer acechaba todas las ocasiones para comprobar si yo seguía enfadado. Yo aparentaba estar muy alegre, pero evitaba mirarla y no buscaba en absoluto excusas para hablarle; ella, que no sabía a qué atenerse sobre mi frialdad, decidió tener una conversación conmigo. Intentó por todos los medios quedarse a solas en mi compañía y alejar al marido, que la aburría sobremanera. Una mujer, por más devota que sea, no carece de astucia para librarse de un testigo que para ella es una carga, y la señora Michelin, no menos ladina que cualquier otra mujer, envió a su marido a algo importante en el Faubourg Saint-Germain; él partió, deshaciéndose en excusas, que yo acepté de buen grado.

No bien se fue, la mujer se me acercó y me tomó de las manos con lágrimas en los ojos.

—Sin vos, señor duque, yo sería todavía inocente; no habría conocido los placeres que no tienen precio cuando se goza de ellos sin que nos trastornen; sin embargo, al menos, estaría más tranquila. Vos habéis provocado en mí un cambio que no puedo expresar. ¡No sabéis que casi todos los días he llorado a solas la pérdida de mi honra! Cuando estoy con vos me despojáis de toda reflexión y experimento arrebatos de los que no soy dueña, pero cuando me retiro a mi casa, los celos, la pena y aún más el apego que siento por vos alejan esas ideas fatales y me impiden descansar. Ardo en deseos de darle muestras de mi cariño; cuando me dejáis aumenta, si ello es posible, la embriaguez que me provocáis cuando estoy delante de vos. Necesito vuestro amor para volver en mí, y vos me tratáis con miserable indiferencia. Trato de leer en vuestros ojos y éstos me rehúyen. Víctima de ese sentimiento que vos probablemente ya no abrigáis hacia mí, os propongo una cita en vuestro apartamento y vos ignoráis cuánto me ha costado esa

petición, y compruebo con dolor cómo la rechazáis de manera inhumana. ¡Ah, señor duque!, yo ya no vivo desde entonces. Vuestro desprecio me horroriza; yo puedo ser culpable a mis ojos, pero no a los vuestros: mi falta es obra de vos, y sería muy cruel castigarme por ello.

La señora Michelin pronunció este discurso con tanto ardor que me enternecí un poco. Su amor ultrajado la dotaba de una elocuencia natural que todavía no había podido desarrollar, y yo me prometí darle ocasión de hacerlo brillar. Le dije que estaba loca por tomarse todo tan a pecho como parecía; también le dije que ella había podido ver que yo seguía amándola, pues en casa de la duquesa de *** quise convencerla de ese amor, pero que sus remilgos me habían puesto de malhumor, y que era yo quien debía lamentarse y no ella. Le tomé la mano, se la estreché, y la mujer se animó: vi el perdón escrito en sus ojos, que se posaban amorosamente en mí. Había que hacer las paces.

El marido partió la tarde siguiente y yo propuse a la señora Michelin ocupar su lugar en el lecho nupcial; ella dijo que eso era imposible. Cuantas más dificultades me ponía, más insistía yo en que las superase. Me enfadé; temí que me montara otra escena, y prometió hacer lo imposible por satisfacer mis deseos. Lo que la detenía era una muchacha que trabajaba en la tienda, que dormía en una habitación junto a su dormitorio. Para llegar a éste, la señora Michelin tenía que pasar por la habitación de la muchacha. No podía enviarla a dormir a otro lado. ¿Qué podíamos hacer? Me aseguró que sin este impedimento consentiría a todo, aunque le doliera, pero que era imposible que yo ocupara el lugar de su marido a menos que encontráramos un modo de hacerlo sin peligro.

Reflexioné durante un rato, y ella se inquietó por lo que yo iba a decir. La oprimí contra mi pecho diciéndole:

—Mañana seré vuestro marido. Nada más fácil que solucionar el problema que supone esa muchacha. Hay que procurarle un sueño profundo para que no se despierte. Iré a mi farmacéutico para que me dé una pócima para dormir que no le hará ningún daño, pero que nos garantizará que no perturbe nuestros placeres. Al contrario, la muchacha nos deberá la mejor noche posible.

La pócima asustó a la señora Michelin, pero la convencí de que el opio, en pequeñas dosis, no era dañino. Así, tras algunas dudas,

prometió mezclar una dosis de somnífero con el vino que la muchacha tomaba con la cena. La señora Michelin se quedó muy aliviada por haber hecho las paces conmigo y reconoció que la triquiñuela acababa de quitarle un buen peso de encima.

En ésas, llegó la señora Renaud. No la había visto desde nuestro primer encuentro y me entretuve a comparar mis dos divinidades subalternas.

La señora Michelin, la rubia, era bella, bien proporcionada, tenía una dulzura que resplandecía en todos sus rasgos y que le proporcionaba aún más encanto, los cabellos más hermosos del mundo y, más sorprendente aún, las pestañas y las cejas muy oscuras. Su precioso cuello, o lo que se veía de él, incitaba a descubrir más. Pese a todas estas excelencias, necesitaba que el placer la animara; había que provocárselo. En cambio, la señora Renaud lo inspiraba, lo provocaba; no era necesario esforzarse para suscitarlo; todo corría a su cargo. Era impetuosa tanto al hacer el amor como al conversar; no era tan blanca de piel como su amiga, pero su tez colorida la animaba; sus ojos respiraban amor y alegría, lo que contrastaba con la mirada lánguida de la señora Michelin.

Aunque yo llevaba un rato hablando de amor con esta última, era evidente que la señora Renaud habría encontrado el modo de trabar otra conversación fuera de allí; probablemente no habría dicho nada delante de la devota, pese a que hacía tiempo que no se habían visto.

Una mujer que entró para comprar muebles obligó a la señora Michelin a ir a la tienda y calmó la impaciencia que la señora Renaud tenía de estar conmigo a solas. Mientras me entregaba una larga carta, me dijo que no había dejado de pensar en mí y que, como no había podido dormir durante parte de la noche, se había distraído escribiéndome. Tras agradecerle que se hubiera acordado de mí, le pregunté cuándo podría permitirme darle las gracias más efusivamente. Enseguida planeé dedicar una sola noche a las dos vecinas, ya que vivían en el mismo edificio, y le propuse dormir juntos a la noche siguiente. Ninguna tan complaciente como esta morena; mi voluntad fue ley para ella, y acordamos que ella me esperaría hasta las dos de la mañana, pues yo no podía llegar antes a causa de un baile que daban en casa de una de mis parientas. Calculé que para entonces ya habría hecho las paces con mi devota

y que podría tener otro encuentro después.

Mujer previsora, la señora Renaud no se olvidó de darme las llaves de la entrada del edificio, y añadió que yo era el primer hombre después de su marido que le había hecho olvidar sus deberes.

—En fin —añadió con una sonrisa—, lo que hago está mal, pero ¿qué voy a hacer si vos tenéis el arte de trocar el mal en placer? Sobre todo, sed circunspecto con mi vecina; es muy devota, pero la conozco bien, es una buena devota y respondo de su honestidad; si sospechara que tengo ciertas debilidades con vos, no querría verme más; ella es, en su juventud, lo que yo me he propuesto ser en mi vejez: el cielo está siempre dispuesto a perdonar nuestros pecados, y vos me enseñáis pecados tan encantadores que no será difícil que me los perdonen.

El regreso de la señora Michelin interrumpió ese torrente de palabras del que ahora no puedo más que recoger una parte, y poco después las dejé, contento y pensando que había aprovechado bien el tiempo.

A la mañana siguiente regresé a casa de la comercianta para entregarle la pócima que había encargado previamente, destinada a la gorda y fea muchacha de la tienda; la señora Michelin me la indicó con el dedo. No pude evitar reírme al pensar en la mala pasada que iba a jugarle. Advertí a la señora Michelin de que me sería imposible pasar la noche entera con ella y que sólo podría disfrutar de su compañía hasta las dos de la mañana. Di muestras de la pena que me daba dejarla, que ella creyó sinceras, y le recomendé que despidiera a todo el mundo a hora temprana para que pudiéramos reunirnos, como muy tarde, a las once de la noche. Así me prometió que haría, y sobre todo que tomaría medidas para asegurarse de que la muchacha se bebiera la pócima que le permitiría disfrutar del placer sin cuitas. Me entregó una llave idéntica a la que me había dado la víspera la señora Renaud, pero lo hizo con mano temblorosa. Carecía de la seguridad de su vecina, y yo partí provisto de dos llaves del edificio.

Me dirigí entonces a casa de la duquesa de ***, a quien encontré ocupada componiendo unos versos para ponerlos en la base de un retrato mío en miniatura que ella había ordenado pintar; en el papel que ella escondió vi que había comenzado varias veces esos versos.

Quise verlos, y por la renuencia de la duquesa deduje que ocultaban algún misterio. La acusé de mostrarse tan reservada conmigo porque ella tenía una relación con otro hombre. Aunque asombrado de ese descubrimiento, me mostré enfadado porque estaba convencido de que los planes de ruptura de la duquesa, que yo atribuía a su virtud, en realidad se debían a que tenía una intriga con otro hombre al que probablemente encontraba más amable que yo.

—Sois vos, Fronsac —dijo con lágrimas en los ojos— quien tiene de mí una opinión tan desfavorable. He cedido a vuestro amor y, según vos, ¡otro amante debería tener derecho a echarme en cara semejante debilidad! No me sentía lo bastante desdichada: sólo me faltaba vuestro desprecio. Sin duda vos no tendríais derecho a tratar tan mal a una mujer a la que quizá deberíais apreciar si el azar no os hubiera ayudado a poseerla. Yo me habría resistido a vos, al menos eso creo, pero vuestra osadía echó por tierra todos mis proyectos. Recordad cuando, la primera noche, comencé a sonrojarme; mis quejas eran sinceras; os adoraba, el primer paso estaba dado, y el amor, más poderoso que mis principios, hizo que todo lo demás desapareciera. ¿Qué mujer puede resistirse al amante que la idolatra cuando éste ha encontrado el medio de sorprenderla mientras duerme?

*

La duquesa de *** hablaba con tal persuasión, y acompañó su discurso con lágrimas que parecían tan sinceras, que despertó mi sensibilidad. Ella era la más amable y la más espiritual de las mujeres cuyos favores yo había obtenido; al recordar su actitud hacia mí, sus buenos consejos y, por encima de todo, esa prolongada privación de los goces, a los que ella rehuía con infinita maestría, se me antojó en ese instante más seductora que nunca. Me arrojé a sus pies. Le tomé las manos para besárselas con una emoción tan auténtica como viva; le pedí mil veces perdón por la pena que le infligía, y le aseguré que sería la última. Le dije que no creía que tuviera un nuevo amante, pero que no había podido evitar un aguijonazo de celos cuando ocultó con tanto celo el papel en que

estaba escribiendo, y que si yo estaba celoso, sin duda se debía a que estaba prendado de ella; que no debía considerar mi amor por ella un crimen, porque era ella quien no permitía que ese amor estallara; y, en fin, le aseguré que era la única mujer en el mundo que, pese a mis infidelidades, suscitaba en mí el deseo de volver a verla; que acudía a visitarla no por obligación ni por guardar las formas, sino por verdadero apego.

Es fácil persuadir a una dama que nos ama. La serenidad no tardó en asomar de nuevo en el rostro de la duquesa. Un beso selló un perdón que ella anhelaba conceder. Instantes después expresé mis deseos de leer lo que contenía ese papel, y la duquesa, tras quejarse de mi curiosidad, que encontraba fuera de lugar, me tendió mi retrato y un borrador de versos a los que llamó «sus desatinos». Me dijo que pronto podría juzgar en qué ocupaba su debilidad. Leí los primeros versos, dedicados a mí y de los que os envío copia. Debían colocarse en la base del retrato; hay dos versiones, y veréis en ellas que ya de joven merecí el epíteto de infiel.

> Este hombre parece nacido para atormentar corazones;
> arde a cada instante en llamas nuevas;
> junto a él sólo se vive la luz de la felicidad,
> pero se lo ama siempre, pese a su infidelidad.

Y la otra versión:

> Todas lo aman, pero a todas es infiel:
> Fronsac sólo quiere del amor el primer deseo;
> cuando lo encadenan, escapa a otro placer,
> y pronto se le encuentra cerca de otra bella.

*

La duquesa no pudo evitar sonreír al mostrar cómo intentaba justificar mis infidelidades, y me dijo que probablemente estaba obligada a agradecerme las malas pasadas que le había jugado, pues de ese modo yo había podido apreciar cabalmente su valía. Las bromas sucedieron al tono serio con que habíamos empezado la

conversación, y le devolví mi retrato mientras le rogaba que lo conservara como el de su mejor amigo. Me prometió que nunca se desharía de él, y mantuvo su palabra: me fue devuelto a su muerte, que ocurrió años después de mi regreso de mi embajada en Viena. Este encargo que le dio a su camarera fueron sus últimas palabras, y encontraron el retrato junto al corazón de mi tierna amiga.

Me pidió noticias de la señora Michelin, a quien dedicó muchos elogios. Me contó que, por la conversación que había tenido con ella tras mi marcha, se desprendía que esa mujer era en verdad virtuosa, y que, al igual que la duquesa, sentía inclinación indudable hacia mí, que realmente yo tenía un atractivo que conseguía que las mujeres me amaran. Me instó a que la tratara con dignidad aunque perteneciera a una clase inferior a la mía y dijo en favor de la señora Michelin todo lo que podría haberme dicho de sí misma. Confieso que esta actitud, extraña en una mujer enamorada, me mostraba un grado nuevo en su estima y provocó que renaciera en mí fuegos que ella no solía tardar en encender. Yo ya no pensaba ni en la rubia ni en la morena; olvidé mis compromisos de la noche y le propuse a la duquesa de *** renunciar a ellos. Le enseñé la llave que me aseguraba compartir el lecho de mi devota. No le hablé de mi otra cita, pues me avergonzaba un poco desvelarle todos mis proyectos; le conté por encima mis combates con la señora Michelin antes de que me concediera esa noche, y agregué que estaba dispuesto a sacrificar todos esos combates si ella se avenía a reconciliarse conmigo. Repetí que sólo podía amarla a ella; que la posesión de una devota me había parecido estimulante, pero que no era el amor lo que me empujaba a esa fiesta; en fin, desplegué todas las artes de seducción posibles para conseguir que la duquesa me concediera la misma noche en que se me esperaba en otros lugares, y que sacrificaba de buen grado, hasta tal punto el instante presente me cautivaba.

La duquesa de *** también ardía de amores; disfruté por un instante del ascendiente que sobre ella tenía; pareció oscilar entre el deseo y el temor, y su incertidumbre la llevó a guardar un prolongado silencio. Pero hizo un nuevo esfuerzo y, armándose de todo el coraje que necesitaba, me dijo:

—Olvidáis que ni debo ni quiero ser otra cosa que vuestra amiga. Habéis hecho una promesa a la señora Michelin; ella parecía

apreciar grandemente vuestra reconciliación, sería inhumano engañarla mientras os espera. Esa mujer, os lo repito, merece vuestra consideración. Cuando queráis cortar vuestra relación con ella, mostrad un aire de indiferencia que la advierta de una inminente ruptura; no rompáis con ella con demasiada precipitación. Es demasiado frágil para soportar ese golpe. Preveo que no tendrá más talento que otra para conseguiros por mucho tiempo, pero debéis prepararla progresivamente para la desdicha que la espera. Al conversar con ella me fijé en que os tiene un apego sincero. Siempre tenía vuestro nombre en la punta de la lengua, sin llegar a pronunciarlo. Cuando le hablé de vos, se la veía ávida de oír todo lo bueno que yo decía. Es un joven corazón al que habéis tomado por la fuerza y que no quiere abandonaros. Amigo mío, siento que para vos es un tormento que os amen tanto, pero ¿de quién es la culpa? Si la abandonáis sin miramientos, la señora Michelin será capaz de cualquier cosa; no tiene la fuerza para resistir a la desdicha; ésta quizá la obligue a hacer mil locuras, incluso la perderá: creedme, vivid con ella lo mejor que os sea posible y cuidad su aguda sensibilidad.

Este largo razonamiento me cansó. Cuanto más defendía la duquesa a la señora Michelin, y cuantas más ganas tenía yo de faltar a la palabra que le había dado con respecto a esa noche, más se antojaba preferible la duquesa a aquellas que me esperaban, y me arrepentí de haberme comprometido con algo que ya carecía de la gracia que me había seducido.

*

Tal era mi posición con respecto a la duquesa de ***. No dudaba de que me quería hasta la locura; era evidente que todavía me amaba y me extrañó sumamente que rechazara la deferencia que yo le testimoniaba al proponerle que reanudáramos nuestra relación. Intenté, una vez más, seducirla. Me parecía inconcebible que hallara algún placer en alabarme a su rival, a la mujer que yo pensaba desatender por ella, y pensé que todos esos buenos sentimientos eran más calculados que reales. Me conduje en consecuencia: la ataqué enérgicamente; en ese instante estaba verdaderamente

prendado de ella; la menor ausencia me provocaba los deseos que sólo ella tenía el talento de suscitar; su resistencia los azuzaba. Volví a proponerle sacrificarle mi noche, pero como la duquesa seguía en sus trece me disponía a emplear la violencia cuando entró uno de sus criados. No me había dado cuenta de que, durante esta lid amorosa, la duquesa había llamado al servicio, lo que causó la llegada de su lacayo. Yo debía permanecer tranquilo, pero me quedé petrificado cuando ella le dijo, sin perder la flema:

—El señor de Fronsac quiere un vaso de agua. Llamad a la señorita Vincent, y que me preparen los caballos.

Me quedé tan anonadado por el modo en que se terminaba esta aventura que no pude abrir la boca ni mirar a la duquesa. Estaba furioso.

*

Le había dicho a la señora Michelin que iría a su casa por la noche, pero para borrar todo rastro del despecho que me había ocasionado la escena que he narrado decidí ir allí, convencido de que, al verla, alejaría de mí toda idea desagradable. Sabía cuánto poder ejercía sobre mis sentidos la presencia del objeto de mis deseos y no dudé del éxito de esta entrevista.

Me la encontré con la señora Renaud. Las dos se habían arreglado y debían de cenar juntas para celebrar el final de un buen día. Poco imaginaban que las dos tenían el mismo motivo para regocijarse. La buena devota desprendía una alegría dulce y la señora Renaud anunciaba sus deseos por la vivacidad de sus miradas.

Tras la sorpresa que ocasionó mi llegada, se apresuraron a recibirme con agasajo. Las dos se esforzaban por mostrarme su amistad, pero por el miedo a traicionarse contenían sus muestras expresivas, aunque a cada instante parecían a punto de escapárseles. Enigmáticamente, me dijeron que habían recibido una buena noticia y que para celebrarla se habían reunido. La situación me pareció tan agradable que enseguida olvidé a la duquesa de ***.

*

Contemplé a esas dos mujeres y su visión alejaba cualquier otra idea. En ocasiones, el mérito consiste en la singularidad de una relación. Me animaron a unirme a la cena frugal que habían preparado como buenas amigas. Unos compromisos me impedían aceptar su invitación, pero les prometí que me quedaría todo el tiempo que pudiera, pues yo cenaba más tarde. Les pedí que se sentaran a la mesa y también yo tomé asiento hasta el momento en que pensaba marcharme. Me encontré en medio de ellas dos. Les serví y me di cuenta de que el amor propio y el amor quedaban satisfechos. El menor de nuestros gestos seduce a las mujeres de esta clase, y me abrumaron con sus agradecimientos y muestras de respeto. Con mi rodilla rozaba suavemente la rodilla de la señora Michelin, que apenas respondía a mis movimientos. No era el caso de la atolondrada señora Renaud: nada más sentarse a la mesa había colocado su pie sobre el mío, al que parecía estar clavado; pese a que hice pequeños intentos de apartar el mío, ella no lo soltaba. Sin embargo, a veces lo apoyaba con tal fuerza, probablemente para expresarme mejor su amor, que decidí desembarazarme, de manera honesta, de este peso que me ponía en un aprieto. Tiré un cubierto al suelo y, pese a que enseguida me rodearon varias personas con solicitud, me agaché yo mismo para recogerlo. Al hacerlo, alguien podría haber visto el pie de la morena encima del mío, y ella se vio obligada a despegarlo de allí. Entonces coloqué mi pierna de modo que cualquier intento posterior fuera inútil. Empleó entonces su rodilla y el movimiento que ésta comunicaba a la mía era tan fuerte que todo mi cuerpo se agitaba: había que reaccionar para evitar un nuevo problema. Pero uno ama siempre más las cosas difíciles que aquellas que se presentan regularmente ante nosotros, me halagaba más el roce más sutil de la devota que todos aquellos, profusos, con los que me gratificaba la morena. El tiempo transcurrió deprisa, y ya era tarde cuando abandoné a las dos bellas, cuyas miradas anunciaban mi inminente felicidad.

*

Cayó la noche. Me dirigí a casa de mi devota, que me esperaba vestida con un salto de noche encantador; la muchacha de la tienda dormía profundamente gracias a mi pócima y no vi nada que estorbara mi fogosidad. La señora Michelin estaba agitada y, como de costumbre, experimentaba una turbación que no lograba dominar. La ayudé a meterse en la cama y jamás un ayuda de cámara cumplió tan bien sus cometidos. Cuando yo ocupé el lugar del buen Michelin caí en la cuenta de que yo sólo estaba sustituyendo a un comerciante en muebles, y esta idea, junto a la oscuridad que me impedía ver a la señora Michelin, que por modestia había apagado rápidamente la luz, rebajó mi ardor. Me atormentaba buscando la manera de reanimarlo, y como la madre naturaleza nunca se ha portado como una madrastra conmigo en estos momentos espinosos, pronto ésta volvió a traerme una nueva autora de felicidad; mi devota sufría al notar mi frialdad y se entregó sin reservas a la reconciliación por la que tanto suspiraba.

Pronto recordé que debía hacerle también compañía a la señora Renaud, y ese recuerdo apaciguó el ardor que acababa de experimentar. La devota, sorprendida, que creía que, después de nuestras primeras conversaciones, debíamos explicarnos más largamente, guardó silencio; sus pequeños suspiros sofocados decían lo que ella no osaba expresar; con unos besos le demostré que la quería, aunque seguí determinado a no ir más allá de unas pruebas de amor tiernas. No obstante, el tiempo avanzaba y la señora Michelin veía con tristeza cómo se acercaba la hora de nuestra separación; me rogó que le concediera unos instantes más; sin embargo, yo había hecho mis cálculos y tenía que ser puntual; a las dos de la mañana aduje mi necesidad de retirarme a mi casa. Me solté sin piedad de los amorosos brazos de esta mujer y, guiado por una vela recién encendida, salí a la escalera e hice amago de bajarla. Esperé a que la señora Michelin atrancara su puerta y con pasos sigilosos me dirigí a la de la vecina, situada en el piso de arriba. No estaba cerrada; la señora Renaud era una mujer precavida y me esperaba en su antecámara; alabó mi puntualidad, y si yo había sido en el primer piso un ayuda de cámara, me encontré en el segundo con una camarera. La mujer cumplió estas funciones con gran destreza, y dos minutos después de haber abandonado un lecho, me encontré en otro. La mujer quería adelantarse al

homenaje que iba yo a rendirle, y me colmó de caricias a las que no me pude resistir. Dominaba el arte de reanimar los deseos apagados y comprendí que había sido muy prudente al no haberme comportado con mayor fogosidad con la señora Michelin. Por fin, al amanecer, la mujer cayó en un sueño reparador; también de mí se apoderó el sueño, que me hizo olvidar incluso el recuerdo de esta maravillosa noche.

Me despertó el ruido que la sirvienta de esta mujer hizo al entrar con su propia llave en el apartamento y que, como todos los días, acudía a encender el fuego. Transmití en voz baja mi inquietud a la señora Renaud a propósito de cómo saldría yo de la casa, pero era una mujer valiente a la que nada alarmaba; me dijo que la sirvienta tenía que ir al mercado y que entonces yo tendría tiempo para marcharme. Su seguridad me tranquilizó y esperé pacientemente junto a la señora Renaud el momento oportuno. Éste llegó, la sirvienta partió y su señora me hizo observar lo fácil que era nuestra relación. Comprendí que ella esperaba que yo le prometiera que volvería a su retiro, pues así llamaba ella a su apartamento: le aseguré que en él me encontraba tan a gusto que sin duda regresaría.

Ya me había levantado, aunque todavía no me había vestido, cuando la puerta se abrió y tras ella apareció la señora Michelin con el mismo salto de noche que llevaba la víspera. La señora Michelin se había encontrado en la escalera con la maldita sirvienta de la señora Renaud y le había preguntado si podía subir a ver a la señora, y la sirvienta le había abierto la puerta, pues era amiga íntima de su ama. La llegada de la señora Michelin fue toda una escena teatral, y bien impresionante. Clavé los ojos en ella, boquiabierto, sin dar crédito a esa aparición. La Michelin, más sorprendida aún que yo, pálida y temblorosa, se había dejado caer en el asiento que encontró más cerca; la Renaud, pese a su intrepidez, abatida por ese golpe inesperado, se echó un paño sobre el rostro para ocultar su vergüenza. Los tres permanecimos inmóviles unos minutos, pero rompió el silencio las exclamaciones de la señora Michelin, que gritaba con desesperación: «Señor duque…, ¡ah!…, ¡señor duque…!». Me armé de coraje y fui hacia ella, pero ella me apartó de sí y me aconsejó que fuera a vestirme. Sus exclamaciones se reanudaron, esta vez destinadas a la señora

Renaud. La vecina, cada vez menos avergonzada, soltó algunas palabras y por fin logró articular un discurso inteligible. Confesó que era culpable y que el amor que sentía por mí era su única excusa; una mujer honesta no puede responder siempre de sus actos; en cierto momento se pierde la virtud, añadió, y el señor duque había alumbrado ese momento.

*

Consideré que me había llegado el turno de tomar la palabra y aseguré a la señora Renaud que la religión de la vecina era demasiado pura para no poder perdonar a los demás estos pequeños extravíos de la sensibilidad.

—Estoy convencido —continué— de que la señora Michelin tiene un gran poso de indulgencia hacia el pecado que, por azar, ha descubierto en nosotros, y que nosotros hemos cometido por los desenfrenos de nuestros sentidos; ella sigue mejor que nadie ese precepto del Evangelio que ordena amar al prójimo como a uno mismo, y estoy seguro de que lo observa escrupulosamente. Sabe concederlo a quien se lo pide, y lo otorga a los desgraciados que recurren a ella. ¿No es cierto —le pregunté mientras la tomaba de la mano— que mi bella devota está llena de amor divino y que ese amor quiere descender en ocasiones a las cosas terrenales?

Mi discurso aumentó su apuro; me apretó la mano para impedirme que continuara. Pero como yo pretendía aprovechar la ocasión para desvelar nuestra intriga recíproca y poder actuar con libertad con ambas mujeres, la abracé con el más vivo ardor mientras le pedía perdón por la pequeña traición que había cometido con ella. Le dije que no había podido ver la amistad que reinaba entre su vecina y ella sin desear obtener mi parte: que la amistad entre dos sexos diferentes no era tal si quedaban reservas entre el uno y el otro, y que por esa razón yo había intentado por todos los medios mantener una relación más íntima con la señora Renaud.

Esta última, que hasta ese momento se había mostrado suplicante hacia su vecina, se sorprendió tanto del tono altivo con que hablaba a su vecina como del inequívoco discurso que yo

acababa de pronunciar. Las dos se miraron en silencio, después bajaron los ojos, y yo no pude sofocar una carcajada, mientras añadía que me sorprendía que tamaña tontería las consternara tanto: que no era tan extraño que un hombre compartiera la amistad de dos mujeres, y que ello dotaba a la amistad de mayor vivacidad; que esperaba que en adelante no escondiéramos nada entre nosotros, y que este trío íntimo aportaría todos los días nuevos encantos. La Renaud exclamó a su vez:

—¿Cómo, amiga mía?… ¿Eras mi…? —La palabra «rival» expiró entre sus labios. Un instante después la pronunció.

—Aquí no hay rivales que valgan —exclamé yo—. Sois dos tiernas amigas que tienen los mismos gustos, las mismas inclinaciones, y que se querrán aún más si encuentran una manera de pensar que se acomode a ambas.

Tomé a la señora Michelin, que me habría apuñalado con la mirada si eso hubiera sido posible, y pese a su oposición la arrastré hasta la cama de la señora Renaud. Allí junté las manos de ambas con las mías y pronuncié un juramento por el que eternizaba ese pacto federativo. Las obligué a abrazarse y deposité en la boca de cada una un beso que ninguna me devolvió.

La señora Renaud se alejó rápidamente y reconoció que estaba desolada por haberse enterado de que compartía mi amor con otra, pero que prefería que esa otra fuera la señora Michelin. Todavía no se había recuperado de todo lo ocurrido, y no comprendía cómo la devoción de su amiga se había humanizado de ese modo. La consolaba que su compañera en sus flaquezas fuera una mujer que, como sabía bien, era muy religiosa; aseguró a la señora Michelin que no dejaría nunca de apreciarla y le rogó que siguiera siendo su amiga.

La aludida estaba furiosa porque la habían puesto a la misma altura que a la otra y por haber perdido el poder que su descubrimiento le había dado; era devota, y por lo tanto más fiel; su amor propio se resentía, y todo, su amiga y su amante, le parecía odioso. Sin embargo tuvo que avenirse a las circunstancias; nada podía decir, la debilidad de su vecina era igual que la suya, se había encontrado en su misma situación, y debía perdonar a su vecina una falta que también debía perdonarse a sí misma.

*

La señora Michelin quiso bajar a su casa, y yo me opuse diciéndole que la víspera las dos habían cenado juntas para celebrar la noche en que debían compartirme sin saberlo, y que por la mañana harían aún mejor si desayunaban conmigo para coronar tan deliciosa fiesta. Las dos volvieron a mirarse y protestaron a gritos diciendo que era un monstruo. «Pero encantador», añadió la señora Renaud, y yo me dirigí a la devota para que comprendiera que ése había sido en algún momento su deseo.

Se decidió, pues, que desayunaríamos los tres juntos.

*

Durante el desayuno yo me mostré muy animado. La devota no probaba bocado, la señora Renaud apenas comía, y yo devoraba. De vez en cuando las tomaba de las manos y las llamaba «mis queridas mujeres». El tiempo que había pasado en la Bastilla me había permitido estudiar y yo desplegué mi erudición, pero vi que con mi talento no lograba convencerlas, y si ellas eran indulgentes con respecto al pasado, no se tomaban el esfuerzo de serlo con la situación presente. En el fondo, me decía que su pequeño resentimiento era bastante justo. Pero a mí se me había metido entre ceja y ceja que se acostumbraran a compartirme y quería que lo hicieran en buenos términos. Sabía que los primeros momentos serían harto tempestuosos, pero con paciencia y buen ánimo estaba seguro de que se calmarían las aguas.

*

Me despedí de ellas. La señora Renaud me devolvió el beso que yo le di, pero su amiga se mostró inflexible durante unos minutos. Insté a la señora Renaud a que la animara a hacer las paces y la buena mujer, para complacerme, rogó a la señora Michelin que me besara. Me agradó su buena disposición a tratar de reconciliarnos.

Por fin consiguió convencerla, y yo percibí el movimiento de sus labios, que la devota me aseguró que era un beso, y di por bueno lo que me había asegurado. Las dejé, prometiéndoles que pronto volvería a visitarlas, y les dije que no quería más malos humores y que yo borraría de mi memoria los que al principio habían surgido, pero que todo debía olvidarse cuando yo regresara, cosa que haría pronto.

La duquesa de ***, en quien yo no había pensado durante esta doble escena, volvió a mi mente esa misma noche. Seguía sintiendo deseos de vengarme de ella por lo que me había hecho, y decidí contarle lo que me había hecho tan feliz; y se lo relataría exagerándolo todo para castigarla por su conducta. Creía que ella se enfadaría al enterarse de que, pese al amor que le testimoniaba, ella influía tan poco en mis deseos, y que me las arreglaba sin problemas sin sus bondades.

*

Ordené a un hombre de confianza que entregara los billetes a cada una de las dos, sin que la una sospechara lo que le había escrito a la otra. Antes de las cinco ya estaba en mi pequeño apartamento, y la devota fue la primera en llegar. Sólo me dirigió reproches; yo la dejé derramar ese torrente de palabras, convencido de que la otra visita que yo esperaba la detendría por unos instantes. Efectivamente, se sorprendió sobremanera cuando oyó que llamaban a la puerta, y aún más cuando vio a la señora Renaud, quien también se asombró al ver a la señora Michelin.

—Ya veis —les dije—, mi diligencia a la hora de reunir a dos buenas amigas. No les oculto nada; les prometí que compartiría por igual la porción de ternura que las dos me inspiran, y comprobaréis que he cumplido mi palabra. Sólo estoy disgustado al ver que desean romper un trato tan cautivador y quieren que les amen excluyendo a la otra. Señora Michelin, ¿queréis darme vuestro amor y que rompa con la señora Renaud? Y vos, señora Renaud, ¿obtendré vuestra ternura a cambio de la ruptura con su amiga? Ah, qué crueles sois. Sin duda no sabéis lo difícil que es elegir cuando hay tantas opciones. ¡Contemplaos! —añadí, colocándolas ante un

espejo—. ¿Acaso es posible que me pronuncie a favor de una de las dos? Por un lado, una rubia adorable cuyos rasgos son de una perfección que hechiza; la dulzura, esa cualidad tan escasa y deseable en una mujer, está pintada sobre un rostro en el que se descubren mil detalles encantadores; si sólo la viéramos a ella, cualquiera la adoraría sin compartirla. Pero vuelvo los ojos y descubro a una morena cuya vivacidad me arrebata; su tez, menos blanca que la de la otra, no es menos estimulante; sus ojos anuncian el placer, los alumbran cuando miran fijamente. No hablo de bellezas secretas aún más maravillosas de las que las dos están provistas. ¿Y queréis que me decida entre una de las dos? No, señoras, no. Eso me es imposible. No me compararé al asno de Buridán, que, situado entre dos montones iguales de heno, murió por no haber sabido decidirse por uno de los dos. Sin duda tenía que haberse comido los dos montones para salir del apuro. Lo que él no hizo, yo seré lo bastante sabio para hacerlo. Al miraros a las dos la incertidumbre podría tenerme en vilo tanto tiempo que al final no podría decidir, y quedaría privado de las dos bellas que tan caras me son. Si no me puedo decidir, les rendiré un homenaje parejo; las amaré sin decidir quién lo merece más; cuando termine de admirar a una, contemplaré a la otra, y al no pronunciarme nunca sobre las perfecciones iguales, seré feliz adorándolas alternativamente.

La señora Michelin, a la que mi discurso no podía convencer y enfadada por los elogios que acababa de dirigir a su rival, se dirigió a un rincón del salón. La señora Renaud se alejó a pasos enérgicos de mí y se sentó en un pequeño sofá en el extremo opuesto a aquel en que estaba la devota, y yo me quedé solo de pie, en medio de mis dos diosas, que parecían reflexionar profundamente en lo que acababan de oír.

Les dije que estaban locas si pretendían reproducir la escena que había tenido lugar en casa de la señora Renaud y que había que aprovechar la situación actual; que el tiempo que se empleaba en jeremiadas se perdía para el placer, y que mi gran amor bastaba para quererlas a las dos. Me decidí a abrazarlas una tras otra, y les aseguré que sabía bien hasta qué punto me querían por las ganas que tenían de reunirse conmigo. Tomé a la devota, que se dejó arrastrar hasta hallarse cerca de su amiga, y allí eché rodilla en

tierra para suplicarles que nos reconciliáramos. Les describí vívidamente el placer que nos depararía si pasáramos algunas horas en mi pequeño reducto, y logré convencer a la señora Renaud. Abrazó a la señora Michelin, diciéndole:

—Amiga mía, amáis demasiado al duque para cedérmelo; yo lo adoro y no puedo entregároslo: por lo tanto, hay que acceder a compartirlo, tal como propone. Vivamos en buen entendimiento con él mientras no muestre ninguna preferencia.

—Vamos —exclamé mientras asía las manos de la señora Michelin—, haced como vuestra amiga, y la paz y la felicidad volverán a reinar entre nosotros.

La devota tenía más astucia que la otra; pronunció grandes frases para ponderar el sacrificio que hacía y cuánto le costaría.

—¡Ah! —dijo—, ¡este primer paso nos arrastra hacia el abismo! No me atrevo a pensar en la situación en que me encuentro. ¿Quién me habría dicho que yo sería tan débil, y que lo sería hasta el punto al que vos me habéis reducido?… ¡Ah, señor duque!

Un beso interrumpió la exclamación; las besé una tras otra para ser besado a mi vez una segunda vez, cosa que ellas hicieron de buen grado.

*

Cuando vi a mis dos bellas en el estado de abandono en que yo deseaba que estuvieran, les mostré mis deseos más ávidos; sus ojos se animaros, me regalaron algunas caricias, y vi que apenas tardarían unos segundos en resistirse a la nueva escena que yo deseaba que protagonizaran. Les propuse que pasaran, una tras otra, a una estancia preciosa, situada al lado del salón, para que la admiraran. Las dos guardaron silencio.

—¿Dudáis? —les dije—. Quiero ver cuál de las dos me tiene más apego. Que la que me ame más sea la primera que quiera convencerme de su ternura. Es la prueba de amor más grande que puede darme, y la que más me gustará, y yo lo recordaré mientras viva.

Mientras hablaba caminaba hacia la estancia vecina: ninguna me siguió.

*

—De acuerdo, pues. Que la suerte decida. He aquí un libro; quien consiga la letra más cercana a la A estará obligada a seguirme, y la otra esperará pacientemente su regreso para contemplar a su vez la estancia.

Presenté entonces un libro y una horquilla; sus manos permanecieron tan inmóviles como sus lenguas mudas. Recurrí a nuevas caricias; rogué, y pronto la señora Renaud, dirigiéndose con vehemencia a la señora Michelin, dijo:

—Vecina, el vino está servido, hay que beberlo; enseguida la vergüenza quedará atrás. Imítame, tentaré la suerte.

Tras decir esto, pinchó con la horquilla en el libro y le tocó una F. La felicité por haber sacado una letra tan significativa. Presenté entonces el árbitro del destino a la devota; casi tuve que conducirle su mano; después de muchos tembleques la horquilla se posó sobre un folio, que nos mostró una E: así pues, ella debía pasar la primera.

Las dos se sonrojaron a la vez, la una por pudor, la otra por despecho. Abracé a mi querida señora Renaud para consolarla por el retraso y pasé mi brazo bajo el de la devota, que todavía se defendía, pero sin mucha convicción; sus rodillas apenas la sostenían y tardé bastante en conseguir que superara el trayecto entre el salón y la estancia contigua, donde la dejé echada sobre un sofá. No quise perder el tiempo, pues sabía que después tendría más cosas que hacer, y me lancé a culminar nuestra reconciliación. Eso reanimó a la señora Michelin, que dijo:

—¿Cómo? Señor duque, ¿esto no es entonces una broma? Creí que se trataba de un juego…

—¿Un juego —repliqué—, cuando os amo tanto?

Y sin decir más me desenvolví con tal destreza que no tardó en darse cuenta de que el juego tenía parte de realidad. Conocía a mi devota y sabía que, después de los combates, se entregaba por entero a los momentos presentes. Éste le pareció tan agradable como los que habíamos pasado anteriormente juntos: se olvidó de que me compartía con otra y también de su amiga, que esperaba el final de nuestra conversación. No obstante mi felicidad, y que me había comprometido a tratarla bien, consideré que había llegado la

hora de deleitar a la señora Renaud permitiéndole ver las mismas bellezas que encerraba la estancia. La devota se sentía ahora tan bien que lamentó tener que salir, y sus ojos me anunciaron que, cuando uno tenía tantas cosas de que culparse, un pecado de más no debe asustarle. Los había creído, si la señora Renaud no hubiera estado en el salón, al que nosotros regresamos, no sin que antes la devota me dijera, despechada: «¡Me parece justo!».

Vi a la señora Renaud leyendo el mismo libro que había dado la primacía a su rival. Situé a ésta a su lado y la tomé a ella de la mano. Yo no tendría que hacerme de rogar.

—Cuando una tiene un ejemplo tan bueno que seguir —dijo señalando a la señora Michelin—, no hay que dudar —dijo, corriendo hacia la estancia, donde añadió, riéndose—: En verdad, mi querido duque, sólo vengo para burlarme de vos. Porque, ¿qué podéis decirme ahora? Habéis necesitado largos discursos para convencer a una devota, y creo que lo mejor que harías conmigo es guardar silencio.

Esta broma me picó en mi amor propio, y le dije que yo siempre tenía pensamientos de reserva para mis amigas, y que nunca me quedaba sin replicar. Esta precipitada justificación sorprendió y agradó a la señora Renaud, que sólo contestó con la exaltación que evidenciaba su contento, y no abandonó la sesión sin haber repetido numerosas veces:

—¡Qué hombre! ¡Qué hombre! ¡Es asombroso! ¡Qué feliz sería con él si fuera fiel!

Regresó muy contenta al salón y bromeó con la señora Michelin, que a su vez se había puesto a leer el libro.

—Crees, estoy segura, que has agotado la conversación con el duque, pero tienes que saber que las personas brillantes como él no lo han dicho nunca todo, y que el final del discurso bien merece volver a empezarlo.

El diálogo fluyó sin cortapisas, y todos disfrutamos. La alegría teñía el rostro de la señora Michelin, y me complació ver que la amistad entre las dos mujeres se hubiera reanudado. Nos separamos, no sin antes prometernos que lo repetiríamos, y sobre todo con la misma alegría con que ésta había terminado.

*

Tras sus lamentos, y convencido de que los celos habían provocado en la señora Michelin el regreso a la devoción, le aseguré a ésta que rompería con la señora Renaud, que me aburría, y que todos mis momentos libres serían para ella. Su aspecto devoto y lánguido reanimó mis deseos y ya no encontré obstáculo alguno para satisfacerlos. Sin embargo, mi devota ya no era la misma; sus sentidos ya no hablaban; mis caricias la fatigaban, y las lágrimas eran la respuesta a mis placeres. No duraron mucho; este encuentro no me divertía en absoluto y le di permiso para que se retirara. La señora Michelin me tomó la mano, la besó, me deseo la mayor felicidad y me dijo entre suspiros que le quedaba poco tiempo de vida.

Me marché muy triste y corrí a casa de la duquesa de ***, donde me encontré con la princesa de ***. Un talle elegante, una ristra de perlas en la boca, una voz celestial me hicieron salir de la pesadilla en que me hallaba. Mi melancolía se desvaneció y un nuevo placer actuó como un bálsamo que se expandió por todos mis sentidos.

*

Los remordimientos de la señora Michelin, su devoción exacerbada, su tristeza, todo me decidió a no pensar más en ella; tomé la determinación de no volver a ir a enterrarme junto a esas dos mujeres a las que ya no amaba. Y como Mercurio cuando tomó la forma de Sofía, y fue al Olimpo a limpiarse con ambrosía, me prometí desengrasarme de estas dos relaciones plebeyas con la compañía de la princesa de ***.

*

Pasé algún tiempo en la casa de campo de la duquesa de ***, cuya amistad y consuelo borró recuerdos demasiado crueles; el placer aleja las penas, y pronto la vida disipada que yo llevaba en

París me ofreció mi primera época tranquila.

La señora de Villeroy, a la que veía con frecuencia en casa del mariscal, su suegro, joven y bonita, suscitó en mí nuevos deseos, y tuve la suerte de complacerla; cuando te aman, encuentras fácilmente las ocasiones de hallar pruebas de ello. Iniciamos una intriga, harto agradable debido a las aventuras que siguieron.

Por esa época también me reconcilié con la señora de Charolois, y llevé al mismo tiempo seis lances amorosos que me mantuvieron bastante ocupado. Eso era, más o menos, lo mejor que ofrecía en la corte.

El siguiente cuaderno que os enviaré contendrá detalles deliciosos y menos trágicos que éste. A mí mismo me sorprende todo lo que hice en esos años. También os hablaré a grandes rasgos de mi gobierno, y veréis que hicimos cosas hermosas acompañadas de grandes estupideces. Para no escribiros siempre sobre aventuras galantes, añadiré mis reflexiones sobre lo que he visto, e intentaré daros a conocer a los personajes como si vos hubierais sido testigos de sus actos. Sed menos impaciente que la última vez, pues no podré satisfacer vuestra curiosidad antes de un mes.

[1] Choderlos de Laclos, *Las amistades peligrosas*, traducción anónima del siglo XIX revisada por Gabriel Ferrater, colección La Sonrisa Vertical, Tusquets Editores, Barcelona, 1989. < <

[2] Título nobiliario. < <

[3] Giacomo Casanova, *Historia de mi vida* (Libro tercero, capítulo IX), traducción de Mauro Armiño, Atalanta, Girona, 2009. <<

[4] Se refiere a una primera versión que, con el título de *Mémoires du Maréchal de Richelieu*, se publicó en 1790, dos años después de la muerte del mariscal y uno después de la Revolución francesa, y se atribuyó al abate Giraud de Soulavie. (*N. del E.*). <<

[5] Dos hijas —una, abadesa de Nuestra Señora del Tesoro, la otra casada con el señor du Châtelet, gobernador de Vincennes— y un hijo, el mariscal de Richelieu. (*N. del A.*). <<

[6] Se dice que aquella camarera era muy hermosa, y posteriormente el mariscal fue en numerosas ocasiones blanco de bromas sobre aquel episodio, que parecía augurar el poder que la belleza ejerció sobre él, y no lo desmintió. No es de extrañar que le rindiera pleitesía durante toda su vida. (*N. del A.*). <<

[7] Véase este episodio contado por el propio Richelieu en las páginas 146-188 de este volumen. (*N. del E.*). <<

[8] Escultor
(1628-1715)
cuyas obras marcan el apogeo del clasicismo francés, autor del monumento funerario del cardenal de Richelieu. (*N. del T.*). <<